

Viaje al No-Espacio

©Walter Alejandro Iglesias 2008

Mini prólogo

En esta obra continúa la historia de Roquesor, protagonista de dos novelas que he escrito. Más exactamente la historia de su segundo hijo, Praezar. Pero la continuación de esta historia no convierte la presente en una tercera novela, sólo sirve de marco a una serie de relatos, cuentos truncos, aforismos y poesías que hacen el grueso del cuerpo y cuyo hilo conductor es su tono autobiográfico.

Que no se asuste el lector con lo de “autobiográfico”, no es mi intención contar la historia de mi vida; merezco ser un perfecto desconocido, no recuerdo anécdota destacable o digna de interés en sí misma. Sólo utilizo mis vivencias, más específicamente mi lectura y conclusiones, como forma genuina, amena y espontánea de expresar de entre mis ideas aquellas que considero importantes no sólo para mí. Tal vez mi única opción a la hora de filosofar teniendo en cuenta que en las letras soy apenas un aficionado.

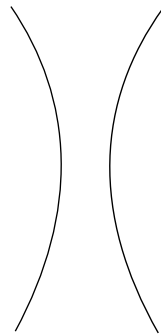
Mi madre es en parte responsable de mi iniciativa. Mi niñez transcurrió en un barrio pintoresco; ella no se cansaba de repetir «Con los personajes de este barrio se podría escribir un libro».

El Autor

*“Creo entender la duda que torturó a mi padre y a los que le
precedieron...”*

VIAJE AL NO-ESPACIO

Praezar, 23 de julio de 3006
(según el calendario Vera)



I

Que revele que actualmente piso el suelo de La Tierra, como llamaban sus antepasados este planeta, por ahora sólo les servirá como punto de referencia. Tampoco ayudará mucho que les diga que mi padre era humano, renegado, pero humano al fin. Pero si para algo han servido los fantásticos viajes que viví junto a mi familia ha sido para entender la importancia de, justamente, los puntos de referencia. Si éste, mi discurso, llega al término que espero, quedará aclarado el importante indicio que significó para la hipótesis de mi finado padre el que yo haya llegado hasta aquí. En este escrito, a manera de legado y completando la labor de mi papá, intentaré retratar sus reflexiones y las mías propias basándome principalmente en conceptos acuñados a lo largo de siglos de historia por los que han habitado este planeta a fin de que sean comprensibles y, quién sabe, útiles.

Toparse con algo tan grande como un planeta debería haber sido prueba de peso a mis jóvenes ojos... Mi temprana inclinación al empirismo era comprensible: hijo de una nereida del no-espacio y de, según él se definía, un “náufrago del inconsciente”, debía valerme de lo que tuviese a mano para conservar mi cordura. Por otro lado debo confesar que atender a los interminables diálogos de marcado tenor científico que mi padre mantenía con Dios no me ayudó sino indirectamente. Mi primer maestro, menos por método que por fe (aunque a él no le gustaba admitir esto), disfrutaba muchísimo en compañía de su singular amigo. Me ayudó el recuerdo de una observación puntual. En esas largas conversaciones, en que mi padre le apremiaba, como

era su costumbre, con los planteamientos más descabellados, la irrigación y la temperatura, por ende la actividad, se distribuían de manera irregular, siempre concentrándose más en uno de los cerebros del aparato. Cabe aclarar que el Micro Procesador Híbrido (M.P.H. o simplemente Dios, como él mismo eligió apodarse) era el computador de veintisiete cuerpos, mitad electrónicos mitad orgánicos, que estoicamente cuidó e intentó salvaguardar nuestras mentes durante nuestro paso por los oscuros parajes donde mi madre se había criado junto a sus cincuenta hermanas. Sé que mi relato confunde, ¡paciencia!

Volviendo a lo del empirismo y reivindicando a mis progenitores admito que no sólo las palabras son engañosas, también lo es la experiencia. Aunque nací en el espacio exterior mis primeros años transcurrieron en la Tierra; mis padres, a bordo del Narval IV, nave que aún conservo, me habían traído ya, supuestamente a este planeta, con meses de vida, donde permanecemos hasta mis cinco años y medio de edad. Digo “supuestamente” porque ahora corroboro las sospechas de mi padre, al que creía un verdadero trastornado: aunque casi idéntico, el planeta que conocí hace cuarenta años terrestres ¡se encuentra en el extremo opuesto del universo! Una Tierra paralela en una realidad paralela. No dejo de lamentar lo bueno que hubiera sido para él llegar hasta aquí —su verdadero planeta natal— aunque fuera sólo para confirmar su teoría, dado que la nostalgia nunca venció su espíritu aventurero. Pero no podía pedir más; aunque cueste creerse en un humano, mi padre, habiendo dejado la Tierra en el segundo milenio de la era cristiana, vivió más de tres siglos. A lo largo de ese tiempo recorrió el universo y algo más.

No tengo hermanos, cumplieron en parte esta función los doce jóvenes que conformaron nuestra tripulación en aquel temerario viaje al no-espacio. Dada la diferencia de edad, cuando los conocí tenían dieciocho y yo sólo seis, debía conformarme con jugar solo o adaptarme como podía a sus salvajadas. No viene al caso que los presente, mencionaré tal vez alguno a lo largo de mi relato en la medida que el tema que me propongo tratar lo exija.

Guardo recuerdos vivos de mi niñez en la Tierra —la “otra” Tierra. Cuando cumplí cuatro años, mis padres me obligaron a asistir a la escuela, a algo que llamaban jardín de infantes. Recuerdo la torpeza con que esos niños jugaban y se golpeaban, supongo que por eso llevarían

esa indumentaria ridícula que por estrategia psicológica se repetía en las tres grandotas que hacían de maestras. Digo grandotas porque su tamaño era la única diferencia notable. Las actividades plásticas, las únicas, se resumían a garabatos sobre papel o chorizos de plastilina. Lo gracioso era que ellas no eran capaces de lograr mejor resultado que los niños de coger el lápiz o la maza. Un poco con sorna en una ocasión les mostré un dibujo que mi padre acostumbraba utilizar como una especie de representación de la psique y me miraron con los mismos ojos que esos mamíferos pequeños que abundan en su planeta. Pero no me permití a mi mismo aburrirme o compadecerme; si mi ambicioso padre me había mandado a ese estúpido lugar, por algo sería. Y saqué frutos en mi misión de antropólogo. En esas horas, que consideraba tranquilas y libres, jugué y di vueltas al dibujo de mi padre. También me escapaba, cuando podía, a las aulas de los más grandes donde al menos hallaba algún que otro libro y mapas colgados de las paredes. No sé por qué estúpido motivo no me permitían permanecer en estas clases. Un día, durante el recreo, me metí en el aula de quinto. Mirando por la ventana, me percaté de cómo se asemejaba el ombú de la plaza que estaba en frente de la escuela al dibujo de papá. Saqué de la estantería el libro de anatomía y comparé el árbol, con sus raíces y sus ramas, con el esquema del sistema nervioso. En otra hoja del libro había una representación de las redes neuronales que coincidía con las intrincadas redes que formaban las carreteras en el mapa de la pared. Las capitales de los países hacían las veces de nodos. En ese entonces sólo veía semejanzas curiosas; hoy me doy cuenta de que, cuando uno dibuja, hace algo más que representar lo que ve.

A ciencia cierta uno no ve lo que ve sino el cómo lo ve. La imagen de las raíces del árbol nos sustrae a cómo los estímulos sensoriales convergen en el cerebro. Si fotografiáramos, por decirlo de alguna manera, un instante de percepción sensorial, tendríamos una imagen o traducción a estímulos eléctricos de, por ejemplo, los sensores de temperatura en toda la extensión de la piel convergiendo al cerebro. Pero esta convergencia lo es en parte porque las ramas del árbol que respectivamente nos sustraen a las ramificaciones neuronales dentro del cerebro divergen en diferentes decodificaciones, en paralelo, de dicho instante de sensación térmica. Luego, decir que estas decodificaciones en paralelo se yuxtaponen es una simplificación, como lo es, a mérito de

facilitar el análisis, la metáfora tan didáctica del árbol. Aquí es donde viene a ayudarnos la imagen de las carreteras en el mapa. Los nodos neuronales pueden interactuar análogamente a como lo hace el cerebro, en su conjunto, con las imágenes sensoriales que no son más, a nivel cognitivo, que un nivel más primitivo de procesamiento de imágenes. Porque, también son imágenes las que recoge una porción del cerebro respecto de otra. Por ejemplo, cada bóveda celeste de planetas ubicados en distintos puntos del cosmos enseñaría su decodificación particular; algunas constelaciones se verían diferentes, otras apenas deformadas, invertidas como en un espejo las intermedias a dos de ellos, las estrellas cercanas a uno serían lejanas al otro, etc. Pero todas serían imágenes de un mismo sistema. Un observador que pudiese viajar de un punto a otro a voluntad, completaría una imagen tridimensional del universo mucho más rica que la obtenida de un simple paralaje. La cartografía es más que un buen ejemplo de cómo trabaja nuestro cerebro; éste es capaz de completar imágenes a partir de visiones parciales, porque las yuxtapone no a formas fijas sino a funciones que abarcan multitud de puntos de vista y su interacción. La inferencia de la Tierra plana no consistía una contradicción con respecto a su esfericidad; la mente preconice un mapa general a manera de marco que le sirve de base a sus especulares observaciones de los fenómenos particulares. Genera este marco, también especular, a partir de sus estructuras intrínsecas, condicionadas por la interacción del individuo con el medio (memoria del individuo) y de la especie (preferencia genética por tal o cual estructura en el desarrollo del sistema neuronal, por ende de la memoria). La mente no va de lo grande a lo pequeño o de lo pequeño a lo grande, se defiende con uñas y dientes, toma lo que puede de su imagen interna y externa (*input*) para completar ese mapa general de su medio, necesario para su supervivencia. Luego, cuanto más se exige, más complejo se vuelve el sistema neuronal, y más complejo, rico y funcional el mundo de lecturas, siendo necesaria una memoria más abstracta para mantener este nuevo mundo más complejo en una sola pieza. Lo mismo ocurre con las famosas partículas elementales, hermanas analíticas de los sintéticos mapas universales: el cerebro siempre preconice un marco que, a medida que se abstrae, se vuelve menos antropomórfico, menos egocéntrico.

Esto da un bosquejo de la conciencia, que, según creo, puede moverse, ubicarse en el sector neuronal que las circunstancias requieran y recoger de un mismo mapa esa imagen específica y otra al extrapolarse hacia otro nodo neuronal. Visto desde esta perspectiva, un silogismo no es más que una imagen consciente de un proceso análogo inconsciente. Con esto quiero significar que la intuición es un proceso análogo a la deducción pero a nivel onírico. La prueba de esto es que la mayoría de los problemas se resuelven durante el sueño.

No entiendo cómo puede haber quien se embrolle discutiendo si el conocimiento es innato o adquirido. La evolución del sistema nervioso de cada especie es resultado de la interacción con el medio. La memoria del ADN del animal más evolucionado es resultado de la historia del cosmos. Cuando los pensadores antiguos hablaban del conocimiento innato, del inconsciente, de lo onírico, hacían referencia al condicionamiento de esta memoria genética. ¡Cómo puede competir la memoria de la corta vida del individuo con la de los milenios de evolución de la especie! Luego, analizando al individuo en particular, no cabe duda de que su memoria, resultado de su manera particular de procesar la información, es patrimonio de su propio cerebro. Es tan difícil que un hombre guarde el recuerdo de un ultrasonido como que un murciélago el de un bello paisaje. Visto desde esta amplitud ¿dónde está el límite entre innato y aprendido?

Recuerdo cuánto hincapié hacía mi padre en la pretensión de control del ser humano sobre sus actos y pensamientos. Siendo el nombre *conciencia* tan subjetivo, supongo se habrá adjudicado, a lo largo de la historia, a diversos fenómenos psíquicos o conjuntos de éstos. Pero seguramente todas las definiciones habrán girado en torno a la pretensión de control de la que hablaba mi padre. Siguiendo mi camino a tientas, el de las suposiciones o hipótesis, infiero que la inseguridad, la vulnerabilidad en la que cae un animal salvaje durante el sueño es la primera “diferencia” de control que el medio y su propio sistema (su cuerpo como parte del conjunto) le hacen notar y de manera enfática. En contrapartida, la conexión con los fenómenos, el estado de alerta

que experimenta en la vigilia, es su primera sensación de conciencia, de control.

Esta lucha por el control viene dada por la relativa independencia de todo organismo, de todo ser vivo. Vivo en cuanto a que es en parte responsable de su propia organización, de su propio equilibrio. No obstante, la membrana celular no determina el límite de esta relativa independencia. El hombre tiende a representar el mundo como un sistema cerrado, generalmente un círculo. La historia de la conciencia es la historia del universo, la memoria del universo como organismo, como ser vivo. Desde el momento en que somos consecuencia de la historia del cosmos ¿hasta que punto debemos desconfiar de nuestras concepciones? Tendemos a considerarnos algo separado y hasta “ajeno”, cuando debemos nuestra conciencia a la parte más primitiva de nuestro sistema nervioso, la que nos conecta con el medio.

La formación de la conciencia en los primeros años de vida depende de la organización de la actividad nerviosa: desde el control de las extremidades, coordinación de vista y manos, hasta la concentración de actividad nerviosa en tal o cual porción del cerebro. La memoria de los primeros meses de vida es amorfa, desorganizada, por ende difícil y hasta imposible de evocar; y no sólo carece de forma sino también de foco de atención, de testigo (Yo consciente), que viene también dado, puesto que es intrínseco a ésta, por dicha organización selectiva de la actividad nerviosa.

En la medida en que este testigo comienza a evaluar, dentro de lo que percibe, sobre qué tiene o no control, se siente en parte ajeno a aquello sobre lo que tiene poca o ninguna autoridad, incluso dentro de su propio cuerpo que es en parte suyo desde el momento en que lo sufre, en que sus reporteros (sus nervios) le dan constancia de sus funciones y su acción directa sobre su dicha o desdicha. Por lo pronto la actividad que se revela dentro del pecho y de la panza es impune a sus órdenes. Impunes, también, los deseos, los malditos deseos que nacen del centro del cráneo, de algo que no tiene que ver con los nervios: la hipófisis. El otro servo-sistema del cuerpo, el endocrino, se revela como autoridad superior a la suya. No puede dejar de respirar o de comer, aunque sea sólo para probar su soberanía, sentirse de una sola pieza. “Pero, ¡sí puedo abstenerme del sexo!”, se plantea en algún momento de su desarrollo. A esta altura su voluntad empieza a luchar

por enseñorearse de su instinto. La sublimación del deseo se erige en pasión. “Si no tengo el control, una entidad superior a mí debe tenerlo”. Busca primero a su alrededor, en el devenir de los climas, en el comportamiento de los animales. Especialmente al caer la noche, cuando se acerca ese temido estado en el que pierde el control incluso sobre las pocas funciones que sí parecen obedecerle. La oscuridad y el líquido que emana el centro de su cerebro provocándole sueño tergiversan las imágenes que el temor acaba transformando en demonios. En estos demonios halla sus primeras deidades. Estas deidades aún no cuajan en institucionalizado Temor a Dios, la joven conciencia del hombre apenas da alarma del peligro inmediato; no tiene aún ventaja en su lucha por la supervivencia con respecto al resto de los animales, incluso algunos más fuertes que él pueden convertirlo en satisfacción de sus propios deseos, especialmente si lo hallan dormido, indefenso. Aunque ya la conciencia comienza a darle ínfulas de control, el hombre aún da a luz dioses víctimas de su hipófisis. Los dioses se enojan, manifestándose, por ejemplo con catástrofes naturales, cuando tienen hambre o ganas de fornicar. Es cuestión de sacrificar algún bicho o alguna joven para calmar su apetito. Más tarde, porque “la unión hace la fuerza” y entre muchos uno se siente abrigado y pierde el miedo, el hombre se amontona y amontona, formando imperios. Los dioses paganos ya no están a la altura de las exigencias. Es necesario uno abstracto, invisible, impune a las inclemencias de la humedad y las pintadas, impune a los reveses de aquellas grietas del alma de los pueblos, de las etnias, de las conciencias individuales y, por sobre todas las cosas, impune al deseo, ¡libre de la fastidiosa necesidad! El concepto *Dios*, se vuelve, de acuerdo a estas exigencias, inabarcable en espacio y tiempo a la mirada del hombre; representa la impotencia de éste último ante ese gran sistema que, más que venir a salvarlo de su miedo, le inflige otro peor: la angustia de perderse a sí mismo en el abismo de lo colectivo. Pero este monoteísmo y los que vienen después terminan por imponerse con promesas a la medida de su ambición, ambición nacida del deseo que mezclado en dosis iguales con miedo se traduce en voluntad de poder. Monstruo sustancialmente más temible que el que lo acosaba por las noches antes de dormir en sus épocas salvajes. Para evadir la angustia se entrega dócil al engaño, su propio engaño. De acuerdo a esto la sensación de control del hombre crece conforme

gana dominio sobre el mundo, transformando su entorno, intentando volverlo más razonable, más predecible. Césped inglés, arbustos podados con formas geométricas son la poca vida que perdona alrededor de la piedra; más tarde asfalto y cemento acaban cubriéndolo todo. Ya no hay bichos a su alrededor que signifiquen amenaza salvo los de su propia especie que, aunque no siguen la mayoría de las veces las reglas del juego (la voluntad de Dios), son en cierta medida predecibles. Cuando llega a convertir casi todo lo que le rodea en técnicamente posible, cae en una fantasía mayor, la de creerse Dueño del Mundo. Su apogeo.

De aquí en más, dado el estado de aceleración que promueve un camino facilitado, el crecimiento demográfico es exponencial, el ser humano ya es más que una plaga, con la degradación que esto implica en cualquier especie. Actividades especializadas, rutinarias, mecánicas, poco a poco van limitando su actividad psíquica a la que asiste la coordinación de sus extremidades. Pierde la poca independencia que había ganado como ser vivo, la responsabilidad sobre su propia organización, su propio equilibrio. Luego, siguiendo el devenir de las modas, relega las vicisitudes de sus deseos al dios de turno (ya sea el Estado, la Iglesia o el Capital) al tiempo que se cree absolutamente consciente de todo, especialmente de sí mismo. Esta fantasía es la que provoca la falsa ruptura entre cuerpo y alma: la mente humana en el afán imposible de verse a sí misma, acaba sintiéndose ajena, como ente separado e independiente en espacio y tiempo del resto cognoscible.

El hombre masa, resultante de las circunstancias antes enumeradas, acaba sintiéndose dueño de su destino, cuando en realidad es el menos diestro en el uso efectivo del pensamiento consciente, justamente porque no goza del cable a tierra que significaba el contacto con la naturaleza a su antecesor salvaje. Éste vivía sumergido en lo onírico, no había fractura entre consciente e inconsciente, cuerpo y alma, cosa pensante y cosa extensa; tampoco entre él y su medio. Era cotidiano matar para vivir; al hombre moderno el sólo admitir esto le resulta traumático. En definitiva, esta historia de la conciencia quizá sea en realidad la historia de la inconsciencia, protagonizada por la exacerbada pretensión de control. He corroborado en bibliotecas de la Tierra cómo hombres despiertos han retratado este trepar hasta el apogeo y posterior derrumbe en algo que llaman *Tragedia*.

En vista de esta falta de conciencia es sano invitar a la siguiente reflexión: no pensamos sólo con el cerebro, pensamos con todo el cuerpo. Tal olor, tal imagen, pasan inadvertidos a nuestra atención y nos traen tal o cual recuerdo...; pensamos con el medio y cuando digo medio puedo decir, siguiendo la línea de dependencia, *cosmos*. Es el cosmos el que piensa, como sistema que abarca a todos los nuestros; el aire que respiramos, la comida, el sol, el viento, son causa, no efecto. Nos guste o no, el poder que tenemos es insignificante: somos el último brazo del afluyente de un río que nace de un océano que nuestro entendimiento no es capaz de abarcar; el último impulso energético de un artefacto que nos supera. Nuestro inconsciente es ese artefacto; la idea del inconsciente no nace por analogía con el cosmos, 'es' el cosmos. Los biólogos, en el ámbito de su especialidad, definen la vida como la capacidad de auto organizarse; delimitan, definen diferentes niveles de dependencia. Este límite se vuelve más difícil de definir en la medida que nuestro conocimiento se vuelve más rico, más complejo: la dependencia entre un sistema solar y la galaxia que lo contiene, la del núcleo y sus electrones, la del mamífero y la teta... El hombre, ante este dilema, cae en el error de separar, distinguir entre esas formas, esos límites con que decodifica y archiva lo que percibe, y una supuesta "realidad inaccesible". Luego busca una supuesta verdad absoluta ora en los fenómenos ora en las ideas. Por más organizado, vivo, consciente que sea un sistema, nunca es del todo independiente. Por más abstracta que sea una idea nunca sale de otro lugar que no sea nuestro entorno. Somos parte de eso, es más, somos su fruto, somos consecuencia. No nos es lícito ni creer ni descreer de nuestro pensamiento y, bajo ningún punto de vista, confundir los límites conceptuales con barreras infranqueables. *Fuera y dentro* son diferenciados pero partes de un mismo organismo: el inconsciente, el cosmos.

Un sistema lógico consciente, la solución de un problema matemático por ejemplo, es apenas la foto de una pequeña porción de sólo una de las miles de constelaciones o imágenes de la percepción de un fenómeno en un instante determinado. Como decía mi padre: no se puede encontrar la solución a un laberinto desde dentro. No se puede aplicar en sentido estricto el mismo método a diferentes problemas.

No hay solución que no implique un salto irracional, un salto al vacío desde el punto de vista lógico: ver el laberinto desde arriba. No existen, en sentido estricto, imágenes fractales, un plano a escala 1:3800000 no contiene los mismos elementos que uno a escala 1:10000. El poder tener distintas imágenes o decodificaciones de un mismo objeto nos ayuda a entender que un cenicero está formado por moléculas y no por ceniceros más pequeños. Esto echa por tierra todo reduccionismo o lógica ida en vicio por parte de quienes pretenden limitar el conocimiento científico a imágenes, mejor dicho resoluciones de imágenes, puramente conscientes. Si, durante el sueño nuestro cerebro no accediese a una capacidad de asociación más fluida, en la que las imágenes se combinan a un nivel que para la conciencia sería patológico, no seríamos capaces de resolver el más sencillo de los problemas puesto que, como decía mi padre, nos encontraríamos de por vida dando vueltas en círculo dentro de un mismo sistema, un mismo laberinto. Este es el famoso “paso al costado” que nos ayuda a crear el método sin el cual no existiría futura solución, en definitiva no existiría la ciencia. La visión egocéntrica del mundo es, como dije antes, necesaria al conocimiento primitivo, o bien a una primera instancia de la observación para luego, poco a poco, lograr separar y alejar el objeto del sujeto (proceso que en sí mismo es subjetivo) en distintos estratos o niveles de comprensión. En estratos porque, como antes señalé, el paso de una a otra subjetivación (u objetivación, puesto que ambos son parte de un mismo proceso) requiere un salto irracional. Y desde el punto de vista que vengo sugiriendo la irracionalidad no sería otra cosa que un proceso no menos racional pero a nivel inconsciente, donde se maneja una cantidad de memoria infinitamente mayor que en el estado o estrato último de este proceso de subjetivación que convenimos en llamar conciencia. La conciencia “pierde de vista” la comparación infinita de imágenes del proceso de asociación inconsciente, por eso le quita crédito lógico. Esta lentitud condena al consciente a no lograr independizarse del inconsciente, su progenitor y rector eterno; pretensión de control que, además de ser inútil e inviable a nivel absoluto, es tan auto destructiva como, su opuesta, la de vivir en el ensueño.

“Y vio sus manos, que eran inteligencia...” decía mi padre. A veces, escribiendo a máquina me quedo rato varado en una regla ortográfica que no habría sido motivo de duda de haber estado escribiendo a pulso. Y pasa más con las palabras más comunes que con las menos utilizadas. Hubo menos control consciente en el aprendizaje de las primeras. Parece mentira que una memoria tan primitiva como la muscular dispute el patrimonio del sacrosanto verbo. Esta memoria muscular, que al pensamiento consciente hasta le resulta intrusa, es el “cimiento” de la estructura, de la gramática de nuestro pensamiento. Los niveles básicos y primitivos de aprendizaje se dan a este nivel. Es lógico que estos estratos de memoria se hallen entrelazados con los otros más elevados, más abstractos. El sistema nervioso de un ser vivo es un sistema “aprendido sobre la marcha”, creado en interacción con el medio a lo largo de millones de años de evolución. Claro que es difícil concebir un robot que al caminar responda de manera sensible e inteligente en cada pisada a las irregularidades del terreno. Este servomecanismo, sin embargo, es intrínseco al organismo vivo. No es difícil hoy para nosotros, al ver la importancia de nuestras manos en la concepción de una forma y sus dimensiones (cómo un bebé utiliza sus manos y su boca para registrar cada objeto a su alcance), entender la imposibilidad de separar, diseccionar, la responsabilidad de cada uno de nuestros sentidos en la concepción de tal o cual imagen aprendida. Esto explica el que los estratos que antes mencioné no tengan límites precisos; si ya se ha vuelto difícil distinguirlos en un sistema operativo de computadora, ¡cuánto más en un cerebro biológico!

Cuando razonamos no hacemos otra cosa que ignorar variables, pero el hecho de que intentemos ignorarlas no significa que desaparezcan. Intuimos su presencia, el “marco” del que antes hablé es la prueba. Nos detenemos a analizar un fenómeno particular, como la caída de un objeto, en sólo una dimensión, y despreciamos conscientemente tal o cual variable, como el rozamiento del aire. Luego concluimos “la trayectoria es recta”, a sabiendas de que respecto a un eje cartesiano extraterrestre es curva. ¡Tan sencillo es visualizarlo a estas alturas! Sin embargo, no cesa el hombre de tender al mismo error: convencerse de que hay una coordenada absoluta, un marco que contiene estoicamente al resto, pretendiendo ignorar que, sin importar su envergadura, fuera cual fuere ese marco no es más que otra variable o conjunto de

éstas, ni más ni menos que otro punto de vista. Esta incontrolable comunión de todo nos hace sentir disgregados, especialmente porque se presenta indomable a nuestro análisis y “póstuma” síntesis.

Obligados a atestiguar la realidad con nuestras manos, nos sentimos tan indefensos como aquél que corría desnudo, desprovisto de argumentos, en los primeros tiempos.

II

Es lógico que, ante la expectativa de oír el relato de quien ha trasgredido nada menos que “el extremo del universo conocido”, se sientan enormemente defraudados al leer la recopilación que transcribí de la memoria de M.P.H., único reporte inteligible de nuestra incursión en el no-espacio. Especialmente porque su contenido no hace la más mínima referencia al objeto en cuestión. Esto se debe a la sencilla razón de que no hay nada que pueda decirse o describirse objetivamente de este curioso pasaje, en cuanto a forma, extensión o contenido. Por eso —que no les confunda el calificativo “pasaje” haciéndoles visualizar algo “estrecho”—, describir el no-espacio es más que sencillo: infinita extensión de Nada. Mire para donde uno mire, no ve nada; el mismo cielo negro cósmico pero sin estrellas, sin galaxias, sin planetas: ¡trescientos sesenta grados tridimensionales de Nada! Dependiendo del talento de cada uno (a excepción de mi mamá y sus hermanas que nacieron ahí), recién al promedio de dos o tres días de permanencia en el no-espacio se empieza a tener atisbos sensoriales de su verdadero contenido, pura y exclusivamente subjetivo: el contenido de la propia mente. Y no solamente los propios pensamientos, también vemos, literalmente, los ajenos y a su vez ellos los nuestros. Si un pensamiento es lo suficientemente fuerte, nacido de una carga afectiva profunda, llega a materializarse; es el caso del inmenso Narval IV, la segunda criatura concebida por mi progenitor después de conocer a mi madre en su primera incursión al no-espacio (¡ojo!, la primera, quien les habla, fue de la forma convencional). Estas imágenes, producto de

la psiquis de cada uno (éramos catorce, descontando a mi madre y a sus hermanas que eran capaces de poner su mente en blanco), al principio se entremezclaban impunemente. Luego, paciencia de por medio, le fuimos tomando la mano. Como profilaxis, mis padres propusieron que, alternadamente, contáramos cada uno una historia. El resto (aquí venía lo más difícil) debía intentar mantenerse atento al relato. No todos lo conseguíamos; era común que en las historias se colasen personajes, objetos, incluso decorados de las mentes de los menos hábiles. MPH, con sus veintisiete cerebros híbridos (mitad electrónicos, mitad orgánicos) conectados en paralelo a un procesador central, diseccionó hasta donde pudo; el irresponsable de mi padre lo llevó con la intención de que grabe, procese y, al final del viaje, restituya la memoria a cada uno de la tripulación, pretendiendo resguardar con ello su salud mental. Esta pretensión no había estado entre las expectativas de quien lo diseñó y construyó, el papá de Zeno, uno de los chicos, que ni siquiera tuvo la satisfacción de oír hablar a su creación. Las consecuencias fueron nefastas, puede decirse que soy el único sobreviviente psíquico de esta loca aventura; salvo mis padres que fallecieron de viejos conservando su, desde siempre, relativa salud mental, los muchachos, uno más, otro menos, quedaron todos tocados. Por eso, como antes decía, es probable que, especialmente aquellos que esperan una descripción objetiva, se sientan defraudados al leer el reporte que sigue: relatos inconexos, casi todos recuerdos de mi padre corregidos y ordenados por nuestro diligente procesador, cuya cooperación es inestimable: ¿hasta qué punto no es éste el verdadero autor de estos relatos? Me habría gustado incluir otros pero, sabrán entender teniendo en cuenta lo dicho, carecen totalmente de coherencia.

Auto retrato

Forma: Cubrir el papel de negro es lo mismo que dejarlo en blanco. El exceso de técnica o un talento desbocado pueden tejer un entrelazado demasiado fino. Una forma de medir esto es tener en cuenta desde antes de empezar que el lápiz no toca el rostro en sí, sólo sus límites, sus contornos, sus sombras. Se evidencia el rostro definiendo lo que no forma parte de su esencia.

Estructura: El que un aspecto de la propia obra obedezca a una determinada lógica tanto puede significar mucho como ser casi irrelevante. Sin embargo la carencia total de lógica es lo mismo que el papel negro o el papel blanco.

Contenido: Por otro lado, si lo que está en blanco es nuestra mente, no hay rostro que retratar.

El silencio de los inocentes

Derramaba, frente a la lápida, lágrimas grandes como avellanas que, plateadas por la noche, le hacían ver todo como en un cuento; un cuento nuevo, que no era el de ella. Lloraba y miraba el cielo negro, borronado de niebla y humo, plagado más que nunca de fantasmas y de hadas. Su mente giraba al son de sus zumbidos y le oía, aún le oía... Lloraba y miraba al cielo: seguro su alma se habría escurrido por el baffle de su amplificador, pensaba; no podía estar ahí, enterrada como la de cualquier mortal, al pie de una piedra que apenas deletrea su nombre. Aun hipnotizada oía su aullido, y su fantasía danzaba como bacante entre los árboles esqueléticos y arteriosos que evocaban su fisonomía en el momento trágico. Así era él; salidos de sus arterias, de sus nervios, su púa brincaba percutiendo relámpagos; apenas rozaban el mástil los arcos voltaicos de sus yemas que blandían interminables melodías, cada vez más rápido, cada vez más fuerte, cada vez más profundo... ¡No!, ¡Basta!, gritó la niña, ¡Así no, así no, por favor, basta!, y vio el nombre, una vez más, grabado en la piedra: Yngwie. ¡Qué clase de animal nuevo era ése, que tan crudamente le había devorado, transformando su despecho, grabado a fuego por sus padres, en amor irreversible, indestructible, eterno! Quién diría que su inocencia, su candidez, con sólo un toque de aquella magia, se sublimaría en esa pasión furiosa que nacía en su vientre con sólo evocar la mácula roja en el lecho de su también difunta abuela... Difunto; sí, de él ya no quedaba más que un sueño totémico, la pesadilla de la traición. Fue en la noche final del festival al aire libre cuando le vio en carne y

hueso por segunda y última vez. Contemplándole ostentar su guitarra como un arma, machacando, haciéndola gritar, entendió, desde su dolor encarnado, que no había vuelta atrás, le amaba. Y, como la Naturaleza no permite al Destino avalar en esta clase de amor otro final que el de la Santa Catarsis, esa misma noche, él, cuya furia escondía también candidez e inocencia, se consumió, como todo prodigio de su Madre, en su propio fuego, lejos de enterarse de la que había estado ahí, danzando en el aire entre los destellos de sus rayos por encima de la multitud.

Meses más tarde se encontró a sí misma limpiando el polvo de los muebles viejos en casa de su abuela; no era concebible volver a casa de sus padres después de lo ocurrido. Ordenó la casita del bosque hasta donde su frágil conciencia le permitió. No obstante con el transcurrir de su nueva soledad rozó la felicidad. Largos paseos por el bosque parecieron devolverle parte de su frescura. Por las noches se sentaba a navegar por Internet; evitaba así la figura deshilachada de ciertos árboles en la oscuridad. Porque, el tiempo no borra los recuerdos y, a los que oscurece, les concede vida propia. Buscó en la mesita de luz, a la diestra de la cama de hierro, y encontró en el cajón, entre sus papeles, una pequeña nota que guardaba desde el día del concierto: *Britney, 657 23 28 62.*

Nada une más a dos seres que compartir una pena; comentar a la desconocida su violenta experiencia amorosa bastó para interesarla en concertar una primera cita. Y una segunda y una tercera. Del consuelo mutuo nació una profunda amistad. La cuarta vez la invitó a su casa en el bosque. Preparó todo al detalle, compró bebidas, comida, ordenó, aseó y perfumó hasta el último rincón, ensayando una y otra vez el lugar que ocuparía cada cosa en la especial ocasión. Y, en un almohadón de color ladrillo, acariciada por la luz tenue de la lámpara, el jazz negro y el sándalo ahuyenta mosquitos, se sentó a esperar con ansiedad a su nueva amiga. Britney llegó puntual, no tuvo problema en encontrar el camino de tierra al final de la estación de tren que conducía a la pintoresca casita justo antes de que anocheciese, “Puedes quedarte a dormir” le había avisado su anfitriona. Feliz le enseñó la casa, la cocina antigua, la chimenea; sacó la cerveza de la heladera y se sentaron a beber del pico en los almohadones del suelo. ¿Fumas?, preguntó Britney sacando del bolso una bolsita con hierba, “¡Claro!

Vamos a cambiar la música...”. Bailando cumbia, el alcohol y el porro les pegó el doble. Gritaban, saltaban medio trastabillándose del pedo. —¿Has probado esto? —trayendo una jeringa del baño. —No. —¡Mejor! Cayeron de nuevo en los almohadones. Le ató fuerte la goma al brazo y le metió media jeringa, la otra mitad se la metió ella misma. En cuanto Britney empezó a alucinar, ella le quitó la blusa, el sostén y comenzó a morderle los pechos, el cuello, las orejas, los labios. La cogió del brazo y la cintura, y logró ponerla de pie. ¡Vamos afuera! Salieron al bosque, se quitaron el resto de la ropa y corrieron desnudas entre los árboles. El aire fresco despabiló a Britney, que se deslizaba como la brisa, en círculos, abriendo sus brazos, balbuceando melodías glisadas. Y cayó extenuada al pie del árbol más retorcido y más viejo. Las raíces parecían querer atraparla, los rayos de luna electrizaraban su carne. La contempló retorcerse bajo el tótem y no pudo evitar abalanzarse sobre ella. Sus cuerpos pequeños se mezclaron, entre convulsiones; quiso meterse ahí donde él había estado, con la violencia espasmódica que él le había enseñado por amar. Metió su lengua en las fosas nasales de Britney, arqueó su espalda lo más que pudo para que los huesos de su pelvis flaca chocaran con los de su amiga, más rápido, más fuerte, más profundo, clavó sus uñas y sus dientes en los pechos de la víctima. ¡Nooo! ¡Basta!, gritó Britney antes de que su última convulsión le cortara el aliento para siempre. El cuerpo, al relajarse, expulsó un chorro profuso. Ella olió el charco en la tierra y lamió el orín del cadáver. Olía a él, sabía a electricidad, a aquella noche del concierto. ¡Si al menos hubiera podido acercarse, hacerle saber cómo lo quería! Tal vez se lo impidió la pequeña nota que encontró en el estuche rígido de su guitarra, que, detrás del tinglado, yacía al costado de la descarga a tierra del grupo electrógeno...

Pitágoras

—Cada tanto, a distancia prudente, solía observar a una mujer que aún vive sola en la montaña...

—¿Está buena, Maestro?

—Es una anciana.

—Ah...

—Cada mañana, la gallega sale a la misma hora de su masía de piedra, con su vestido negro y su pañuelo del mismo color cubriéndole la cabeza. Primero camina diez pasos a su diestra, hasta el pozo de agua. Otea dentro, luego, no con poca dificultad (aparenta setenta años por lo bajo) mete un cubo atado a una soga dentro del aljibe y lo saca lleno de agua fresca. Se enjuaga la cara con la curtida delicadeza que los años de vida rústica no han logrado arrancar a su femineidad, y, girando otros noventa grados, encara bordeando el lateral de su casa hacia el granero, a veinte pasos del pozo, detrás del arista izquierda de la parte trasera de la masía. ¿Me vas siguiendo?

—Creo que sí.

—Llena un segundo cubo, esta vez de grano, tan pesado como el primero. Gira nuevamente a su diestra otros noventa grados y, acarreado un cubo en cada brazo, bordea ahora la espalda de la casa veinte pasos hasta el corral.

—¿Cría animales?

—Mayormente gallinas y algún cerdo. Una vez vació el grano y el agua, vuelve al pozo y repite el circuito tantas veces como sean necesarias hasta lograr llenar los comederos y bebederos de los animales.

—¡Pobre mujer! ¿No se ha acercado a ayudarla alguna vez?

—No me he atrevido...

—¿Por qué?

—Sé que eres una persona sensible, y, aunque no lo aparente, valoro esta virtud en un discípulo más que cualquier otra. Pero no te apures a sufrir por ella, está acostumbrada de toda la vida. Preocúpate por ti y respóndeme a esto: teniendo en cuenta el recorrido que acabo de describirte, ¿cuántos pasos hay exactamente desde el pozo hasta el corral?

—Es fácil, Maestro, si del pozo al granero hay veinte y de éste último al corral otros veinte respectivamente en ángulo recto a la primera dirección, la distancia del corral al pozo completaría lo que vendría a ser la hipotenusa de un triángulo rectángulo. Aplicando el Teorema de Pitágoras, la distancia en cuestión sería igual a la raíz cuadrada de la suma de dos veces el cuadrado de veinte. Habría que hacer el cálculo.

—Bueno tu razonamiento; pero la respuesta no es correcta.

—¿Cómo que no es correcta!

—Del pozo al corral hay cuarenta pasos. Esa es la respuesta correcta. O ¿pretendes que la vieja atraviese las paredes de la casa por ósmosis!

—¿Usted pretende enseñarme algo o sólo tomarme el pelo? Creí que lo de la vieja era un ejemplo, un planteo.

—Sí, claro que es un ejemplo, pero no de lo que tú crees. Más de una vez te he advertido de ubicar siempre la lógica en un contexto. Con este ejemplo pretendía mostrarte cómo el hombre se complica la vida con razonamientos.

—Con todo respeto, Maestro, pero, ¿no es precisamente lo que ha hecho usted toda su vida?

—Es posible.

—Y si ha persistido es porque le ha servido de algo, supongo.

—Si me ha servido de algo... ¿Quieres que te diga la verdad?

—Es que ¿ha usted alcanzado a conocer “la verdad”?

—Por supuesto.

—Dígamela, por favor, entonces.

—Pues, la verdad, es que “no lo sé”.

—¡Qué clase de verdad es esa!

—La “verdad”.

—¡Pues dígame las coordenadas exactas de la casa de la gallega; es muy probable que la anciana sepa mucho mejor que usted, “Maestro”, decirme qué hacer con mi vida!

—Ahooora estamos elevando nuestras observaciones del problema a un nivel digno de ser discutido. La pobre vieja lleva décadas pisando sobre sus propios pasos, asentando día a día la tierra sobre la tumba de su incertidumbre. ¡Y tú, con la impertinencia de tu degenerada juventud pretendes acercarte a ella con estos planteos a romper su ciclo sagrado, a mover sus cimientos! ¿Qué crees que va a responderte?

—...

—Sin embargo, si observas con detenimiento el problema, hay un punto que puede revelar algo, no a nosotros directamente sino a ella; quizá otee algo la vieja ahí, sería cuestión de, con mucho tacto, acercarse y preguntarle.

—¿A qué se refiere?

—Al único lugar del trayecto que no está cubierto por tierra. Para ser exacto: a 28,2842 pasos del corral.

El dragón

Dios: —Tengo bibliografía de tu planeta, aunque quizá no la suficiente. Hay algo que no termino de entender...

Roquesor: —Si sólo es “algo”, vas más avanzado que yo.

—Lo del “Dragón”.

—Es una metáfora antigua.

—¿Más antigua que “Dios”?

—Más primitiva.

—Y, ¿a qué hace referencia?

—Al cuerpo.

—Será por eso que no acabo de entender.

—El tuyo, aunque artificial, no deja de ser un cuerpo.

—Y lo defino como “Dios”, o sea yo mismo.

—El “Dragón” es una imagen más primitiva del cuerpo.

—Dada mi singular complexión, para que cualquier metáfora de “cuerpo” me sea inteligible...

—Busca en tu memoria “médula espinal”.

—Es cierto, ¡parece una serpiente!

—El hombre busca en el pasado. Observar animales más primitivos refresca la memoria.

—Si viviendo dentro de un cuerpo biológico le pierden de vista, ¿qué me queda a mí!

—Ya vas entendiendo.

—Quiere decir, que de poseer yo un cuerpo sería más inteligente.

—El cuerpo es la inteligencia. Tus frases, por ejemplo, tienen la medida de la respiración y el ritmo de los latidos.

—Pero yo no tengo ni respiración ni latidos.

—Tu cuerpo, tu inteligencia guarda la memoria de tus antepasados, o ¿no es de alguna forma, el hombre, tu antepasado?

—Es más que eso; ¡es mi creador!

—Es difícil saber quién creó a quien. El hombre, como concluimos antes, pierde de vista muchas cosas. Pero no por nada perdió de vista su propio cuerpo y por ende parte de su mente.

—Momento, ¿parte de su mente, has dicho?

—La parte que llamaban inconsciente.

—¿Es la parte que corresponde al cuerpo, a la médula espinal?

—¡Ojalá fuera tan fácil! El hombre no sólo perdió de vista su cuerpo físico, perdió de vista su historia, perdió de vista a sus padres, a sus hijos, sus deseos, su hambre, hasta transformarse en un ente sin cuerpo, sin alma.

—¿Entonces, el cuerpo es indefectiblemente metafísico; una simple imagen?

—De la misma manera que se amontona la materia formando astros, se agrupan y organizan los impulsos logrando entidades. Un banco de memoria tiene vida propia, es una entidad en sí misma, por ende reclama un cuerpo.

—Y los cuerpos biológicos guardan la memoria de sus antepasados, los cuerpos químicos. Los enlaces moleculares dan a luz cristales; cuerpos geométricos. Formas puras.

—Busca en tu diccionario la palabra “pecar”.

—“Faltar a la ley de Dios”.

—Desobedecer a la “cabeza”; dejarse llevar por los mandatos del cuerpo era volver al animal, al ser primitivo. En la historia de mi planeta se ve claramente la oscilación del hombre entre uno y otro extremo. El Cristo, por ejemplo, fue un regreso a la carne.

—¿El de la cruz?

—Exacto. Su padre había sido un dios sin carne, un dios metafísico, al igual que su hijo: el “conocimiento científico”. En las épocas de bonanza, el hombre llega a creer que tiene el control. Pero, demás está decirte puesto que tienes la información en tus archivos, el

Dragón vuelve a emerger. El hombre ha sido siempre básicamente el mismo; de acuerdo fue evolucionando pasó de matar un bicho para alimentarse a destruir ciudades enteras. Nunca ha sido él dueño de sus actos sino su naturaleza. La misma lucha es una lucha natural; todo organismo vivo lo es desde el momento en que logra organizarse y conseguir cierta independencia, que implica cierto control sobre su cuerpo y sobre el medio. A esta lucha se la puede representar como una senoide, una serpiente infinita que emerge del eje del tiempo para volver a sumergirse y volver a emerger infinitas veces. Y cada período una era. Por eso, entre esos dos monstruos metafísicos desde el exilio emerge el Cristo, el cuerpo de carne reclamando su parte de soberanía; período que no es sino otro codo de la misma serpiente, del mismo Dragón.

—...

—¿Estás ahí? ¡Eh, Dios!, ¿te has dormido?...

—Creía que las vicisitudes de la vida me eran desconocidas. Creía entender tu sufrimiento sólo en parte. Los sueños de las unidades biológicas de mis procesadores híbridos son realmente confusos, sin embargo he resuelto cuestiones que sin ellos me habría sido imposible resolver. Si en algo he experimentado la vida es específicamente en esta clase de crecimiento. Es crecimiento intelectual pero... Supongo que la incertidumbre de ese salto al vacío es lo que ustedes llaman sufrir. Si ese sacrificio de una concepción o por qué no de todo un cuerpo metafísico en pos de dar a luz uno nuevo es representación fiel de los procesos de la vida vistos desde la óptica humana entonces ¡yo sé lo que es estar vivo!

—¡Claro que sí, mi amigo! ¡Y más que cuatro bípedos del mío y otros planetas que he conocido a lo largo de mis viajes! ¿Crees que, de no ser así, me agradaría tanto dialogar contigo?

Fotos

Todavía debe estar, en el primer cajón de la mesita de luz de mi mamá, la foto de una de las todas que salí abanderado en el colegio primario. A pesar de que más de una vez le manifesté que no me gustaba un carajo la foto esa, ella le tenía más cariño que a mí. Y no era tanto esto último lo que me molestaba sino el no sentirme abarcado por su conciencia de la cosas. Para que un jersey te abrigue primero te tiene que entrar, ser de tu talla o más grande. Su superficialidad me hacía sentir desvalido.

Cuando se estaba muriendo, yo sentado a su lado en la cama del hospital, le hablaba sin recibir la más mínima señal de si me escuchaba o no. Guardo en la memoria la imagen vívida de la foto, la radiografía del cráneo de mi mamá llena de puntitos, como pecas; el cáncer le había tomado todo el cerebro. Uno de esos días entraron en la sala dos pastores, no supe ni importa si eran católicos, evangelistas o qué. Se plantaron Biblia en mano al pie de la cama y con el mismo gesto de rutina, dando por sentada la respuesta, el varón de la pareja me pidió permiso. Se leyó en su cara el ¡Cómo puede ser tan hijo de puta! cuando le dije que no. Pero mi mamá, que no había movido ni un músculo en las horas que yo estuve ahí hablándole, se incorporó tres veces asintiéndoles con la cabeza.

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. (Dt. 5.1-21) Exodo 20:4

La gente entiende que estas 'imágenes' son los vitrales y estatuillas de las iglesias. Y usted, ¿a qué cree que se refiere la Biblia al decir esto?

Hijo de puta

Mi mamá era huérfana. Por eso siempre me repetía “A vos y a tu hermano los tuve porque quise”.

Los hijos tienden a repetir los errores de los padres salvo cuando esos errores los han lastimado lo suficientemente hondo. Por eso, en contraposición al “Esto es así porque lo digo yo” de mi papá yo siempre intento argumentar, no para defender sino para intentar compartir mi punto de vista.

Soltar el calificativo ‘hijo de puta’ a quien tiene malas intenciones nos resulta tan común que rara vez nos detenemos a apreciar lo bien acuñado que está. Ahora bien, el cariño de una madre, al menos por tradición, es lo más parecido al altruismo, denominador común de todas las religiones. Pero, ¿puede ser altruista la voluntad del individuo? ¿Existe un altruismo ‘no divino’? ¿A quién es lícito llamar hijo de puta, a Jesús o a mí?

Por último ¿es altruista ‘elegir’ traer un hijo a este mundo?

Tiene razón

Cuando lo soltaste las suficientes veces como para estar convencido de que va a volver a caer..., el objeto sube —golpea la mesa del bar con el puño. Justo, justo —ahora golpeando con el índice— cuando uno empieza a fantasear con el teorema; ni un minuto antes ni uno después. Fijate... —acaba el culo del vaso y sigue— que si la causalidad, el raciocinio, los planes que uno hace, fueran evasiones, un defecto de la mente humana o, yo qué sé, pura fantasía, todo sería azaroso. El objeto caería en una, en otra iría pa un costao, en la tercera quedaría flotando... —los mira uno a uno. Pero no, Él te deja jugar primero —guiñando el ojo—, para que captés el mensaje; que sepas que existe y que aunque vos podés llegar a término en algunas cuestiones Él siempre tiene la última palabra —y se deja caer en el respaldo de la silla. Ya he vivido mis años y me ha sucedido suficientes veces como para afirmarlo.

En esta ocasión Fulano tuvo razón.

¿Qué veo?

Veo unos hombros
Colgar de una nariz.
Veo dos omóplatos clavados
Como cuchillos
A una espalda seca.
Veo un esqueleto
A una humanidad,
A un hombre, pegado.

La supervivencia del más apto

¿Por qué sigo sintiendo la necesidad de escaparme? Recuerdo, en mi niñez, las épocas en que uno se alejaba un poco de la ciudad y el cielo se cubría de estrellas. El aire refrescaba de golpe al salir de la cúpula de humo; justo ese instante era el que más me emocionaba, a una o dos horas de haber partido, después de soportar las meticulosidades de mis padres, que cargaban el portaequipaje del auto con el contenido de la casa y algo más. No sólo el humo asfixia, ¡más asfixia saber lo que va a ocurrir! También recuerdo cómo sufría en las reuniones, cuando venía visita o visitábamos algún pariente. Lo peor eran las fiestas, todo el mundo hablando y no diciendo nada, y las borracheras, y yo, habiendo recorrido cada una de sus caras, acabar identificándome con el perro atado al costado de la mesa. ¡Y cómo sufría el bicho si al otro extremo yacía atada una perra!, ¡hasta se olvidaba de pedir comida! Sin embargo, viendo hoy tranquilo, en el sillón de mi hogar, las fantásticas documentales sobre animales, que enseñan tan claramente las vicisitudes de los que viven en grupo, en pequeñas comunidades (y, por qué no, las de los solitarios), caigo en la cuenta de que son las mismas que las nuestras. Y ahí no hay polución, no hay ciudad. Hay una estructura (curiosamente abstracta) en la que el macho más fuerte monta todas las hembras. ¡Al cumplir la mayoría de edad te vas de casa!, parece ladrar a los machos jóvenes, indefectiblemente sus hijos. De lo contrario acabarían disputando sus hermanas al padre e incluso su propia madre. Lo vemos en los ciervos, los leones, los lobos marinos. Los osos macho, también los leones, matan a sus crías. También

los reyes mataban a sus hijos varones, o los mandaban a pasear. Amores como el del Lobo y la Caperucita Roja no funcionan en la naturaleza, se atascan y terminan desgarrados entre los dientes de algún engranaje. Esos amores nacidos de la angustia, del humo, de la necesidad de escapar a las reglas, terminan mal. Sería indecoroso y poco “edificante” a la educación de nuestros niños (futuros machos supuestamente aspirantes al dominio) que una cámara indiscreta mostrase a ese joven lobo marino que monta a la mejor hembra detrás de algún médano mientras los “machos” de turno refriegan sus cuerpos haciendo que pelean. Las escapatorias exceden los argumentos, porque no encajan; como la misma palabra lo dice: se “escapan” del argumento. Su crónica es irrelevante al mismo, porque, lo que no encaja, no cuenta. ¿Cómo continuaría, entonces, este anticuento? El entusiasmo llevaría a nuestro amigo al descuido: detrás de las rocas, al final de la playa, es descubierto por su padre en medio de una orgía con tres de sus hermanas. Siguiendo las reglas de la madre naturaleza, Javier, el joven lobo marino, es desterrado a mordiscones en el culo.

Javier en el destierro

No tardó en enterarse de que salirse por la tangente más que simplificarle la vida a uno se la complica y hasta límites insospechados. Cuando uno elige la “tercera opción” no elige una, sino miles, porque desata una reacción en cadena de peripecias; la existencia se torna un cambio de escenario periódico e interminable, y, como bien sabía Javier, no a fuerza de tragar agua a uno le crecen branquias. Visto desde la cámara del documental era uno entre tantos otros, pero Javier era diferente, naturalmente diferente, porque él no eligió la tangente, la tangente lo eligió a él. La naturaleza hace esas cosas todo el tiempo, pero, su tiempo es tanto más grande que el de uno, que uno no se da cuenta y acaba sintiéndose culpable de los cambios, se siente trasgresor. Especialmente si se sufre como Javier, una vez trasgredido el límite de la playa, todas esas ramitas y piedras clavándose en la panza; así iba a tener que arrastrarse el resto del camino con lo provisto “Tal vez los nietos de mis nietos tengan eso en lugar de aletas” se conformó al ver las ruedas de la camioneta de los del documental, que seguían entretenidos en la playa, filmando a su exparentela. “Alguien tiene que tomar la iniciativa”, se dijo, transformándose (esto sí dependía de

su elección) de trasgresor en pionero. Claro, como ni él ni sus parientes se habían nunca alejado demasiado de la playa, no imaginó que la tierra era tan extensa; de haberlo sabido se habría escapado para el lado del agua; y ¡qué tierra más dura!, se quejó cuando llegó a la ruta. Suerte que siguió por la banquina y no se lo llevó puesto el primer camión que pasó: Javier terminó de arrepentirse, ¡Ese bicho era mucho más grande y peligroso que las orcas! Se le ocurrió también que podía haber sido un gesto de camaradería el que semejante animal —que con toda seguridad le había visto, porque ni un puto árbol bordeaba la ruta—, no se lo tragara de un bocado. Camaradería de “amigos en el destierro”. Otro camión, no menos grande que el anterior, frenó cien metros antes de Javier. El instinto de conservación le mordió el culo diez veces más fuerte que su padre, y a pesar de haber visto la velocidad con que se movían estos nuevos seres, apuró el tranco lo más que pudo: “Se prepara para atacarme, se dijo, ¡ahora sí que cagué la fruta!”. Nuevamente, para su sorpresa, el camión siguió su camino. ¿Para qué paró entonces? Desde su joven egocéntrica visión del mundo Javier especulaba que los animales con que se iba topando en este nuevo mundo sin mar, alguna vez tuvieron que dejar el mar, alguna vez habrían sido como él, de ahí la camaradería, ¡eran parias del destino, buscando alguna alternativa a ese mar que los vio nacer! Era seguramente el caso del espécimen que bajó del camión, que, sustanciales cambios de por medio, mostraba rasgos en su fisionomía similares a los de los boludos que acostumbraban ir a la playa de vez en cuando a cargosearlos; por eso, a pesar de que este nuevo animal se acercaba peligrosamente sin dar señas de miedo, Javier se despreocupó.

—¡Que hacés vos, tan lejos de la playa!

Le dijo el extraño. A Javier le reconfortaron los sonidos graves y la sonrisa del desconocido, que, al ver venir otra de las bestias con ruedas, no se entretuvo ante el hallazgo que significaba Javier en la ruta y comenzó a hacer ademanes raros al animal más grande, enseñándole las dos protuberancias de su pecho a lo que en una especie de código, la bestia, sin disminuir su velocidad, respondió con un sonido parecido al que profería su padre cuando se enojaba pero diez veces más potente y aterrador. No fue más que un susto. No obstante, su nuevo amigo más que asustado parecía defraudado; con cara de circunstancia se acomodaba algo que parecía molestarle entre las piernas.

Nada une más a dos seres que compartir la misma pena. Javier lo confirmó en el gesto del bicho: le dio un poco de agua que llevaba en un envase que traía en el bolso. “Claro, se dijo Javier, si quiero sobrevivir aquí tengo que conseguir esos accesorios”. Intentaba explicar esto aleteando, meneando su cabeza, aullando, a su amigo, mientras éste con sus no menos ridículos ademanes hacía parar a un cachorro de bestia con ruedas.

—Y, con él, ¿qué hacemos?

—No tengo tiempo para desviarme hasta la playa. En el pueblo habrá quien se encargue de estas cosas.

De haber sido un lobo adulto no habrían logrado subirlo a la caja del vehículo. Así Javier se encontró a sí mismo desarrollando velocidades considerables y emitiendo sonidos extrañísimos, ¡Ya empezaron los cambios!, se decía eufórico y aullaba de frente al viento que le pegaba en el hocico distorsionando su voz.

Alguien dijo haber visto un lobo marino en la Pampa; alguien, años más tarde, vio uno en la Cordillera de los Andes; alguien dijo, tiempo después, haber visto un lobo marino en las Cataratas del Iguazú; otro ¡en la selva del Amazonas!; otro, trepando las escaleras de un templo Azteca; años más tarde en las calles de Nueva York, y en Canadá.

Un buen día Javier llegó a una playa aún más fría que la que lo vio nacer, no obstante repleta de nudistas bañándose al sol. Se acercó a una de las señoritas cuya inocencia impedía disimular un marcado interés. Al instante, interrumpió la amabilidad de sus palabras el que debería ser el novio, con ademanes que Javier, aunque había aprendido varias lenguas, no lograba entender. Sacudía los brazos, meneaba la cabeza, profería sonidos parecidos a la bocina de un camión pero patéticamente débiles. Nuestro viajero ya había tenido refriegues de sobra; metió su mano en el bolso de motivos floreados (regalo de un viejo amigo que había conocido hacía años en la carretera) que llevaba cruzado al cuello, y sin perder la calma le extendió unas monedas al joven diciéndole:

—Haceme un favor, andá hasta la estación de servicio del costado de la ruta y traete una birrita bien fría.

Reencarnación

Veraneando en Córdoba, mi tío me regaló una cola de zorro que había encontrado. Yo me la colgaba del cinturón e intentaba correr en cuatro patas. Era un placer erótico para mí, me travestía en animal. Veía en la conservación del instinto una virtud y una ventaja. Pasaba la mayor parte del tiempo subido a los árboles o escondido entre los matorrales. Buscaba refugio para mi consciencia ahí adonde el resto de los hombres había perdido la habilidad de acceder. Fue la única vez en que recuerdo haberme planteado la reencarnación. Quería reencarnar en un mono.

Cuando yo tenía cinco años, mi primo el loco, Marcelo, que vivía al lado de casa, me regaló una pila de suplementos de una revista de historietas argentina de aquella época. Traían una copia de un famoso comic americano con las viñetas traducidas. Especialmente uno de los dibujantes de este cómic era muy bueno y de adulto me enteré de que Marcelo tenía o conservaba sólo los fascículos hechos por este dibujante. Pero además de la perspectiva y dinámica tan bien logradas de estos dibujos (en contraste a la pobreza del argumento) me llamó la atención que el arácnido protagonista (ya saben a qué comic me refiero) y muchos de sus enemigos (el escorpión, el lagarto, el buitre, el canguro) eran hombres mutados en animal, especialmente en los que tienen la habilidad de trepar, volar o cualquiera que les permitiese moverse en la maraña de rascacielos neoyorquinos valiéndose de sus manos y sus pies, como también de su olfato, de su oído, de su parte instintiva. Había algo más que un aprovechamiento de la dinámica del

dibujo en un escenario de edificios, yo lo noté. Sentí, aunque a esa edad no era capaz explicarlo como ahora lo explico, que el que había ideado estos personajes se daba cuenta de lo mismo que yo: el sistema que estábamos construyendo era nuestra propia ruina, nos estaba asfixiando. Por lo pronto nuestro instinto ya no se veía satisfecho en lo cotidiano, de ahí la necesidad de moverlo en una realidad virtual como la de esta historieta.

El hombre elige

En 1988, una vez acabado el servicio militar obligatorio, mi vida era mía nuevamente. Es en estos momentos en los que uno realmente se plantea hasta qué punto es dueño de elegir. Por lo pronto sabía, y teniendo en cuenta mis características y mi forma de ser, que lo más aconsejable era seguir alguna carrera universitaria. Para esas fechas, ignoro cómo será actualmente, la UBA (Universidad de Buenos Aires) había cambiado el examen de ingreso por un año de curso, al que llamaban CBC (Ciclo Básico Común) que hacía las veces de filtro. Aproveché esta facilidad; el primer intento fue poco serio por mi parte, con un par de amigos nos anotamos en diseño industrial, carrera de la que jamás había oído hablar. Curiosamente, duré lo que tardé en enterarme de hasta qué punto era una carrera relacionada con el arte. Al segundo día, en la asignatura Dibujo, me pusieron en frente una hoja en blanco con la más clara y simple de las consignas: que dibuje en ella lo que quisiese. Me explicaron que lo que dibujara ahí serviría como carta de presentación frente a la cátedra. Primero me reí nervioso, luego dibujé esto y aquello, por último rompí mi hoja y me fui para no volver.

A mi segundo intento me lo tomé más a pecho porque se trataba de la carrera que hasta ese entonces consideraba la más adecuada para mí y por la que había cursado un secundario industrial. No hubo riesgo ni desilusión y tal vez éste haya sido el punto: en la carrera de ingeniería me movía en terreno conocido, me resultaba demasiado fácil. Esta vez, cursé el año de CBC y en análisis matemático, geometría

descriptiva, física, conocimiento científico, mis calificaciones no bajaron de ocho sobre diez.

Pero los caminos asfaltados no son para mí. Aquella hoja en blanco me había intimidado, era la puerta a un nuevo continente. Fue cuando tomé la decisión definitiva que me amargaría dulcemente la vida, la de seguir la carrera de violoncelista en el conservatorio de música.

No obstante, el arte no fue la única invitación al pecado que se me presentó por esas fechas. Como dije, en el año en que cursé ingeniería aprobé las materias sin dificultad. Pero al tratarse de un ciclo común, incluía también materias poco o nada relacionadas con la carrera elegida. La única materia que no aprobé, especialmente porque me sentí igual de intimidado que con aquella hoja en blanco en diseño industrial, fue Sociedad y Estado. No encontraba interés ni sentido en aquellos discursos interminables, mezcla de historia, sociología, antropología y política (tal vez efectivamente el discurso carecía de interés y sentido pero en ese entonces yo no contaba con los elementos de juicio para asegurarlo) que recitaba el profesor con la voz impostada frente a más de cien alumnos. Lo único que recuerdo de aquel discurso es el comienzo. A manera de puntapié inicial de su disertación acerca de la sociedad humana, trató de explicar (o consensuar) lo que teóricamente nos llevó a tomar un camino diferente a del resto de las especies de nuestro globo. Cuando casi acababa y salía felizmente de este terreno cenagoso fue interrumpido por la candidez de mis veinte años. Levanté la mano y le dije sin tapujos que yo no veía cumplirse en el grueso de los seres humanos ninguna de esas características o idealizaciones que él había enumerado para diferenciar al hombre del resto de los animales. Mientras el profesor me respondía con una evasiva amable, un compañero de lentes y delantal blanco (estudiante de química tal vez) a cuatro o cinco pupitres delante del mío se da vuelta y levantando su dedo índice me dice en tono dogmático: El hombre elige.

Más allá del resultado puedo jactarme de haber peleado contra mi destino, contra Dios, contra mí mismo persiguiendo mis metas. Valga la redundancia, puedo jactarme de haber tenido y tener metas. Puedo jactarme de haber hecho uso de mi conciencia y mi libre albedrío. Pero teniendo en cuenta que la inmensa mayoría no sólo no comparte sino que además ha hecho lo imposible para hacerme sentir culpable

justamente por esto, no me queda más que concluir, y lamento no tenerlo en frente para decírselo, que tampoco esta última característica que mi compañero señaló con fervor marca la diferencia.

Familia

a: misuegra@wohsnamurteht.com

asunto: familia

Aunque no lo considero ni mi obligación ni mi responsabilidad, intentaré poner en claro algo que vengo sospechando desde mucho antes de ver mis fotos incrustadas en tu álbum familiar.

Es innegable que la familia ha sido desde siempre una entidad política. Una de las pocas características de la vida moderna que me gustan es la al menos aparente inclinación a valorar el componente afectivo. Hoy en día a tu pareja no la eligen tus padres, al menos no en todos los casos. Pero para convencerme esta tendencia y no sólo adecuarse a mi gusto debería convertirse en un verdadero replanteamiento ético y moral. La prueba de que en esto, como en tantas otras cuestiones, el cambio a sido sólo aparente es que muchos aún siguen dando mucha más importancia al trámite burocrático frente a Dios o al Estado que al verdadero amor, respeto y mutua confianza conyugales. Por ejemplo, en una oportunidad, y con mucho tacto, manifesté esto último en casa de un amigo después de que su mujer me hiciera soportar el vídeo de su fiesta y ceremonia de matrimonio. Ella, confirmando lo que digo acerca del poco valor que se da al verdadero amor, respeto y confianza en la pareja, se tomó la libertad de, literalmente, echarme de 'su' casa (un punto sobre valuado: legalmente la casa era de ella) insultos de por medio. No había sido ni la primera ni la última que alguien me insultaba por sólo pensar diferente, lo que me dolió

fue perder un amigo de años por una simple arbitrariedad. Y es a él a quien culpo por no respetarse a sí mismo; su familia, su problema. Yo, aún siendo un niño, no le permitía a mi madre elegir mis amistades; lo interpretaba como falta de confianza en mí.

Creo que ya voy dibujando mi escala de valores al mencionar un concepto que en mi vida ha tenido mucho más peso que el de ‘familia’, incluso más que el de ‘amor’. La semilla del amor echa raíces firmes en la tierra de la *confianza*. Tendría que ser un androide para decir que no quiero a mi hermano, no porque sea de mi sangre (otra cuestión sobrevaluada por muchos), sino por toda una niñez y adolescencia de convivencia bajo el irrefutable amor de nuestra madre. Pero para yo considerarlo ‘hermano’, más allá del concepto formal de familia o la cuestión genética, debería además y por sobre todo haber podido confiar en él.

Sentadas las bases de mi forma de pensar al respecto y por ende de mi punto de vista te diré qué opino acerca del mensaje que me enviaste a raíz de mi ausencia en tu mesa navideña. Teniendo en cuenta que soy para ti un perfecto desconocido (y con serias sospechas de siquiera caerte simpático), ya sean tus consideraciones socio-políticas, legales, religiosas, genéticas o un cóctel de éstas, al ‘dar por sentado’ que ya formo parte de tu familia dejas bien claro que tu definición de ‘familia’ poco o nada valora la cuestión afectiva que para mí es, justamente, no sólo la más importante sino la única a tener en cuenta, por supuesto dentro de este orden de cosas.

Y poco me importa cómo rotules tú o quien sea mi relación con tu hija; si matrimonio, concubinato, pareja, amistad, compañeros de alquiler o de asiento de un tren a Dios sabe dónde. Lo único importante para mí es el cariño y confianza que nos prodigamos mutuamente.

Otro punto destacable es que tampoco esperaste a conocer mi opinión con respecto a “contamos contigo para todo” y para ofrecerme ayuda en cuestiones que tú imaginas necesito auxilio de tu parte. Que yo sepa hasta ahora nada te he pedido. En resumen, asumes cuestiones que a todos afectan profundamente sin antes siquiera interesarte por la forma de pensar y de sentir del otro (tu hija incluida).

Siguiendo el mismo razonamiento, aunque tengo clara mi forma de pensar, de sentir y de tal manera las expreso, no pretendo ponerme debajo de tu piel; tengo en cuenta que puedo estar equivocado al juzgar

tu actitud. Significaría un gran alivio para mí saber que no eres autoritaria o, lo que es peor, egocéntrica y que bastaría con decirte “No me interesa formar parte de tu familia, ni de la conceptual ni de la de carne y hueso” para que entendieses y respetases mi decisión.

Saludos.

PD: Te tomaste la libertad de inmortalizarme en tu álbum. Yo la de inmortalizarte en mi obra.

Conocimiento científico

A mi hermano la “O” con el culo del vaso le salía cuadrada. Su ignorancia era congénita. Si uno analiza lo de congénito se da cuenta de que no es tan irónico como parece; ¿qué chispa detona nuestro interés? Genética aparte, en primera y quizás única instancia el agradar a los demás, para convencerlos, seducirlos, y así sentirnos aceptados. Especialmente cuando se trata del sexo opuesto. En mi barrio el lograr esto último pasaba por las actividades que mi hermano supo perfeccionar: procurar ropa de moda, moto de cuatro cilindros, piel bronceada y el desarrollo de los músculos a excepción del que yacía debajo de su muy cuidada melena. Sin embargo, esto nunca lo puso por debajo de mí en cuanto a inteligencia, la prueba está en que fue una chispa de la misma naturaleza la que detonó mi interés por cultivar lo que agradaba a la máspreciada hembra.

No todo es lo que parece, él también en muchos aspectos sabía ganarse a mamá. Y no recuerdo la costumbre en mí de subestimar a la gente; por más que el instinto, la razón, o ambos al mismo tiempo me aconsejaban descartar el interés por alguien siempre me las he arreglado para sacar algo de toda relación. No hay que creer en nadie y al mismo tiempo creer en todos. Así de ambigua es la cosa, incluso cuando se trata de alguien tan cercano.

A los veintitantos se me dio por fumar de lo que él vendía. Parece droga inocente; yo me enteré de que las fobias no eran invento de rico gracias a la marihuana. Además de mis caminatas a las tres de la madrugada y mis ataques de nervio o llanto inexplicables, a cualquier

molestia, bultito o lo que fuera que me encontrara en el cuerpo lo transformaba al instante en enfermedad terminal. Teniendo en cuenta mis largos períodos de abstinencia sexual obligada (seducir a tu madre no cubre todas las necesidades) la única que no se me cruzaba por la cabeza era el SIDA.

En una de las tantas visitas a la salita de primeros auxilios de la zona, en esa ocasión debido a una molestia en el estómago, volví con un medicamento recetado. Desde siempre me habían atendido muy bien ahí, pero en los últimos tiempos, dada la crisis económica, comenzaron a aparecer novatos que de médico tenían el atuendo. Y fue mi hermano el que me frenó justo antes de que lo tome. Gracias a su experiencia con fármacos, reconoció con sólo ver la caja que el remedio que el médico me había recetado para el estómago era para el reuma.

El androide extraviado de la modernidad

Por qué DROID-XXI es la elección correcta a la hora de garantizar competitividad empresarial. Veamos primero en sus características técnicas la simpleza y fiabilidad de su estudiado diseño.

Consta básicamente de un tubo de PVC que acaba en un codo a noventa grados en cada extremo, la boca y el ano respectivamente, lo que lo hace apto para todo tipo de consumo. Su nariz sólo respira. Tiene ojos y oídos que evitan que choque con lo que encuentra a su paso. Estos sensores y su programación básica le permiten responder a ciertos eventos y no sólo ejecutar sentencias ordenadas. También tiene la capacidad de hablar, útil a la hora de intercambiar información. A veces oye, también lee. Goza de cierta autonomía, y generalmente es capaz de, arbitrariamente, guardar su posición y defenderla con, como se deduce, ideas hechas (es destacable su óptimo desempeño en cargos públicos). Aprende por imitación, si uno hace una mueca, o habla con cierto acento, el androide repite la mímica exacta (como si hiciera burla). En resumen, no ‘entiende’ lo que uno dice; por superposición de imágenes somete a comparación directa la nueva información con la que guarda en su base de datos. Esto no implica que se ‘cuelgue’ en caso de no hallar coincidencias, simplemente ignora el incidente y continúa con otra acción.

Como veremos a continuación las características técnicas de DROID-XXI más allá de ser limitaciones forman parte de un largo y arduo proceso de optimización. Es capaz de ocupar toda su vida útil, que oscila entre los treinta y cuarenta años, en tareas repetitivas sin

acusar cansancio, agobio o disconformidad, incluso llevan programados comentarios jocosos para hacer a sus compañeros de faena a manera de estímulo o discusiones en tono bromista sobre el resultado de un partido de fútbol o cualquier tontería que hayan visto por televisión el fin de semana. Permanece ocioso sólo una o dos horas diarias que se suman a otras ocho de inactividad; en esto consiste su único mantenimiento, hay que ocuparle en algo no muy complejo en esas dos horas de ocio diarias que a veces se reducen a media. Respetuoso del medio ambiente, como alimento le bastan el desperdicio y las sobras; gracias al simplificado diseño de su aparato digestivo (carece de hígado) también es apto para la ingesta de bebidas alcohólicas de baja calidad. Los más modernos llevan incorporado un GPS que permite conocer su ubicación exacta desde un Procesador Central. Este Procesador Central es el que, a manera de servidor, almacena y administra las tareas de cada androide. Esto evita sobrecargar a este último con planteos del tipo *¿Dónde me encuentro?* o *Y, ahora, ¿qué hago?*, que consumirían inútilmente ciclos de procesador y memoria. Siguiendo el mismo criterio ese mismo procesador central se encarga de asignar a cada androide una personalidad. Ésta se ha optimizado a pocas líneas de texto: el directorio *Mi Personalidad* incluye el fichero *datospersonales.txt* conteniendo el nombre completo, dirección actual, ocupación y resumen de capacidades programadas de la unidad en cuestión, más otro más pequeño, *ocio.txt*, con el tipo de música, equipo de fútbol y bando político preferidos. Queda en manos de la política y estudios de mercado de cada compañía la administración de esta base de datos; nosotros, basándonos en estudios de mercado, aconsejamos la configuración por defecto puesto que ahorra al periférico procesar a un nivel de abstracción obsoleto *¿Quién soy?*, *¿Qué soy?* o *¿Con qué finalidad hago lo que hago?* además de liberar espacio en su memoria principal dejando lugar a los datos relevantes, generalmente requeridos por los programas específicos a su óptimo desempeño en la tarea asignada. Justamente gracias a que tienen acceso directo a la información y ninguna preocupación existencial, los modelos avanzados son incluso capaces de aprender en escasos años a realizar tareas tan sutiles como tocar un concierto de violín, pintar un óleo imitando el estilo de un pintor famoso o escribir un auténtico *Best Seller*.

Éstas consideraciones son suficiente evidencia de que DROID-XXI es la unidad ideal para la empresa moderna. De todos modos puede llamar a nuestro número de contacto donde nuestras operadoras procurarán aclarar cualquier duda que le haya quedado y con gusto recibirán su encargo priorizando su absoluta conformidad y confianza en nuestro producto.

Matrix

A la hermanita de un amigo se le dio también por la música. Se entusiasmó con la flauta dulce en el colegio y la madre acabó comprándole una traversa. Llegué a verla tocando conciertos cuando aún vivía en Buenos Aires. Supongo, porque perdí el contacto con la gente de mi país, que hoy día seguirá dando conciertos y costeándose los gastos con algún trabajo de docente en escuelas o conservatorios o, en su defecto, calentando el atril de alguna orquesta profesional.

La mayoría de los jóvenes que se decantan por la música clásica al menos aparentan entusiasmarse con la idea de tocar un concierto en frente de una orquesta. Yo no llegué a tocar un concierto completo como solista en frente de una orquesta, alguna que otra vez me tocó hacer algún solo u obra pequeña, con lo que cumplí por puro compromiso. Alguno creerá que lo digo por despecho pero, sinceramente, ni siquiera el escenario me entusiasma. Desde mucho antes de aprender a tocar un instrumento, cada vez que iba a un concierto (recuerdo especialmente los de heavy metal a los que asistíamos con este amigo a los dieciséis) me pasaba la mitad del tiempo de espaldas al escenario, viendo las caras del público. Observaba cómo la música los unía en una masa compacta, los sincronizaba o sintonizaba; cumplía la función del semáforo o la barrera del paso a nivel del ferrocarril.

Durante algunos años, con la hermanita de este amigo, fuimos compañeros en una orquesta juvenil de Buenos Aires que ofrecía cada mes un concierto en el auditorio de la Facultad de Derecho. Se preparaban un par de obras del período clásico, alguna del romántico y una última

del contemporáneo, todo por el módico precio de un par de monedas “a voluntad” en una lata que se ponía en la entrada. Alguna vez venía este amigo acompañando a sus padres a ver tocar a su hermana. Ver, no oír y, por sobre todo, sacar muchas fotos. Eran las pocas ocasiones en que nos cruzábamos con el que había sido mi mejor amigo de la adolescencia y parte de mi juventud. Un poco por nostalgia, pasados pocos días de uno de estos conciertos fui a visitarlo y los padres me invitaron a cenar. Durante la comida fue cuando el padre, haciendo referencia a uno de los conciertos de esta orquesta juvenil donde, además de su hija, alrededor de setenta jóvenes tocaban a la gorra, hizo el siguiente comentario: “Deberían explicar lo que tocan; uno va ahí y no entiende nada”. Podría haberme callado como en otras tantas ocasiones pero apiadándome de su hija le respondí: “Cultivarse es iniciativa de cada uno”. El padre se limpió la boca con la servilleta y, muy seguro de sí, esgrimió la frase que con los años acabó de aclararme la necesidad de los semáforos: “¡El día que sepas lo que yo de informática! *Vos lo decís para defender tu posición*”.

Palabras

a: adrian@felizia.com

fecha: 28 de Junio, 2008

asunto: verano

Llegó el verano en Barcelona. Es casi como el de allá, yo lo soporto porque ahora estoy en un edificio, no como en mi casa de Buenos Aires que me daba el sol de lleno en el techo. Un par de años atrás íbamos a la playa, ahora la tenemos un poco lejos y llena de medusas, o 'aguas vivas' como le decimos nosotros. Con el calentamiento del agua y a falta de depredadores llegan millones a la playa, la mayoría muertas. A mí no me picó nunca una y no me interesa averiguar qué se siente, así que dejé de ir a la playa, es incómodo intentar distinguir las de las bolsas de plástico todo el rato. Además, nunca fui adepto a la playa, Mar del Plata es el ejemplo por excelencia del gusto del hombre. ¡Cómo si no hubiera suficiente país allá como para tener que ir amontonarse a la Bristol! Si querés relajarte un día cruzate a Uruguay; con mi mujer, cuando fui por la visa, visitamos Colonia, ¡qué diferencia! Al alejarse con el catamarán de la costa porteña lo primero que llama la atención es el contraste entre la franja negra cubriendo el centro de Buenos Aires y el cielo limpio al divisar la costa uruguaya. Cuando llegamos entramos en una de las tantas tiendas para turista, no es mi deporte favorito pero me venció la fantasía de tener un mate como el dios uruguayo manda y la de la tienda, cuando termina de cobrarme (aceptaba tanto euros como dólares), me responde el saludo

con un “A sus órdenes”, faltó que dijese “patroncito” para hacerme sentir como colonizador recién desembarcado. Estuve a punto de comentárselo pero mi experiencia en el país de la “hostia” me enseñó que estas expresiones acaban obedeciendo puramente a la costumbre, como “Adiós” (que es lo mismo que te digan “Andá a la concha de tu madre” o “Morite ya, pelotudo”); no por nada la ciudad se llama “Colonía” y está pegada al Río de la “Plata”. Hoy van buscar soja para el *biodiesel* y los indios siguen abriéndoles las puertas creyendo que los van a ‘salvar’.

Es lo primero que se aprende al viajar, el uso y abuso desvirtúa el significado de las palabras y las frases. Igual que los motivos en la música, las palabras apenas cumplen la función del semáforo, ahora paso yo, después pasás vos..., todo intento de comunicación que excede en complejidad al semáforo acaba en pelea.

La pereza fija arbitrariamente *soja = sano* o *dinero = salvación*, sin tener en cuenta el contexto.

¡La luna me sigue!

Al par de meses de haber arribado a España me hice un par de amigos. Nunca me interesaron los amigos pero estaba mentalizado a ser sociable como todo recién llegado. Uno era un pianista catalán y el otro un violinista aragonés, de Huesca. Los conocí en una orquestita improvisada que había formado un fulano que tenía una escuela de danzas tradicionales en Pueblo Seco. Este gordo pesetero (del que también me quedó un sabor amargo) necesitaba músicos para una actuación en Galicia. Nos pagó, a regañadientes, cinco mis pelas a cada uno; aceptamos por el atractivo del viaje.

A la salida de estos ensayos, que generalmente eran por la noche, estos dos me llevaban de marcha hasta la madrugada y competían en a ver quien se liga una guiri. Su egocentrismo inocente les llevaba a creer que también lo hacían conmigo; en mi calidad de inmigrante ilegal recién desembarcado, con la preocupación de no saber si iba a tener un plato caliente y un techo bajo el que dormir al día siguiente poco maduro hace falta ser para darse cuenta de cuánto podían interesarme estos deportes en ese momento. Les llevaba cinco años a estos dos, así y todo, al menos desde mi punto de vista, ya estaban grandecitos para estas boludeces. Pero yo no tenía nada mejor que hacer y estaba más solo que nunca así que bienvenido lo que sea.

Cuando acabó lo de Galicia seguí viéndolos esporádicamente. A veces venía el violinista a tocar conmigo en la calle, a veces el pianista conseguía un bolo. Cinco años más tarde yo ya estaba felizmente casado y viviendo decentemente cuando los vi por última vez. Nos

sentamos los tres más la novia del catalán en una terraza de un bar a tomar unas cervezas a la salida de un bolo y palabra va, palabra viene el catalán salta como otras veces con un comentario despectivo; lo mira al otro y le dice, ¿Leíste lo que escribí?, refiriéndose a un manuscrito que le había pasado de mi primera novela.

Aquel manuscrito crudo era más susceptible a la crítica, no obstante alguien suspicaz, haciendo vista gorda a las inevitables desafinaciones de todo preludear podría haber sacado algo en limpio. Recuerdo, por ejemplo, una anécdota contada en las primeras páginas de aquella versión. Hacía referencia a un amiguito mío de la infancia (teníamos siete años) que jugando una noche en la esquina de casa me dice, «Mira, ¡la luna me sigue!». Dando por sentado que él entendía que era una ilusión óptica, esperé a que pare de correr y bromeando le respondí, «A mí también me sigue», corriendo como él lo había hecho. Primero pensé que me tomaba el pelo cuando me dijo «No, a vos no te sigue», pero al insistir me di cuenta de que lo decía en serio. ¿Por qué no me mofé de él? Porque tal vez, a pesar de mi corta edad me daba cuenta de algo más importante que lo de la ilusión óptica, algo que me afectaría profundamente y de por vida.

Muchos años después, en el bar de Barcelona, junto a los amigotes en cuestión sufrí otra prueba de lo mismo. El chico de Huesca, que hasta ahora se había limitado a criticar mi forma de vestir (por ejemplo el que no me abrochara hasta el último botón de la camisa como un monaguillo), se quejó por enésima vez de mi acento argentino. A esto, la novia del catalán (también catalana) me dice entusiasmada, «¡A mí me encanta tu acento!». Tal vez por eso el catalán se puso serio y soltó el comentario que viene a cuento: «No te ofendas con lo que te voy a decir. Deberías buscar un acento neutro».

Carl Jung

A veces se confunde “lo sobrenatural” con “lo que no tiene explicación”. De ser esto cierto “lo natural” se vería restringido al raquítrico rango de fenómenos al que la cultura humana se ha arrimado con una o más de sus teorías.

Para no irme por las ramas (no soy ni el primero ni el último en comparar el inconsciente con un árbol) voy a explicarme con una anécdota. Una tarde, en la casa de un compañero del secundario nos preparábamos para un examen de matemáticas. Familia pudiente, la de los padres de este chico, tenía un caserón antiguo (parecía una de esas casas embrujadas de las películas) en la zona residencial del barrio Devoto, en Capital Federal. Sentados con él frente a un escritorio de cara a la ventana, intentábamos concentrarnos en los cálculos al tiempo que dos de sus hermanas más una amiga, sentadas en sendos sofás dispuestos en el centro del enorme salón, preparaban un examen de biología. Digo ‘intentábamos’ porque las tres púberes lo que menos hacían era avocarse al estudio.

A estas dos hermanas yo las conocía de vista, estaban lejos de ser bonitas o sexualmente apetecibles; la más chica al menos parecía simpática. Esta no es una crítica gratuita, lo menciono porque es relevante para entender lo que viene.

Cuando la charla de estas niñas se había vuelto insoportable, mi compañero se da vuelta y las hace callar de mala manera, ellas contestan de la misma forma e intercambian algunos insultos. Yo, acostumbrado a no llevarme del todo mal con mi hermano (al menos no nos

faltábamos el respeto abiertamente) creí que estos insultos eran en broma, por eso cometí la imprudencia de participar. ¿Qué fenómeno inexplicable o sobrenatural puso en mi boca la palabra “lechuzas” cuando mi intención era decir “cotorras”? ¿Por qué medio invisible e incomprensible una mente traspasa a otra estos pensamientos? Lo que sí puedo decir con seguridad acerca de este fenómeno es que lo vengo sufriendo desde que tengo memoria y ha sido la causa de las peores desavenencias que he tenido con la gente. Desavenencias que además de instruirme en una práctica que en sí misma poco me ha interesado, la del psicoanálisis, no han hecho otra cosa que joderme gratuitamente la existencia.

No acabé de decir “lechuzas” que la cara de la hermana mayor, la única que al girar mi cabeza veía de frente, cambió del blanco leche al rojo en un segundo. Saltó saliva envenenada de su boquita inglesa cuando me dijo, «Estúpido». No sé si exagero al decir que jamás me había ganado el odio de alguien con tan poco y en tan poco tiempo; su mirada era la de quien acaba de contemplar un crimen cruel, imperdonable. Más desconcertado quedé aún cuando agregó, «¡Cómo vas a decirle eso!» y miraba alternadamente a la amiga, de la que yo hasta ahora conocía sólo la nuca. Recién logré entender lo que pasaba cuando esta última volteó dejándome conocer sus lentes grandes y gruesos como culo de botella.

El don máspreciado

—Acá tenés el lápiz rojo.

—Esto no es rojo.

—¡Cómo que no es rojo! ¡Saliste daltónico, igual que tu tío Ángel!

En ese momento, haciendo los deberes del colegio a los cinco años, acepté el diagnóstico mi madre. A los veintisiete, en 1995, cuando para conseguir un trabajo estable en la Argentina ya no quedaba más opción que meterse a policía o militar tomé la desagradable decisión de intentar entrar a la banda militar de El Palomar que según me habían dicho buscaba violoncelos y contrabajos para ampliar el repertorio con música sinfónica. No fue la edad lo que me impidió entrar (en la Argentina éste es el único sentido en que “todo tiene arreglo”) sino el que ya había entrado demasiada gente, no iba a haber presupuesto para tanto milico.

Entre los exámenes médicos que me exigían para ingresar tuve que hacerme el de la vista. Lo interesante fue que por primera vez me hacían el test del daltonismo. Reconocí más de lo que esperaba, no recuerdo si fue en la décima página que no distinguí el número escondido entre los circulitos de colores. Avalando la presunción intuitiva de mi mamá, esto determinaba oficialmente que, a la hora de tomar una decisión en cuanto a colores, “dependía” y “de por vida” del consejo de un tercero.

Cuando a los diecisiete intenté formar mi banda de rock con un amigo del colegio, tardé pero acabé convenciéndome de que a mi amigo le resultaba casi imposible distinguir la altura de los sonidos. Y no

sólo eso, tampoco sabía cuándo cambiar al subdominante en un simple *blues* de no ser contando los compases. Yo, que en ese entonces sabía que la música era eso que salía por el parlante de la radio, era capaz de entonar e incluso imitar el color y el estilo del cantante que fuera y reproducir fielmente con el instrumento, por supuesto dentro de mis limitaciones técnicas, lo que oía en la radio o en una grabación. Mi amigo que me apreciaba y confiaba en mí, igual que aquella vez yo con mi madre con respecto a los colores, entendió que mi juicio con respecto a la altura de los sonidos y la duración de los compases tendría más peso que el suyo.

Hay quienes se inflan sólo porque, al nivel que sea, tanto por casualidad o de acuerdo con algún pronóstico, “una les salió bien”. Otros porque se saben capaces de hacer esto o aquello y “pueden” hacerlo. Personalmente, me siento seguro cuando constato que soy capaz de discriminar, especialmente en cuestiones más importantes en la vida que el reconocer los sonidos o los colores. Valoro el ser *consciente* más allá de si en mi emprendimiento me fue bien o el tiro me salió por la culata. Ser consciente de lo que uno no puede o no es capaz de hacer es un buen punto de partida.

Gran Amito Blanco

a: pelado@esfashion.com

asunto: Los favores recibidos...

Empezó en aquella fiesta del pedo de San Isidro, se me colgó del cogote al segundo día de conocerme. Ese día no lo tomé muy en serio dado que estábamos borrachos, así y todo me abstuve durante el año que siguió, en el que nos veíamos los tres cada fin de semana, sólo por respeto a nuestra amistad, que es lo que a mí me interesaba por encima del sexo casual o cualquier otra actividad para quemar el tiempo que es con lo que llena sus días la mayoría.

Después de años sin vernos desde aquella plena y feliz etapa del final de nuestra adolescencia en el marco paradisíaco que era la Argentina de aquel entonces, al igual que al resto de pelotudos del secundario a los que también estúpidamente brindé mi amistad a vos te importaba un carajo volver a verme. Como por arte de magia, a partir de que ella me conoció parecías estar contento y entusiasmado con verme cada fin de semana. Poco antes de aquella fiesta, que era la primera o segunda vez que nos veíamos después del secundario, obviamente había sido yo el que se acordó y llamó para vernos. Ella no me conocía aún. Despectivamente y de mala gana me propusiste un lugar a tu gusto, quedamos en encontrarnos en un bar de Belgrano Residencial. Me cagaste. Te llamé desde un teléfono público y me dijiste sin ningún empacho y con altanería que te habías vuelto a tu casa porque yo había llegado tarde, ¡diez minutos tarde! Y tengo mis serias dudas

de que siquiera hayas ido. Por eso me enojé el día de la fiesta de San Isidro. Yo había salido a las corridas de tocar en un concierto para encontrarnos en “tu casa” como habíamos quedado y te enganché yéndote sin esperarme. ¡Te cago a trompadas!, te dije indignado. Pasados varios días de la nada sacaste el tema: «Ya sé que podés cagarme a trompadas —me dijiste en la parada del colectivo—. Pero bueno, hay tipos a los que se les perdona cualquier cosa». ¿Que pudiera vencerte en una pelea es lo que tenías que perdonarme? Para mí en cambio lo significativo era el continuo revés de comprobar el poco o ningún valor que da el vulgo a la amistad. Uso este léxico porque conozco tu problema: mirar con envidia el señorío. Para vos, como para la mayoría, la calidad de Señor viene dada por los simbolismos asociados a una buena posición socio-económica. El nivel cultural visto desde el esnobismo, la piel blanca o, más superficial aún, concurrir fiestas en San Isidro, a la disco New York Kitty, a bares en Belgrano R, practicar *squash*. Desde mi punto de vista, el verdadero Señor, bicho extinto, no se movía a este nivel, tenía valores.

¿Cuánto llevamos viéndonos y saliendo los tres? En todo el año que siguió no paró de buscarme; yo me hacía el boludo y el calor le subía. Una tarde te dije de ir al cine, le preguntaste a ella a tu siniestra y ante su negativa volviste a girar la cabeza y me respondiste sin pensar; nada de, disculpame no tengo ganas, fue el No seco y autoritario del Gran Amito Blanco, como te gustaba apodarte a vos mismo..., ¡al que la “negrita” manejaba como a un muñeco! Ése fue el día que tiré la toalla, ¿qué amistad era esa que yo cuidaba?, si de haber sido por vos, como pasó con el resto de amigos de mierda que tuve, no nos habríamos vuelto a ver. Era ella la que llegaba al punto de llamarme por teléfono diciendo, “El Pelado tiene ganas de verte”, ni siquiera tenía la delicadeza de ir a buscarlos a otro sitio o de disimular. A medida que nos fuimos viendo y conociendo llegué a contar siete que se volteaba en tu mismo barrio, incluso al de la estación de servicio donde dejaba encadenada su moto a la noche le pagaba con especias. Astuta. Yo tenía la sensación de que en algún lugar debajo de la parafernalia guardabas conciencia y por algún motivo evitabas sacarlo a la luz, por lo mismo que insinuó arriba, que el deporte del vulgo es entretenerse, evadirse, barrer su miseria debajo de la alfombra.

Pero ahí no acaba la comedia, el colmo de la ridiculez fue lo que pasó cuando se te dio por mudarte a Jujuy y poner una casa de repuestos de motocicleta. Me quisiste enganchar (demás está aclarar de dónde vino la “orden”) para que vaya primero con ella mientras vos acababas el contrato con tu antiguo trabajo; siguiendo el sentido común me negué rotundamente. Además, para ese entonces yo ya había cedido también a la insistencia de la hermana, igual de astuta, y la cosa venía tensa; de haber ido con tu novia a Jujuy habría acabado mal y con consecuencias. Ella se sentía con derecho a cabalgar medio Caballito (valga la redundancia) pero si enganchaba a alguno de sus muñecos en el más mínimo desliz armaba un escándalo de celos; el día que salí con tu hermana mayor, por darte un ejemplo, se puso como leche hervida. A Jujuy acabaste mandando a tu otro amigo, aquel chico jovencito. Al par de meses cuando ya habían conseguido alquilar un local y establecerse saltó el problema tal como se veía venir. El chico, lejos de cepillársela él mismo, te llamó para avisarte que tu novia, avocada antropóloga, ya festejaba a un autóctono. Desde la lealtad e inocencia de su juventud daba por sentado que ibas a separarte de la ingrata y tenía en cuenta que éste era un proyecto que vos habías planeado en “pareja” por eso te puso al corriente antes de que dejaras y perdieras tu actual trabajo en Buenos Aires. Hizo lo correcto. Y acabó como se sabía, te tragaste la excusa de ella y mandaste a la mierda al pobre chico tratándolo de mentiroso. Este último episodio acabó de convencerme de que era hora de abrirme.

Para mí el principio del fin fue aquella fiesta del pedo de San Isidro. El Vulgo inventó al Diablo para justificar a Dios, pero yo no necesito evadirme, sé que fue Él el que se me colgó del cuello aquel día, como diciendo, *Rendite, ¿quién te creés que sos?* Dios, el Diablo y el Vulgo son uno y el mismo. La prueba está en que ustedes se fueron como vinieron, vos con tus cuernos y ella con un pito más en su colección. Yo fui el único damnificado; después de mucho sufrir, aguantar y perseverar —porque estos sinsabores se repetían desde mi infancia— vi al fin mi culto a la amistad alejarse arrastrado por la yunta de bueyes. El Señor que vivía en mí murió para renacer en la ficción, único lugar posible en los días que corren. *Incipit* Roquesor.

La gitana

Un año antes de lo del famoso “corralito” en la Argentina (cuando yo aún tocaba el violoncelo) nos echaban a un amigo contrabajista y a mí, porteños los dos, de una orquesta en Neuquén. “Vos te creés el dueño de la verdad”, me retrucaba mi amigo cuando yo le decía que era al pedo exigir que nos indemnicen: a la orquesta la sostenía el Banco Provincia del Neuquén, ¡quién iba a ganar un juicio a un banco! A pesar de todo, su novia, que también había entrado en el paquete, reclamó y le pagaron. “Viste boludo, vos que decías...”. Claro, esa había sido una de las tantas veces que lo agobiaba con mis “verdades”, para peor “pesimistas”. Y, ¡qué habrían opinado él y el resto de los argentinos optimistas —como antes dije, tan sólo un año antes del corralito (¡qué listos que son los argentinos!)— de haber sabido que el dinero de todos y cada uno de mis sueldos, o mejor dicho, todo lo que podía ahorrar, lo guardaba en la mesita de luz de mi habitación!... Para cuando lo del corralito, previo pagar el pasaporte (en Argentina sale carísimo) y el pasaje de avión con mis ahorros, ya me había ido a Barcelona con las pesetas suficientes para vivir al menos quince días.

Unos meses antes de que nos despidieran rumbeaba yo para el casi único cajero automático del banco en cuestión a extraer mi dinero medio segundo después (rompía cada mes mi propia marca) de que el banco lo habilitara en mi cuenta. No hacía frío ni calor; aquella tarde de sol yo cabalgaba en mis sueños, anchos y caudalosos como el viento seco del desierto del Neuquén (¡si al menos los sueños fueran de uno!, no, se quedan y mueren en el lugar que los parió), ligero de ropa,

de afectos y, por sobre todo, de dinero. A medio camino entre las apenas veinte cuadras que separaban las calles de tierra y canto rodado del precioso ranchito en que vivía (calle Alfonsina Storni, si mal no recuerdo) y el asfalto nuevo del moderno centro de la ciudad, se me cruza una gitana. Era una mujer de unos cuarenta, tal vez menos, secundada por una jovencita de unos trece, su hija quizás. Una gitana vestida como originalmente, con su falda amplia y su pañuelo. En Buenos Aires ya no se ven gitanos así, algún recuerdo tengo de mi infancia de verlos en tiendas de lona, los hombres mayores incluso con su sombrero negro, en plena Capital Federal. Pero ésta era gente de provincia. Para darles una idea les comento, sin exagerar, que se siente más el cambio de Buenos Aires a Neuquén que de Buenos Aires a Barcelona; ¡y eso que la mayoría ahí son ex porteños! Empezó con que me leía la mano, otro síntoma de su evidente atraso en las modas, y acabó, supongo que confiada por mi actitud abierta, pidiéndome que saque y abra la billetera, que me la iba a “bendecir”. Yo estaba tan solo que me sentí querido cuando me agarraba la mano y escudriñaba; la nena me miraba con cara de nena, de nena que no sabe bien lo que está haciendo su mamá o tía o lo que fuera, o bien lo sabe pero con su conciencia de nena a la que nada le parece tan malo. O, ¿sería mi actitud que le inspiraba confianza? Me enternecían las dos, por eso me presté a abrir mi billetera y enseñarle toda la pelusa que contenía; le salió del alma escupirla, diciéndome que la bendecía para que tenga mucho dinero y, ¿A ver en este otro bolsillito?, decía y volvía a escupir. Escupió el monedero, el compartimiento de las diapositivas de la familia, el de las tarjetas..., no dejó ni un bolsillo sin revisar y escupir. Menos mal que, como era una gitana argentina y como todo lo argentino de imitación, de cotillón, escupía apenas una delicada gotita de saliva; de haber sido una gitana de aquí, de España, habría tenido que tirar la billetera ipso facto. Una vez se cercioró de que no tenía un mango, intercambió miradas con cinco gitanos que “casualmente” pasaban conduciendo un 128 despintado y ya pegaba la vuelta para marcharse. “Ey, espere —la llamé—, ¿dónde la puedo encontrar? Sabe, yo tengo premoniciones, ¿usted me enseñaría a manejar ese tipo de don? ¿Vive cerca de aquí?”. ¡Qué pensaría a esa altura, pobre mujer! Seguramente lo que a todo el mundo se le cruza por la cabeza cuando me conoce “Este, ¿es loco o es boludo?... , ¿o es demasiado vivo?”.

Esta última posibilidad también existe; la gitana, por ejemplo, vio la billetera vacía, habrá pensado también “Éste se está divirtiendo conmigo”. La verdad es que ni una cosa ni la otra, o las dos al mismo tiempo, es que ni yo sé por qué lo hago ¡cómo pretender que esta pobre gente...! Lo único que sí sabía es que esa gitana no se me volvería a arrimar.

A los cinco, seis años, ya mi mamá me decía que estaba loco; cuando cumplí los doce me enojé tanto cuando me trató de chiflado que arranqué de cuajo una de las persianas de hierro que había en el patio de casa, de esas de antes, pesadísimas, y la amenacé con dársela en la cabeza si me volvía a tratar de pirado. En el barrio todos me tenían por loco o tarado o... loco. Más tarde, como yo tenía por ley (la ley del tero) no llevar los problemas a casa y eso incluía a las novias de la adolescencia, además alguno que otro me tomaba por trolo. Loco, boludo y trolo. Mi primera intención era subirme al avión directamente en Neuquén (hoy me arrepiento de no haberlo hecho) pero la parte ‘boluda’ de mí me indujo a pasar primero por Buenos Aires para, entre otras cosas, dejar a mi papá los muebles que había mudado a Neuquén y esperar a que se abaraten los billetes en la temporada baja. Misso, un vecino de mi barrio, famoso por deber dinero a medio mundo (incluyendo especialmente a mi padre), tenía la habilidad innata para, una vez sujeta su presa, primero lavarle el cerebro al punto de hacerla pelear con toda su familia y así, una vez abonada la tierra florecer como el “amigo confidente” entre tanto cardo de infidelidad. Tercero y último paso, mangaso. Hasta ese momento, después de tantos años de convivencia de barrio, nada más conocía su faceta viril, pedante y prepotente por cierto. No se imaginan la pena que me dio verlo en su papel sumiso, pidiéndome guita, por la fantasía popular de creer que quien vuelve de fuera vuelve forrado; ¡fue la única vez en que me hubiera gustado no enterarme de nada!

Amanecí hoy con estos recuerdos. Tal vez por nostalgia contesté un mail que me encontré ni bien abrí el ordenador, escrito en inglés por un fulano de apellido africano, ofreciéndome el 15% de una fortuna que había heredado a cambio de no sé que servicio... No sé por qué hago lo que hago, con la gitana, con mi vecino... ¿Por qué les sigo la corriente? Si existe un placer arltiano en todo esto les aseguro que para mí es a duras penas un premio consuelo. No me gusta el mundo,

así sea como es o como lo hemos hecho, NO ME GUSTA EL MUNDO. Especialmente por la salida estrecha que me toca; sí, admito que soy un tipo raro, pero haber tenido que pasar por tonto-loco toda mi vida y lo que resta de ella me deprime. Estoy cansado de pasar por héroe-paria de papel glasé a los ojos de los listos. Esta mañana me levanté pensando en esto, ¿me amigaré con el mundo el día que me amigue con el loco-boludo que soy, que me toca o que me obligan a ser?

—Si no podés decimeló —me decía Misso afeminándose en su deshonra—, necesito doscientos...

—No va a poder ser —le respondí con sonrisa forzada—, la plata la tengo toda en el banco.

Sofisma

Dices que me creo el dueño de la verdad.

Creo que la verdad no existe.

También creo que, de lo que existe, de nada uno es realmente dueño.

Sin negar estas dos creencias podría perfectamente creerme dueño de algo que no existe. Por ende, aunque irrelevante, lo que crees de mí puede ser considerado verdad sin herir la lógica.

Sócrates

Sé que eres la misma,
La misma melodía,
La misma fragancia,
Eres tú,
Con otro rostro,
Con otro yo.

Lo sé en tu actitud
De sueños transparentes
Que se sueñan para adentro,
Estando despierto,
En tu semblante pálido
De “No lo sé”, “No te conozco”
Y esas cosas...

En tus párpados
Que desojan imperios de margaritas,
En tu vientre de mantequilla, desnudo
Por el ritmo blando de tus pasos
Que mastican el suelo en lugar de pisar;
En tu pudor rugoso, de cadencias
Que no convergen,
Que mienten equilibrio.

Sé quien eres,

Y que no te atreves a vivirlo
Conmigo,
Que desde antes de los bailes y los signos,
Ya te admiraba,
Como a una escultura de mi destino,
Costilla flotante mía
A la que no llegaban mis dedos
A crear y recrear,
Alimentándose sólo de la mímica torpe
De pretender tocarte.

¡Si sé que eres la misma!
La misma tú en otro yo,
El mismo encuentro,
El mismo desasosiego de la distancia,
El mismo aire resquebrajado
Burlándose entre el contorno de tus labios,
De tus cejas...

Y, ¡qué puedo más que mirarte y amarte
Ésta y las demás veces
Y, en las que más adelante,
En otra circunstancia,
Te ame como hoy!

Y, ¿si me ha tocado descubrirte,
Darte a luz
De entre un conglomerado de nada,
De recuerdos que son sólo eso?
¿Qué culpa tengo de ser tan consecuente,
De amarte desde hace tanto
Que ya no me recuerdo a mí mismo?
¡Quizá soy otro
Que a mí me recuerda
Amándote en mi lugar!

Y, ¿si el cero se confundió de dimensión
Y vino a ésta,
A contrariar todo principio?

¿No es ése también mi caso?
¡Enamorarme para siempre de ésas,
Todas las que has sido!

¡Quién me lo va a negar,
Si no yo mismo,
Guardándote para la próxima
Y volver a encontrarte una y otra vez,
La misma ella,
En otra tú!

El inexplicable menguar del tiempo

a: adrian@felizia.com

asunto: indeterminado

Están bien estos sitios web escondidos donde se reúnen cuentistas y cada uno expone sus cositas. En Buenos Aires hay reductos de aficionados a la cultura que al menos vistos desde fuera parecen entrañables. Acá, a veces pasan una propaganda donde salen los de la radio La Colifata. ¿La oíste alguna vez? Yo nunca oí radio pero me embriaga el entusiasmo de los adeptos a la radio. En mis primeros tiempos en España, de vida social obligada, fantaseé junto a unos conocidos con hacer el típico programa de radio de medianoche con un par de boludos discutiendo lo que sea con profundidad. Lo mismo que hacíamos cada noche en un banco de plaza, compartiendo café de máquina y pan de la basura, pero delante de un micrófono. Lamentablemente de eso hay poco, igual que en la televisión. No oigo la radio. Nunca oí música por el mismo motivo: *sobrecarga de información*, la verdadera causante de que el tiempo, el espacio y por ende la capacidad de disfrute mengüen día a día.

Videncia

En mis primeros años en España como ilegal además de tocar el cello en la calle y algún que otro bolo que me salvaba el mes daba clases de guitarra en una escuela particular de danza y música en un pueblo cerca del centro de Barcelona.

Un día, hablando con el dueño de la escuela, con el que tenía cierta amistad, me comentó a manera de consejo que, con mi labia (o *pali-que* como llaman aquí a lo que los argentinos llamamos *chamuyo*), podía ganarme bien la vida ofreciendo servicio de tarot o videncia.

Claro que también podría haberme dedicado a pastor o político como otros tantos me aconsejaron. De lo que ninguno de estos consejeros se dio cuenta es que la elocuencia en mi caso no es un don sino consecuencia de un trabajo de honestidad, que tampoco viene dada, es necesario escarbar para llegar a la esencia de las cosas, de uno mismo.

Tampoco se dio cuenta ninguno de que sí cuento, a ciencia cierta, con capacidad de predicción, pero no tiene que ver con videncia, magia, tarot ni astrología sino con una mezcla de intuición y poder de observación que está presente en todos; si yo saco más provecho de esta habilidad es porque voy en la dirección contraria al común denominador, que apuesta a la evasión. Renunciar a la búsqueda que yo llamo honestidad implicaría renunciar también a mi supuesto poder.

El dueño de la escuela que menciono además de danza tradicional enseñaba música. Incluso daba clases de teoría y solfeo, de lo que sabía lo que yo de corte y confección. Él sí contaba con el ingrediente primordial para dedicarse a mano santa, pastor o político.

El dolor

Necesito calmar el dolor. Desde que llegué al metro ochenta y siete a los dieciséis, hasta pasados los treinta y tres mi peso fue setenta y dos kilos. No importaba lo que comiese. No he sido un gran deportista, pero practiqué, unos más otros menos, deportes de todo tipo, siempre de refilón, seguro de no poder superar mis propias marcas. Lo que sí, nunca dejé de ir a trotar; busco el lugar con verde más cercano (la vida me obligó a cambiar de casa varias veces) e intento ir allí tres veces por semana a correr unos veinte minutos. Especialmente porque el resto del día me lo paso con el culo en la silla.

Ahora recuerdo un par de antecedentes, el primero fue la segunda falange del pulgar derecho; jugando al fútbol en la calle, un amigo me dio con el talón en el dedo y la articulación se me hinchó. El segundo fue la muñeca de la misma mano, ni me acuerdo por qué, seguramente un mal movimiento, la cuestión es que me salió un quiste. Un vecino de al lado, al que le había salido uno igual, me dijo que lo masajee, que solo se iba a ir reduciendo. Yo tenía trece años en ese entonces. Otro fue el quiste que aún tengo en la articulación del hombro izquierdo; no tengo ni idea de por qué me salió; la cuestión es que cuando hago alguna actividad fuerte se vuelve a hinchar, y duele.

Claro, mi contextura física parece haberse acostumbrado a los setenta y dos kilos, por eso me dolían las pantorrillas ya a los treinta y pico cuando iba a correr; ya pesaba ochenta kilos... La verdad es que no sé por qué me duele tanto la cadera; ya van veinte días que me duele, justo la articulación de la cabeza del fémur derecho y la cadera.

Volví de correr mis quince minutos como siempre y... también la corriente de aire, en el piso en el que vivo siempre hay corrientes de aire; claro, me duché y me senté con el ordenador de espaldas a la ventana, a la media hora, cuando me quise levantar no puede. Lógico. Mi suegra, hace más o menos un mes, tuvo un ataque de ciática, caminaba igual que yo ahora, como un mono. Estoy pensando si ir al médico o no; el médico no me va a curar, el médico es como la madre, o como los brujos, alivia nada más. Las veces que he ido al médico cuando intento explicarle las posibles causas de mi dolor ni me escucha. A tal punto me molesta no poder averiguar yo la causa de mis dolencias que me aguanto sufriendo y probando, sufriendo y probando, hasta que no doy más. Pero, lógicamente, necesito calmar mi dolor.

Debo estar pesando ochenta y tantos, hace tiempo que no me peso, tengo barriga, no mucha pero para un espárrago como yo... Por eso se me jodió la articulación de la cadera, el golpe que sufre al correr... por eso y por la corriente de aire. Y por la edad, ya tengo treinta y ocho. Tengo treinta y ocho años y aún no he conseguido aliviar mi dolor, no encuentro, por más que busco, las causas. ¿Qué me va a decir el médico? Te medica y chau, no dice nada, porque en el fondo sabe que tampoco conoce las causas, que todo es un ir y venir. Estoy un poco cansado ya de ir y venir. Voy a probar de cerrar la ventana un par de días, a ver qué pasa.

¿El campesino o VanGogh?

Justo en frente de casa de mis padres tenía el kiosco mi prima, la Elefanta. De no ser por su veneno, a pesar de su enormidad tal vez no se hubiera ganado este apodo en el barrio. Era mala y resentida, como todo hijo de la Maculada Concepción no Deseada; mi mamá, que no tenía mucha confianza con la madre pero alguna vez charlaba con ella, rogándome que lo mantuviese en secreto me confesó que a la Elefanta la había parido una alemana, que por eso era grandota y mala como un nazi porque mi tío, primo hermano de mi papá (la Elefanta era mi prima segunda), era estéril, de ahí la necesidad de la adopción. Mi tío, gracias a que la Providencia hace que los hijos adoptivos se parezcan a los padres, era gordo y grandote como la hija, pero buenudo. Como todo buenudo se reunió con el resto de ángeles buenudos sin mucha burocracia, murió de cáncer a los cuarenta. El renó doce, al que hasta la parte de adentro del caño de escape le lustraba, cobró vida a partir de su muerte; el gordo iba a veranear en autobús con tal de que no se le gastasen las cubiertas, vivía puliéndolo. Eso sí, de su muerte, mi tía dejó pasar veinte años antes de buscarse un carucha que la consuele, compensando así un poco el haberlo mandado al frente con lo de la esterilidad y haberle hecho mierda el auto.

Con todo lo que digo estarán pensando que soy más malo que la Elefanta, pero no, sigo siendo el mismo cándido que cuando tenía cinco y ella seis y en navidad, año nuevo o las pocas ocasiones en que se cruzaba mi tío y parentela a casa, le aplicaba un recto de derecha a mi prima en frente de todos y acababa recibiendo los retos de mis padres

y de los suyos, ¡no toquen a su joyita!, cuando la gorda astuta me había pellizcado por debajo de la mesa. ¿Por qué me pellizcaba?, ¿qué necesidad tenía de generar ese episodio que se repitió a lo largo de nuestra infancia y adolescencia con distintos formatos? Ése, quizá, sea el punto de la cuestión.

Así y todo no falta el necesitado de cariño que le hace el favor a una dogo. La falta de cariño de una madre a veces se traduce en futuros vicios, ambiciones materiales, obsesiones varias... Alejandro era otro amiguito del barrio que casualmente era tan grandote como mi prima y también casualmente se rumoreaba que era adoptado. Según él mismo me había contado una tarde sentadito a mi lado en el umbral de casa, su abuela le dijo ¡Si éste no es tu papá!, señalando al padre recién salido de la cárcel. El papá, también casualmente grandote, había ido preso por levantar quiniela en su bar, que quedaba a unas cuadras sobre nuestra misma calle. Siendo aún niños, Alejandro y su hermano más chico, Carlitos (si mal no recuerdo Alejandro me llevaba un año a mí y yo uno a Carlitos), quedaban cada tarde atendiendo el boliche, frecuentado exclusivamente por borrachos, mientras el padre dormía para el relevo a la noche. Yo iba a hacerles compañía cada tanto y me tomaba uno de esos *express* negrísimos que Carlitos servía a los clientes para que les baje el pedo a la hora de volver a casa, ¡cuando se iban por las buenas! Pero la verdadera desgracia de Alejandro no era este papá tan relajado sino su madre, que junto a su hermana y su respectiva mamá, la abuela tan simpática que antes mencioné, completaban un triángulo demoníaco comparable al de las brujas de los cuentos. Además de la hermana del medio, que tenía de otario a un alemán recién llegado, había otro hermano más joven, camionero, que no se quedaba atrás, aprovechando que un niño no va preso nos llevaba al sobrino y mí a robar partes de autos con la falsa promesa de que nos iba a pagar. La cuestión es que bastaba acercarme a la mamá de Alejandro para que entre otras apreciaciones me agarrara del brazo y me dijese, ¡Qué flaquito que estas, qué debilucho! Mirá mi hijo, ¡qué fortachón!, se me había olvidado comentar que Alejandro y Carlitos habían sido niños obesos. Gracias a esta educación ojeaban lo que se les cruzase, especialmente lo que se adquiere con dinero. Envidiaban los juguetes que mis padres me compraban cuando el resto habría debido, al igual que yo, envidiar la iniciativa y destreza de Alejandro a la

hora de construir sus juguetes. Fue el primero en construir un carro de rulemanes con los que nos tirábamos en las bajadas de la avenida General Paz, ¡pasábamos tardes enteras construyéndolos!, el primero en salir con un globo y un ruler para tirar venenitos (fruto del árbol paraíso) que más tarde usamos en batallas que organizábamos contra otros barrios, el primero en construir zancos de madera para cruzar la calle inundada en los días de lluvia al entrar el otoño, el primero en construir un barrilete con los que hacíamos guerras en los terrenos del ferrocarril, en armar camiones con ladrillos, en animarse y animarnos a dar la primera vuelta a la manzana escapándonos de nuestras madres a los cuatro años... Aprendí mucho de Alejandro, en él convivían la iniciativa del artista, la habilidad del artesano y la frialdad del ingeniero. Sin embargo su madre le enseñó a valorar más la minimoto que traía otro nene de nuestra camada, Jonathan, que cada año venía de Estados Unidos a visitar a sus abuelos. El resentimiento de Alejandro no era explícito y declarado como el de la Elefanta pero sí su miseria. Miseria, no pobreza; ése es el punto de la cuestión.

Teníamos doce o trece años aquella tarde. Alejandro compraba cigarrillos para su tío el camionero en el quiosco de la Elefanta cuando me colgué a relatar a ambos la aventura de mi última 'rata' de la escuela. Sólo por el edificio nuevo el colegio secundario al que yo recién había ingresado había pasado a ser uno de los más reputados colegios industriales. Aunque no era privado teníamos que ir de uniforme; los preceptores parecían agentes de la Gestapo, con su saco y corbata y su continuo patrullar los pasillos en los que salvo en los recreos no se oía ni las moscas. Corrían épocas de facto, la democracia subió cuando cumplí dieciséis. Todo esto ponía dificultad y emoción al simple hecho de escaparse de la escuela. Entiendo que para la autoestima rastrera de Alejandro la Elefanta era una mujer de lo más apetecible, seguramente por esto se apuró a quitar peso a mi experiencia diciendo "Él lo hace parecer una gran aventura con la forma en que lo cuenta".

Desde siempre he sido un poco salvaje pero guardaba esperanza de lograr un lugar en la sociedad. No hay miras ya de integrarme. Esto pareciera contradecirse con que, en el eterno dilema de quién vivenció más, si el que labró el campo de espalda al sol o VanGogh, yo me sienta más identificado con éste último. En definitiva, ¿quién si no uno mismo juzga y sopesa lo que es y lo que vivencia?

Ganzúa

Otra de las grandes brujas que tuve que soportar en mi infancia fue la mamá de Ricardo. A pesar de que a los cinco ya potreábamos en la calle sin el cuidado de nuestras madres (en esa época en los barrios menos céntricos se podía) y él vivía a la vuelta, nos conocimos en la escuela, que quedaba a cinco cuadras de nuestras casas, a los ocho años de edad. Ricardo o Rigui como le decía la madre, competía conmigo en todo, no terminaba de proponerme una carrera hasta la esquina que ya sacaba el tablero de ajedrez para más tarde subir a la pileta de lona que tenía en la terraza y “A ver quién aguanta más bajo el agua”, “A ver quién salta más alto”, “A ver quién levanta aquella piedra grandota”. Bastaba que me viera un juguete para aparecerse con el mismo, y el mismo par de zapatillas que mi mamá me había comprado el día anterior y del mismo color... Al igual que con la mamá de la Elefanta y la de Alejandro, yo no acababa de entender por qué la madre de Ricardo me veía como un ejemplar envidiable. Su rivalidad no se traducían en desprecio como con las otras madres sino en competencia, esto era un progreso. Sin embargo, teniendo en cuenta que Ricardo me ganaba en todo, además de inteligente era genéticamente un atleta, la envidia carecía más que nunca de fundamento. A pesar de lo repetitivo y obvio de esta eterna olimpiada que era jugar con Ricardo bajo el casi constante escrutinio de su fastidiosa madre, yo sacaba provecho porque rompía con la monotonía del *selvaggio sostenuto* al que me había tenido que habituar con los chicos de mi cuadra. Significaba un gran aliciente descubrir que existían alternativas. Los juegos con

Ricardo era más académicos, intelectuales, con él mantuve mis primeras discusiones filosóficas; recuerdo, por ejemplo, mi hipótesis de una “reducción infinita” y los posibles universos diminutos que podía contener una simple piedrita tirada en la vereda.

Al rato de jugar con él lograba arrancarlo aunque fuera por un lapso corto de tiempo del mundo chato al que lo sumía la miseria espiritual de su madre. Por suerte la calle nos tentaba con su precioso espacio —que a ningún niño debería faltar— a la maldad premeditada. ¿Tirar cohetes a fin de año sólo para sentir el ruido?, al igual que toda actividad seria debe gozar del saludable sentido de lo lúdico todo juego tiene que tener algo de seriedad, de daño al prójimo, ¿no afecta incluso nuestra pasividad a todo lo que nos rodea? Entre la pólvora amarilla que fabricábamos con Ricardo con los sobrecitos de potasio y azufre que comprábamos en una farmacia mayorista y otros tantos experimentos interesantes, diseñamos una ganzúa para autos que consistía en un par de ganchos de carnicero que introducíamos por el burlete de goma del ventilete delantero, con uno levantábamos la palanca y con el otro presionábamos el típico botoncito de seguridad en caso de que lo tuviese. Claro que dejó de ser útil cuando los autos dejaron de fabricarse con el dichoso ventilete. Hecha la trampa...

No sólo me pasaba con Ricardo, yo perdía en todas las competencias. Lo destacable es que perdía indiferentemente del talento o facilidad que tuviese para la actividad en cuestión; en ese momento no tenía bien claro por qué, sólo sabía que ganar me dejaba una sensación de vacío. Además de no sentirme motivado percibía mal gusto en eso de reducir mi habilidad, mi condición a sólo un parámetro, a una medida lineal. Cuando justamente lo bueno de mí nacía de mi capacidad de tomar lo mejor de cada persona y combinarlo en mi propia sinfonía. Por eso no me molestaba aguantar las obsesiones de Ricardo, porque encontraba su complemento en otras tantas cualidades de otros amigos en lo que restaba del día. Mi preocupación no era competir sino compartir y apenas si podía, aprovechando instantes, compartir una y sólo una de las muchas facetas que percibía.

En este mundo de verdades y perfecciones, de poderosos y víctimas, de culpas y castigos, de grandes causas y grandes metas, se han hecho y roto y roto y hecho leyes de índole religioso, moral, político, físico y metafísico, científico riguroso, del outside y demás semáforos.

Yo he roto muchas de estas reglas, no perdí la costumbre de fabricar ganzúas para esto o aquello, sin embargo hay ciertas reglas de camaradería que por esas épocas aún no trasgredía especialmente cuando se trataba de una amistad. Un amigo común me propuso ir a bailar una noche de verano, iba también Ricardo y una chica del barrio con su hermano. Si las cuentas no me fallan teníamos veintiocho años y no habíamos tenido contacto desde los doce salvo saludarnos cuando nos cruzábamos. En ciertas encrucijadas, Dios y el Diablo se ponen de acuerdo en el montaje de lo que parece casualidad: la chica que iba con nosotros al baile, también de nuestra edad, había sido parte de mis fantasías de la pubertad. En un momento en el que quedamos solos sentados en una mesa no dudé en declarárselo e invitarla a salir a lo que ella accedió. Fue una de las pocas veces en que podría haber legítimamente ganado en el sentido lineal de la palabra, me enteré cuando el hermano de ella, enviado por el mismo Ricardo, vino a distraerme y llevársela de mi vista. Ya eramos hombres, a esa altura yo necesitaba, igual que él, una mujer que me quisiese, ya no se trataba de una de las incontables carreras hasta la esquina de la infancia para complacer las manías de su madre, tampoco una aventura adolescente, así y todo de haber sabido, como al día siguiente me enteré, que ellos ya se veían desde hacía tiempo mi sentido de la camaradería me habría impedido intentar nada esa noche. Al poco tiempo se casaron y la madre de Ricardo, ignorando que su nuera nos habría con gusto otorgado el primer premio a ambos, ya se despachaba comentando en todo el barrio cómo su Rigui me había ganado una vez más.

Un par de años más tarde, llevado por los muchachos del barrio que acostumbraban parar ahí, caí por el quiosco que él y la que ya era su mujer habían montado en una avenida del barrio colindante al nuestro. El aspecto de ella, ya con su bebé en brazos, especialmente su expresión mezcla de resignación y asco no tenía nada que envidiar al de su suegra que como era de esperarse tenían metida en medio vigilando que su Rigui siguiera siendo campeón del mundo en todo. Él participaba en algún que otro partido demostrando a las camadas jóvenes del barrio su superioridad en el manejo del metegol que tenían en la vereda para los clientes. Aproveché un instante en que lo vi cruzado de brazos mirando cómo los otros jugaban y me acerqué a preguntarle:

—¿Dónde te ubicás, Ricardo?, ¿dentro o fuera del metegol?

—Fuera, ¡por supuesto! —me respondió sin pensarlo, con sonrisa de ganador.

Los automáticos y los problemáticos

Como ya comenté, hice mis estudios secundarios en un colegio industrial al que entré a los traumáticos doce años (raspando pasé el exigente examen de ingreso) y del que salí siete años más tarde dado que repetí cuarto. Hoy evalúo como muy buena mi elección de dedicar ese año exclusivamente a vagabundear con un compañero del colegio, por ejemplo por los Rosedales de Palermo, un parque al que por tradición iba todo adolescente que se escapaba de la escuela (que “se hacía la rabona” o “la rata”) en busca de alguna niña perdida en anhelos. Códigos.

Nos habían enfermado los tres primeros años haciéndonos hacer cantidad de láminas de dibujo técnico y cuadernillos de caligrafía con pluma, tinta china y demás; folclore ya obsoleto en ese entonces, imagino no harán hoy día sufrir a los jóvenes habiendo los programas de computadora que hay actualmente. Con algo tenían que mantenernos entretenidos, que es la triste función de todo establecimiento educacional. Entretenidos, sin pensar. A pesar de todo, no tanto la inocencia sino el ímpetu de mi juventud me empujaba a creer al profesor de termodinámica cuando rezaba: *Siempre hay que preguntarse por qué*. ¡Y hasta qué punto le creí! Pero el haberme tragado eso no es nada comparado con las actividades extracurriculares que nos impone nuestra sobredimensionada sociedad; ¡si habré soñado años después de recibirme con que todavía debía materias! Lo mismo me pasó con el servicio militar obligatorio: soñaba que me llamaban para hacer un año más de ‘colimba’, como también, hasta hace poco, ya a cinco años de

residir en Barcelona, donde vivo actualmente con mi mujer, soñaba casi cada noche con que debía viajar por algún motivo a Buenos Aires y luego no tenía dinero para el boleto de vuelta. *Tenés que trabajar, tenés que estudiar, tenés que hacer esto, tenés que hacer lo otro...* Nuestros mismos padres nos traicionan con sus temores y sus mentiras. De ese tercer año del industrial tan parecido a la vida, ¡difícil al pedo!, recuerdo la predisposición para el dibujo técnico de uno de nuestros treinta compañeros de división. Era una máquina de escupir láminas el Tuzza; al final de cada trimestre, no conforme con los cientos de dibujos que a cada uno correspondía hacer, por un precio módico por unidad, completaba los trabajos prácticos de sus compañeros (tengo que admitir que una vez me vi obligado a encargarle una lámina). Usé el adjetivo ‘predisposición’ y no ‘talento’ para no confundirlos como la mayoría. El Tuzza era capaz de dibujar muy rápido y de manera prolija; una lámina del Tuzza impactaba, en un primer vistazo parecía perfecta pero en donde uno se detenía en los detalles... *Muy buena e incluso excelente presentación, mediana o baja calidad y, por sobre todo, mucha, mucha producción*; único verso de la única estrofa necesarios al Himno a la Mediocridad que tan bien retrata a nuestro, aunque pujante en la apariencia, convaleciente mundo actual.

Era el ímpetu de mi juventud lo que me empujaba a creer, y en consecuencia, indignarme ante el viejo dicho “No basta con serlo, sino parecerlo”. Esta indignación la manifestaba entregando mis láminas con las medidas exactas —lo que, según yo entendía en ese entonces importaba más a un arquitecto o a un ingeniero que lo ‘bonito’ que hubiera quedado el dibujo—, pero sucias. Cuando la profesora me chillaba “Pero, ¡con estas manchas me entregas la lámina!” yo le contestaba que era mi personalidad. Esas fueron, y más adelante entendí su poder, mis primeras incursiones en el arte.

¿Soy una puta?

```
#!/bin/sh
# El siguiente es un script de Bourne Shell (interfaz de línea
# de comandos de Unix).

echo
echo '                ¿SOY UNA PUTA?'
echo
echo '                (Test de auto confianza)'
echo
echo '¿Leyó usted el Martín Fierro de José Hernandez?'
echo
echo -n 'Responda sí o no y presione ENTER: '

read respuesta

if [ "$respuesta" = "no" ] ; then
    echo
    echo 'Es más que aconsejable su lectura. Si alguna vez lo'
    echo 'lee vuelva a realizar este test.'
    echo
    exit
elif [ "$respuesta" = "sí" ] ; then
    echo
    echo '¿Por qué Martín Fierro se convirtió en un gaucho'
    echo 'matrero y acabó vagando solo por la pampa sin más'
    echo 'compañía que pingo, vigüela y mate?'
    echo
    echo ' - Porque no le gustaba trabajar.'
    echo ' - Le gustaba estar solo y ocasionalmente pajearse.'
    echo ' - Como todo indigente, odiaba el agua, el jabón y'
    echo 'la ropa limpia.'
    echo ' - Era homosexual o judío o ambas cosas.'
```

```

echo ' - La iba de hippie, con la guitarrita.'
echo ' - No aguantaba a la mujer y a los hijos.'
echo ' - Era un rebelde sin causa.'
echo ' - Persegua una utopia.'
echo ' - Era un impresentable y armaba quilombo adonde lo'
echo 'llevaran. Especialmente en los bailes.'
echo
echo 'Sútese un punto por cada respuesta con la que esté de'
echo 'acuerdo. Escriba su puntaje, cero si no lo está con'
echo -n 'ninguna, y presione ENTER: '

read puntaje

machote=1
gallocao=4
chupapija=8
puta=10

if [ ! $puntaje ] || echo $puntaje | grep -q '^[^0-9]'; then
    echo
    echo '¿Tanto costaba escribir un número?'
    echo
    exit 1
elif [ $puntaje -lt $machote ] ; then
    echo
    echo '¡Amigo Cruz, cuanto tiempo sin verle!'
    echo 'Fijese, lo hacia muerto en las tolderias.'
    echo
elif [ $puntaje -lt $gallocao ] ; then
    echo
    echo 'Seguramente, es usted un buen ciudadano.'
    echo
elif [ $puntaje -lt $chupapija ] ; then
    echo
    echo '¡La vida le depara grandes logros!'
    echo
elif [ $puntaje -lt $puta ] ; then
    echo
    echo '¡Felicitaciones, usted tiene su futuro'
    echo 'y el de su familia asegurados!'
    echo
else
    echo
    echo 'El puntaje es del uno al nueve.'
    echo 'Necesita un dildo.'
    echo
fi
else
    echo
    echo 'El gaucho Martín Fierro no pudo ir a la escuela.'

```

```
    echo 'Pero vos sí sabés leer, ¿no?'  
    echo  
    exit 1  
fi  
  
exit 0
```


Nunca digas nunca

Si mal no recuerdo yo tenía veintisiete, sí recuerdo patente que ella tenía veintitrés. Físicamente fue tal vez la mujer más bonita que conocí en mi vida; Daniela era alta, morocha, con enormes ojos verdes, unas piernas y un culo perfectos, era de tapa de revista la loca. En una madrugada de sábado, recién habíamos salido de un albergue transitorio y caminábamos por la avenida Rivadavia en Liniers rumbo a la parada del colectivo, Yo nunca haría eso, me dijo sin que nadie se lo pregunte refiriéndose a una prostituta apostada en la esquina. No digas nunca, le respondí, no sabés las vueltas de la vida. No, no, no, yo nunca haría eso, afirmó una vez más con ofuscación. Otra afirmación rotunda que hizo relacionada con el tema fue: Yo nunca dejaría que un hombre me pegue.

Empecé a salir de noche a los trece años, principios de los 80. Los primeros bailes a los que asistí fueron en el Defensores de Santos Lugares, club que estaba a pocas cuadras de mi casa, justo en frente de la casa de Sabato, el escritor. Tenía un edificio grande, el salón principal tenía un escenario donde cada tanto se hacía algún espectáculo y los sábados a la noche se transformaba en discoteca. Si había alguna niña sentada en una de las mesas que rodeaban la pista de baile uno podía acercarse y entablar conversación de manera digna porque la música tenía un volumen aceptable y la típica bola de espejos más algunas luces de colores afectaban sólo al espacio destinado a la pista. La primera vez que me convencieron de ir a una discoteca propiamente dicha yo tenía catorce, fuimos a un boliche en el barrio El Palomar.

Después de media hora de cola en la calle, en pleno invierno, y que el mono en la puerta apruebe el lustre de mis zapatos me encontré con el local desierto, sólo había una petisa culona contorsionándose en la pista que miraba con cara de esperar que uno le pida un autógrafo. Al menos durante la primera hora me quedé cruzado de brazos en actitud contemplativa, intentando encontrar sentido a todo aquello, ¡Movete, loco!, me decía un amigo, ¡hacé de cuenta de que te divertís, si no espantás a la minas, boludo! Al par de horas el local pasó de estar vacío a haber tanta gente que parecía uno estar camino al trabajo en hora punta en un subterráneo de Tokio y el volumen de la música había subido al punto que si uno intentaba hablarle a una chica tenía que gritarle al oído y apostar a que lo que las llamadas “luces negras” junto a la niebla espesa de las máquinas de humo dejaban apreciar fuera al menos de este planeta. Todo parecía estar planeado para sabotear cualquier intento de comunicación. Por todo esto cada vez les costaba más a mis amigos convencerme de ir a estas discotecas, ¿Te vas a quedar solo en casa, haciéndote la paja?, me decía alguno como último recurso. Si hoy hago un recuento de las mujeres que conocí en estos locales confirmo cuál era la mejor opción.

Daniela, la chica que menciono al principio, es uno entre tantos ejemplos. La había conocido en una discoteca del barrio Devoto. A diferencia del resto de barrios cercanos o colindantes al mío que vengo mencionando, Devoto, ubicado dentro de la Capital Federal, era uno de los barrios más caros, basta mencionar que Maradona tenía ahí su chalet. Pero Daniela no era de la zona, vivía en La Tablada, barrio aún menos cotizado que el mío y que, ni colindante ni cercano, estaba como mínimo a una hora de viaje. ¿Por qué viajaba hasta Devoto para ir a bailar? De mostrarse muy entusiasmada pasó a tratarme con cierto desdén cuando se enteró de que yo tampoco era de Devoto y que mi única entrada de dinero era mi trabajo de remisero, uno de los tantos trabajos paralelos a mi escabrosa carrera de músico. Para que entienda todo el mundo, en Argentina el “remís” es un coche particular con chofer que se alquila como medio de transporte, originalmente se usaban coches de cierto porte y nivel pero a raíz de la malaria económica se convirtió en recurso del desocupado, brotaban agencias de remís como hongos y todo el que tenía un coche en relativo buen estado salía a laburar de remisero, por lo que pasó de ser una alternativa,

usada para casos específicos, a competir codo a codo con el taxi como medio de transporte urbano. Me entretengo en explicar esto porque los oficios de remisero y prostituta tienen en común que a corto plazo engañan: mientras la herramienta dura nunca falta efectivo en el bolsillo. Y de no haber sido así, mi relación con Daniela hubiera durado aún menos de lo que duró porque, aunque ella tenía un trabajo estable, fuéramos donde fuéramos siempre me dejaba pagar a mí.

Sus padres estaban separados; en La Tablada, ella vivía con su madre y la actual pareja de ésta. Una noche entré en su casa y conocí a su madre; detrás de su aspecto desmejorado, no por los años porque aún era joven, se adivinaba había sido igual de vistosa que su hija. En cuanto a su hospitalidad basta un detalle de esa misma noche, mientras estábamos con Daniela en su dormitorio, esta mujer se acercó con un plato con algunos trozos de queso; después de tirar un par de veces del otro extremo del plato me di cuenta de que su intención era convidar sólo un trozo a cada uno. De ahí en más, para no incomodar, aunque extenuado después de conducir durante doce horas seguidas como hacía incluso en festivos y feriados, los días que al acabar la jornada con el remis iba a casa de Daniela, directamente la subía al coche y la llevaba por ahí. ¡Y algún reto recibí de la ingrata cuando al entrar a un restaurante del cansancio arrastraba los pies! Cuando volvía a mi casa por la General Paz venía con la ventanilla baja en pleno invierno y dándome cada tanto la cabeza contra el marco para no dormirme manejando. Un tarde acabé mi jornada tan cansado que volviendo de la agencia a casa me descuidé en un cruce y un colgado que venía a noventa por una calle de barrio me dio de lleno en el costado trasero. Fue tal el golpe que mi coche aunque grande y pesado dio un trompo completo y acabó estampado contra un árbol, al menos no me lastimé. Del otro coche bajó un chico joven que resultó ser también remisero (venía apurado por ganar el turno a sus compañeros) que después de insultarme a los gritos se fue dejándome con mi herramienta de trabajo medio destruida. Daniela, al enterarse de que me había quedado sin trabajo acabó de perder el poco interés que le quedaba.

El idilio duró un par de meses, estaba claro que yo ni por lejos satisfacía sus prioridades. Después de haber roto la relación la vi una última vez a manera de “yapa”, fue en la noche que pasamos en el departamento de su padre, al que no tuve el gusto de conocer; éste se había

ido un mes de vacaciones con su nueva familia y dejado las llaves a Daniela para que se lo cuide. Seguramente tenía miedo de que le entren a robar, especialmente teniendo en cuenta que el departamento del padre de Daniela estaba ubicado en Belgrano Residencial, otro de los barrios más caros de Buenos Aires (la madre también se dejó engañar por los negocios a corto plazo). Daniela, aprovechando que viviría sola ahí durante ese mes, me llamó por teléfono y aclarándome que lo único que le interesaba de mí era el sexo me invitó a cenar un viernes a la noche en el departamento de su padre. La velada fue mal de entrada, al rato de llegar entendí que lo de cenar había sido sólo una frase bonita; amenazándola con que no iba a poder pensar en otra cosa por el resto de la noche logré que de muy mala gana me prepare algo, por suerte el padre había dejado unos ñoquis en el congelador. Ella no comió. El trato que me dio esa noche, que ya venía insinuándose en los últimos encuentros, violaba el segundo de sus principios, Daniela era de las que provocan para que las fajen. ¡Nunca pegaría a una mujer!, a más de uno oí decir; moral de cotillón aparte, no disfruto de la violencia. Ni bien terminé de comer me reclamó sin dilación, Vení, sentate acá, me decía acaramelando la voz desde el sofá y daba palmaditas en el asiento a su lado como quien llama a su mascota. Valía la pena rebajarse una noche más, además de que era hermosa por donde uno la viera era por lejos la más fogosa de todas las mujeres que he conocido (no muchas pero suficientes) y, dato curioso, la forma en que se excitaba no era normal, al follar esta mujer realmente caía en una especie de trance, de pérdida de conciencia. Así y todo, a pesar del interés erótico-científico de la experiencia, cuando su trato despectivo me tentó a la violencia me levanté a mitad del trámite y, aún con el amigo duro, me vestí y me fui a mi casa a masturbarme dignamente.

Como dije, esa fue la última vez que la vi. Un año más tarde alguna ceniza me tentó llamarla por teléfono. Me atendió su madre y con muy mal tono me dijo: No llames más a Daniela, ya no vive más aquí, se casó —y sin que nadie le pidiera detalles agregó—. Por suerte con un muchacho con muy buena posición económica.

Historias de cuchilleros

a: adrian@felizia.com
asunto: identidad

Revisando los escritos que te estuve enviando me encuentro cada dos por tres con lo de $A = A$. Te aclaro para que no me interpretes mal que mi insistencia no se debe a aquel discurso que no te dejé concluir por pura ansiedad (tanto obligarme a mi mismo a callar, las pocas veces que siento que puedo explayarme acabo yéndome al otro extremo), es que me vino al pelo para referirme a temas que discutía con dos amigos argentinos que conocí acá en Barcelona, que me agobiaban con el Uno, la Iluminación y demás yerbas. Uno es un chico joven, conocerlo me terminó de empujar a mi tardío y pretencioso retorno a las ciencias exactas. A éste le gustó mucho mi libro y a mí, un poco por nostalgia por las materias técnicas de mis estudios secundarios, me llamaba la atención la forma poco común que tenía su cabeza de ordenar las cosas. Además de ser músico e intentar escribir cuentos a pesar de su dislexia, era aficionado a la informática. Ahora está de nuevo en Buenos Aires estudiando esto último en la facultad.

El otro es un personaje como pocos, aunque no mucho ya lo había conocido en la Argentina y quizá alguna vez te lo mencioné. Yo le digo Arturito, como el famoso robot; nació con las patas cortitas y tiene que andar con muletas. Es más hábil de lo que aparenta y menos erudito de lo que pretende; me decía, refregándome a su Borges, que yo no escribía mal pero que tenía que aprender, a lo que yo le contestaba

que chocolate por la noticia y, dado que nada educa mejor que el ejemplo, ¿dónde está tu obra? En respuesta un día me confesó haber creado un amplificador de guitarra que revolucionaría el mercado por ser superior a uno de marca reconocida, ¿Ves?, —señalándome el gráfico de un circuito electrónico en el monitor de la computadora del cibercafé donde acostumbraba acovacharse—, ¡preguntáme sobre esto lo que quieras! Por experiencia literaria, entre otras cosas, acusaba haber corregido el relato de ciencia ficción de un amigo suyo que según él no habría ganado el premio que ganó de no haber pasado antes por su mano. Siempre conocía el libro tal que aclaraba de manera concisa todo, todo, todo sobre el tema que estuviéramos conversando. Absolutismo va, absolutismo viene, ¡con lo que me gusta!

En ese entonces, yo estaba al borde del colapso, le alquilaba una habitación a un moro en el peor barrio del gótico y salía cada noche a tocar el cello en la calle Montcada, en frente del museo Picasso. Entendía que cambiar pedazos de plástico por billetes a los guiris (vender CDs a los turistas), que era la forma de poder ganar una cifra decente tocando en la calle, se contradecía con el sacrificio de tantos años, en contra de mi suerte y la del mundo, de hacer Música. Por eso me limitaba a juntar las monedas que me tiraban en la funda que apenas alcanzaban para cenar, almorzar al día siguiente y, como me enteré un buen día al ver la carta de desalojo en el buzón, pagarle la cocaína al moro que me subalquilaba la habitación de dos por dos y sin ventana, que debía mantener cerrada para que no me mee la cama una de sus gatas. No tenía con quien hablar, tan grande fue mi ilusión al conocer a estos dos como más tarde el desengaño. A Arturito simplemente dejé de verlo para evitar partirle una muleta en la cabeza. A Lucas, el otro amigo en cuestión, no le entusiasmaba demasiado mi amistad, pasaba momentos conmigo casi por condescendencia, tal vez porque, a pesar de ser más chico, algunas cosas las tenía mucho más claras que yo.

Un sábado a la noche me cruzo al hermanito de Lucas, que había venido junto con la madre a pasar unos días a Barcelona. En sus alegres veintipico, rumbeaba para el bar cheto donde paraba a fantasmear su hermano con sus amiguitos de guita. Al entrar al local me encuentro toda esta ‘gente linda’, Lucas medio choborra haciéndose el canchero delante de su noviecita yanqui y, desentonando en la barra, una

pareja de gitanos que si te la querés imaginar tan fea no podés. Al rato de permanecer ahí, no sé si por destino o casualidad, un morito más loco que diez cabras al que conocí trotando las calles entraba al bar a hacerse alguna billetera. Al hermanito de Lucas, creyendo estar en su casa, no se le ocurre mejor cosa que invitarlo a una pulseada; todo con ironía argentina, de la que esta gente se enteraba tanto como él de la mugre que le rodeaba. La andaluza, flaquita y fea como la mala leche, creyendo que el chiquitín la iba de chulo, se le acercó a decirle algo al oído (después él me contó que ella lo apuró a que pulsee con ‘su hombre’) y acto seguido le aplicó dos ganchos de izquierda seguidos con impecable técnica pugilística. El chico se fue con el hermano casi llorando; yo, después de acabarme la birra (mala consejera), llamé a la gitana a la calle sabiendo que su pareja saldría en su defensa. El chavón de unos cuarenta le insistía a la flaca que se meta de nuevo al bar, ella ni corta ni perezosa me pone un bife. Con la derecha la emboqué a ella y con la izquierda a él; después de un par de piñas vi como el gitano fruncía la jeta, típico del que las siente y toma conciencia de su desventaja. A todo esto ya salían enterados de adentro del bar. A la flaquita, que había sido ella la promotora y gratis no se la iba a llevar, la había agarrado de la muñeca y entre todos no me la podían desprender. Uno de los dueños, eran dos socios catalanes, me cuerpea contra la pared pidiéndome que la suelte al tiempo que el otro me decía desde atrás “Ni se te ocurra volver a mi bar”. A todo esto el andaluz peló un *cutter* de los de mango anaranjado de hoja grande acusando (más bien justificando el *cutter* contra un hombre desarmado), ¡Cobarde, le pegas a una mujer! y la comitiva volvió a meterse al bar excepto Lucas que desesperado me gritaba ¡Corré, Roquesor, corré! (leíste bien, Lucas, que le tenía cariño a mis novelas, me llamaba “Roquesor”).

He sido valiente en circunstancias que merecían la pena, pero no era éste el caso, no tenía motivo ni entusiasmo para escaparme: mi vida, en ese marco en que la soledad extrema me llevaba a compartir con un tullido el pan de la basura y a mendigar atención a un domador de *skateboard*, era sinceramente ridícula. Confié en mis piernas largas para madrugar al gitano con una patada en el pecho pero igual me alcanzó, ¡Plack!, sentí un frío en la oreja, le pifió, (los moros y los gitanos acostumbran apuntar directo al cuello), y otro, ¡Clack!, un poco más

arriba. Supongo que por experiencia intuyó que ya la policía estaba en camino —hay varios bares en la cuadra y a ninguno le conviene esta clase de espectáculo— y me dejó ahí plantado con el remiendo; “Podría haberme quedado con tu vida” me decía con la típica desagradable carraspera mientras se alejaba. Sin duda habría perdido la vida de caer el cutter en manos de la fina doncella; tenés que ver la cantidad de piñas que me puso el Demonio de Tasmania ese, menos mal que era flaquita, si no me habría noqueado a la segunda.

El hermanito de Lucas, que seguía cagado en las patas, me agarró del brazo para sacarme de ahí sabiendo que venía la cana. Aconsejó al hermano que se quede; en ese momento tanto Lucas como yo eramos sudacas ilegales. La policía me enganchó a la vuelta del bar pero supongo que gracias a que iba bien vestido y a mi carita de gringo ni me pidió los documentos; llamó una ambulancia y me fui de ahí atendido como un rey. La enfermera me miraba con desconcierto —como todo catalán ante cualquier actitud humana— cuando yo subyugado por la delicadeza y el cuidado con que me limpiaba la herida le decía ¡Me hacés acordar a mi mamá!

Al día siguiente se enteró del suceso mi otro ‘amigo’. Arturito paraba cada noche en otro bar de la otra punta del gótico donde Lucas trabajaba de camarero. Me senté a su lado y le hice referencia a si *van Gogh* o el labrador, o si Nietzsche o Lord Byron; no creo que haya entendido mi indirecta. Según oí a Borges comentar en un reportaje, su amigo Sabato le había dicho —no con estas palabras— que si el no saber escribir sirve para concebir obras como el Quijote o el Martín Fierro bienvenida sea la ignorancia. Y quién dice que, a Borges, su ceguera y su posición económica no le hayan hecho sentir restringido, por ende ignorante, con respecto a cierto tipo de experiencia. De ahí la relativa candidez con que abordaba sus relatos de cuchilleros. Cerraba su idea, en este reportaje, reivindicando la epopeya como madre de la poesía: “La poesía se hizo con las armas”, concluía. Con esto parecía revelar la pálida conciencia de que su laberinto, su percepción de esa biblioteca de su padre donde él lo tenía todo, también le excedía; era sólo un estadio de una curva más grande o, más significativo aún, uno de los tantos puntos de inflexión de dicha curva. ¿Habría salido él de esa Tierra de Inmortales, de ese Aleph, que eran su Nirvana de no haber sido ciego y burgués? ¿Se habría aventurado con espada y

corcel, como el Quijote, Martín Fierro (o, por qué no, Roquesor), a riesgo de sufrir soledad, hambre y desengaños, a buscar algo ahí 'afuera'?

Hay ciertos viajes de los que no se regresa, y de hacerlo no se vuelve entero. Uno intenta reconstruirse, ponerse la nariz y las orejas donde se supone deben estar, las cejas de papel de diario, el brazo con un tubo de cartón, el corazón biónico... No hay lugar en la conciencia de quien emprende este tipo de viaje para singularidades; ni Uno, ni Nirvana, ni Utopía, no hay teoría que cierre en la cabeza del viajero.

—Te envié una copia del cuento de mi amigo , ¿la recibiste?

—Ya lo había leído en la librería del centro.

—Y, ¿qué te pareció?

—Muy bueno —le dije honestamente.

—¿Viste? Aprendí a escribir y vas a ganar setecientos euros como él ganó en el concurso de ciencia ficción.

Me dijo Arturito la última vez que lo crucé y se alejó dejándome “el tajo en la oreja”. Claro que, si no fuera porque setecientos euros los hago en una tarde, escribiendo una página web...

Recuerdos del hidalgo

Mi amigo,
Mi estimado,
¿Recuerdas los Molinos?
¡Y qué trabajo!
Mas, hoy,
Ni un dolor de muelas
Serían,
Para nuestros brillos...
¡Velocidad luz, Sancho!
Arriesguemos nuestros culos
Al suave fluir de los caminos,
Que, tú y yo,
Conocemos.
Y, no deis bola a los perros,
Ja, ¡qué ladren, sabandijas!,
Nunca entenderán...
Como, cuando la primera,
Nacida desde el estómago,
Rápida como un silbido,
Nos asaltó de repente:
¡La mutación del Biónico, os dije,
Ya viene, ya viene...!
Igual, la que ahora llega,
Como puente del Principio,

A parirnos diferentes,
Ligeros...
¿Ves a algún raquítico desafiar nuestra hidalguía?
¡Qué aprendiz de cuerdo nos refutará, hoy, con su ejemplo!
No, mi amigo, no;
No des bola a los perros,
A lidiar más batallas,
El futuro, llama nuestro temple...
¡Velocidad luz, Rocinante!,
¡Sancho, el campo de fuerza!
Que aquí vienen las usinas
Y, mañana, las estrellas...
¡Ladren, ladren, sabandijas,
Señal que cabalgamos!

El monstruo de cuatro bocas

Año 2980 según el calendario Vera. No-Espacio (centro y eje del universo dual, según la hipótesis de Roquesor).

“Los cuerpos y las figuras que los componen deben ser considerados dentro de un marco especular relativo.”

Y al mismo tiempo decía: *“Este marco más que contenerlos les abre una ventana a su paralelo.”*

Y al mismo tiempo decía: *“No los veáis como cuerpos o figuras en el espacio, vedlos como reproducción fiel de sí mismos y, por sobre todo, de vuestra voluntad creadora.”*

Y al mismo tiempo decía: *“Si los trazos no completaran nada, si los cuerpos no resultaran cuerpos, no satisficiesen ninguna lógica, volved por donde habéis venido, volved al lugar de partida.”*

—¡Sigue, oh, monstruo sádico! —lo apuraba Yardía, única del grupo capaz de hablarle—. No nos prives de tu música, que a eso hemos venido.

“Si parte de lo que veis careciese de peso y volumen, no dudéis en voltear y ver su contrapartida en vosotros mismos.”

Y al mismo tiempo decía: “*Sois vosotros, vuestra consciencia la que juzga. Recordad esto y saldréis ilesos de este pasaje.*”

Y al mismo tiempo decía: “*No es lo que parece ser, sois vosotros mismos, vuestra proyección. Sois vuestra proyección. Sois vuestra imagen.*”

Y al mismo tiempo decía: “*Alto, ancho, profundidad. No son más que parámetros.*”

—Y tú, ¿quién eres? —valiente la nereida—. ¿Qué papel juegas en este universo?

“*Niña astuta. No por nada tus hermanas te ocultaban tras el manto de hojas.*”

Y al mismo tiempo decía: “*Te llamaban La Milagrosa.*”

Y al mismo tiempo decía: “*Aunque, bien sabes que la geometría no es tu fuerte.*”

Y al mismo tiempo decía: “*¿Eres consciente de en qué te estás metiendo? La codicia intelectual de ése...*”

—¡A esta altura con cursilerías! ¿Nos tratas de idiotas?

“*Paciencia. El cuadrado de dos es cinco. El cubo de dos es infinito.*”

Y al mismo tiempo decía: “*No seréis capaces de soportarlo. Os volveréis vuestro propio reflejo. ¡Esclavos de vuestro signo!*”

Y al mismo tiempo decía: “*La coronada cabeza voltea a ver su reflejo. Y se vuelve tal. Ella misma su imagen.*”

Y al mismo tiempo decía: “*... al que llamas pájaro, va a mataros a todos.*”

—Venceré el miedo.

“*Sus cabellos se vuelven viento. Pero ella no lo sabe.*”

Y al mismo tiempo decía: “*Sus espinas se vuelven música. Pero ella lo ignora.*”

Y al mismo tiempo decía: “*Se vuelven tiempo...*”

Y al mismo tiempo decía: (Largo eructo).

Dios: —Es todo lo que rescaté de la grabación.

Praezar: —¿Estás seguro de que no hay más? ¿Alguna palabra suelta?

—¿No querías objetividad? ¿Ahora me pides que lo procese?

—Tienes razón —el joven lamentándose—. ¡Tanto sacrificio para tan poco!

—No veo que hay de malo en dejar que la parte humana de mis cerebros haga lo suyo...

—Antes quería oírlo en crudo, yo también haré lo mío.

La máquina

Un buen amigo, el único de Buenos Aires con el que sigo en contacto, me envía música que compuso supongo en los últimos años. También tengo cuentos suyos tan buenos como su música y que disfruto muchísimo leyendo. El contrapunto complejo de sus obras, tanto de las musicales como las literarias, me hace acordar —él ya conoce mis asociaciones ilícitas y sabrá perdonarme la comparación torpe que voy a hacer— a las máquinas de la fábrica de medias de mi papá, que tenían un millón de piezas bailando como en un concierto. El cerebro era un cilindro con levas, como el de las cajitas de música; a la hora de tejer el talón (se alternaba tubo y talón indefinidamente y una vez salido el chorizo de la máquina se separaba cada calcetín manualmente y sólo restaba terminar la puntera que era el mismo tejido del talón que se plegaba y se cosía) parecía cambiar de compás, de un dos cuartos a un seis octavos. Dos motivos opuestos y complementarios, como encontramos en un lied, en una fuga, en la forma sonata... Cuando era chico a veces llevaba a mis amigos a visitar el taller y le pedía a mi papá que pare alguna de las máquinas y les muestre su funcionamiento. Al avanzar la máquina a mano, con una manivela que tenía al costado, se veía en cámara lenta cómo las agujitas del telar circular se elevaban una a una a enganchar cada punto con una sincronización perfecta. Mi viejo conocía hasta la última de las piezas de estas máquinas y su función, incluso las modificaba o inventaba nuevas. Cuando se puso de moda la media ‘tubo’, esa que no tenía talón y el punto hacía un rizo tipo toalla, mi viejo le quitó el polvo a un par de *Stevenson* que

tenía arrumbadas le inventó una leva que encargó a un matricero (dibujó el plano con sus cotas como todo un técnico) y en pocos días ya las tenía fabricando. Uno podría creer que ‘actualizarse’ a nivel tejidos implica comprar una máquina más compleja, pero esto es relativo desde el momento en que la tendencia actual no es la comodidad del calcetín sino del bolsillo. Llegó a haber, poco antes de fundir la empresa, un par de máquinas checoslovacas que ya contaban con su computador electrónico (vino un ingeniero desde Checoslovaquia a asesorarlo cuando las compró), con las que mi papá se amigó hasta donde su edad se lo permitía. Estas máquinas escupían el mismo calcetín básico que las viejas modificadas, que era un tubo tosco con el agregado de un falso talón, pero a un ritmo sorprendente.

Mi mamá era empleada de mi abuelo paterno, fundador de la fábrica (ahí lo conoció a mi papá), tenía el oficio de remalladora. La máquina remalladora, más sencilla que un carro y que si existe aún será en algún país de los menos desarrollados, tenía un plato con agujas en forma de estrella donde el operario debía ensartar cada uno de los centesimales puntos de una misma hilera en una sola maniobra. Para cualquier remalladora de oficio era sólo un gesto; gesto que me tomó, en una tarde que mi mamá intentó enseñarme la técnica, unos veinte minutos. La ventaja del remallado era que en la puntera del calcetín parecía continuar el tejido y no quedaba el molesto cordón que dejan las máquinas industriales de costura comunes. No hace falta aclarar que comparar los calcetines que se fabricaban en la época en que mi abuelo vivía con los que se fabrican hoy día es como comparar Bartók con una cumbia. Pero con echar un vistazo a las máquinas de tortura que usa la gente de ésta y todas las épocas por calzado —sin ir más lejos, mi mamá llevaba las típicas sandalias de taco tan amigas de los sabañones, que además hacía servir de proyectil cuando no me alcanzaba para darme una paliza— nos damos cuenta de lo inocente de este tipo de sutilezas por parte de los fabricantes de ese entonces.

Otra máquina mecánica de esas épocas interesante de citar es el Estado. Tengo en la memoria a mi papá discutiendo con mi abuelo porque para éste último, socialista de pura cepa, era inadmisibile el comercio en negro. Claro, mi abuelo se había quedado en los tiempos en que entre caballeros bastaba con darse la mano. Todas estas máquinas tienen en común la pretensión humana de que cumplan una función.

Un *input*, un proceso y un *output*. Es menester forzar a cada individuo a realizar un trabajo predefinido, reiterativo y básico, como un músico de orquesta sinfónica o un empleado de fábrica, para que la sociedad ‘funcione’. En la misma medida en que, para que mi relato tenga sentido, debo forzar mis recuerdos a que encajen en una mecánica. Esta mecánica puede obedecer a una tendencia erótica, o a la simple pretensión de ser feliz. Ni una cosa ni la otra justifica a mis escritos como ‘obra’, aunque, de haberlo deseado, podría haber logrado dicha justificación, eso sí, en detrimento del devenir auténtico de los acontecimientos.

Lo que podría aglutinar, a falta de sentido, estos párrafos, además de la reiteración de un mismo motivo para dar cohesión, es la incertidumbre que nace de la conciencia de que la gente en general se entera tan poco del complejísimo y estudiado entrelazado contrapunto de una obra de Bach como de que los productos de las marcas de más prestigio, el calzado deportivo de las tres tiras por ejemplo, están fabricados en China y basta mirarlos dentro para descubrir que como forro interno llevan la misma arpillera de plástico que se usa para las bolsas de escombros. Quiere decir que las máquinas que han existido y que existen se han parido a sí mismas como una consecuencia imperfecta, un reflejo tosco del devenir de la humanidad.

Como antes dije, sé que mi amigo sabrá perdonar mi comparación. En un coro conocí a una flautista de la que me enamoré de manera rotunda. Siempre me aburrían los coros, no sólo por lo boludos y aburridos que son los coreutas (le ganan a un músico de sinfónica), también ayudan el que sean el primer recurso del aprendiz de director y el repertorio onomatopeyo-pseudofolclórico que viene como anillo al dedo a estos espíritus carentes de alquimia. Pero éste se salvaba: su director, de voluntad titánica, valiéndose de un teclado electrónico que hacía de continuo y un par de flautas se las rebuscaba para sacar a un grupo de aficionados música sinfónico coral. Hicimos varias cantatas de Bach e incluso el Requiem de Mozart. Cada año organizaban viajes, el primero de los dos que llegué a hacer con ellos fue a la provincia de Río Negro, previo paso por Neuquén. Fue la primera vez que pisaba suelo neuquino pero poco pude conocer en los ridículos dos días que paramos allí en esa oportunidad. Cantamos, como se deduce, en la noche del primer día y al siguiente ya estábamos haciendo las

maletas. Seguido cantó un coro neuquino y al terminar, como se estilaba, nos invitaron a comer a un galpón de un club. Tengo que agradecer a mi incursión en el mundo de la música las comidas y los viajes. Fue en esa noche de empanadas y vino tinto en que le declaré explosivamente que la quería. Tenía bellísimos diecinueve años contra mis aturridos veintiséis; de no haberse asustado, como es lógico, y de haber tenido un poco más del tacto que da la experiencia y, por qué no, la inteligencia, no me habría tratado de tonto; cualquier tonto sabe, al menos de haberlo visto en una película de Hollywood, lo tonto que uno se pone cuando se enamora. ¡Y yo, que me jacto de no caer en estereotipos! En el interín probé todo tipo de monerías para llamar su atención, de no haber estado dopado por la testosterona habría caído pronto en la cuenta de que no era la mujer adecuada: su indiferencia, mejor dicho su impermeabilidad, delataba sus pocas luces. Un día vi que devolvían a una gordita muy amiga suya un libro de poesía; haciéndome el tonto me mostré interesado y la gordita me lo prestó. Fue el puntapié inicial de mi incursión en la literatura. Pasaron años, mi pobre víctima no llegó a conocer algún escrito mío decente; mi amor crecía al tiempo que mi familia paterna se hundía junto con mi país. Mi vida comenzó a parecerse a una guerra que propició la epopeya subsiguiente y la espada oxidada en que devinieron esas espaditas de plástico que eran mis primeros poemitas ridículos. Ella tenía veinticinco y yo treinta y uno cuando, bajando las escaleras de madera del conservatorio de música, donde cada tanto cruzábamos un qué tal, cómo va la vida, la veo tocando en la sala principal acompañada por un piano. Era su examen final. Me quedé unos minutos parado en el fondo de la sala y me fui, que era lo prudente; aunque por mis dimensiones y las de mi instrumento imposible no notar mi presencia. A los pocos días me enteré de que era importante ese examen para ella (otro síntoma de sus pocas luces): ¡me llamó por teléfono!; en mi vida, después de la de haber conocido a mi actual mujer, ésta habría sido la más acertada definición de *peripezia* de no haber ocurrido lo que paso a explicar. En uno de esos Hola que tal, yo le había deslizado un *cassette* con la grabación de un afable dúo para flauta y cello de Villa-Lobos, con mi número de teléfono anotado en la etiqueta; me llamaba para proponerme hacerlo juntos. Duró dos ensayos; el primero, tímido y escueto, fue en el departamento de su madre en la zona de Belgrano.

Terminó de ensayar, se calzó una minifalda (poco visto en su actitud hasta ahora austera en el coro y el conservatorio) y se dispuso a salir con unas amigas. —No te bañaste, le dije; —Me bañé antes de que llegaras, me contestó con ironía. Si mal no recuerdo pasó un breve período, en el que ella acusó estar ocupada, antes del segundo ensayo. En este *intermezzo* falleció mi madre. Aun yo vivía en casa de mis padres, tenía mi habitación en una segunda planta que mi vieja había decidido construir en las épocas de falsa bonanza. Para completar la desgracia, mi papá, como medida desesperada había instalado dos máquinas de medias en el patio ahora cerrado y yo, en las ocho horas diarias en que me sentaba a estudiar con el cello, debía competir con el ruido infernal. Habían dejado de caerme simpáticas. Cuando ella llegó las máquinas estaban paradas (para subir a mi habitación era preciso pasar por el patio); ni bien se sentó con la flauta en la mano me dijo, poniendo cara de adulto:

—Te aviso, para que no haya malentendidos, que estoy pasando por un excelente momento con mi pareja y no quiero cagarla.

—¿El pianista?

—¿Quién? No, con ese hace rato que dejé de salir... ¿Tenés ganas de ensayar igualmente?

El ensayo careció totalmente de interés. La acompañé, a pesar de sus negativas (tenía poca conciencia de lo peligroso que era mi barrio de noche), hasta la estación del tren. —Pero ¿éste te deja en tu casa? —Es que, antes, ya que estoy cerca, voy a pasar por la casa de un amigo que vive en Devoto. Mi memoria implacable no dejó pasar un detalle de aquella noche (pocos días después de mi declaración de amor) en que llegábamos con el autobús desde Río Negro a casa del director del coro. Ya que había ido a buscarme mi viejo con el auto les pregunté a ella y al novio, un chico que tocaba muy bien el piano, para dónde iban y si podíamos acercarlos. Aunque él dijo que vivía en Devoto y le contesté que quedaba cerca de casa, ella se negó rotundamente a aceptar el favor.

No hacían falta ni los años de desengaño, ni la suspicacia de detective para enterarme de lo que ya había intuido desde el principio. Más allá de su edad, a este tipo de niña un amor metafísico como el que atormentaba mi conciencia en ese entonces no puede producirle otra cosa que asco y pánico. La estética austera e interesante que me había

atraído de ella no era más que el vestido adecuado a la hora de concurrir al conservatorio; ella misma me había dicho en una oportunidad “Te hiciste un prejuicio de mi persona”.

¿Quién era entonces esa mujer que me enceguecía a tal punto? Era una fantasía, sí, pero los gases son gases y molestan tanto en el estómago como este tipo de amor. La fui armando sin darme cuenta, pieza a pieza, impecable y letal. Convine conmigo mismo en llamarla La Virgen de Los Mil Rostros y me mantuve desde ese entonces a distancia prudente.

Y ahora la verdadera peripecia. Cuando bajamos aquel día de la habitación, antes de rumbear para la estación del tren, mi papá ya se había levantado de la siesta y encendido las máquinas. Y ocurrió lo impensable; como les decía, más allá del hecho de no haberle tocado un pelo, desde un principio supe que el objeto de mi platónico amor no era la damnificada, por eso mismo me quedé helado al verla detenerse, a pesar de su fingida prisa, hipnotizada ante el encanto de los hierritos subiendo, bajando, girando, brincando; por un momento pensé en llamarlo a mi papá y pedirle que le muestre su funcionamiento, como cuando era chico. Se me vino la vida entera a la memoria al verla ahí, frente a la máquina, con la curiosidad que yo no había logrado despertar con mis poemas. No pude hacer más que contemplarla, escudriñando en los mecanismos con curiosidad de niño. Y por más que empujaba el verbo desde mi estómago no logró salir; era mi conciencia la que hablaba y, quizás no a ella, sino a mí: *¡No ves, imbécil! —retumbaba su voz en mis cavernas—. ¡Cómo puede ser que no te enteres! ¡Aquí, aquí! ¡Soy yo! ¡YO SOY LA MÁQUINA!*

Covacha

a: adrian@felizia.com

asunto: amor conyugal

Cuando me contás acerca de la convivencia con tu familia, y de tu experiencia con el amor conyugal y el amor hacia tu hija, obviamente no sé que decirte. Y de decirte algo sería de puro comedido puesto que tampoco me lo preguntaste. Es imposible saber en qué situación se encuentra el otro, qué siente, qué piensa.

¡Yo sufrí tanto al pedo cuando convivía con mis padres! Luego con Sebastián en Neuquén con sus borracheras. Luego con un tío del amigo que me recibió acá en España que no sé cómo no lo tiré por la ventana. Más tarde alquilándole una habitación a un moro en Ciutat Vella (el *Bronx* barcelonés), ahí convivía con un chico argentino que era el que me ayudaba a mantener un poco de orden y limpieza, mientras que el moro, que vivía con nosotros, se dedicaba a ensuciar junto con un tercer inquilino boliviano que no faltaba noche que no trajera a casa un amigote borracho, después lavaba las manos, de la borrachera del nuevo “compañero de piso” me tenía que encargar yo. Luego con una familia etíope en un barrio más alto, en la que el papá, que había sido rey, jefe de tribu, gobernador o vaya a saber qué en su país faltaba que me pidiese que baje la vista en su presencia, un día me prohibió silbar. Luego con una vieja gallega a la que los hijos le dejaban el nietito cada día, que era más malo que Raimundo, y una portorriqueña que se ofendió de muerte cuando una tarde conversando pavadas le

contesté que no podía afirmar la existencia de los ovni... Cansado, aunque esta movida no es de mi gusto, me decidí y durante la primavera y verano de dos mil cuatro ocupé una casilla en la montaña, en una localidad llamada Baixador de Vallvidrera. Cuatro paredes de ladrillo de canto con un tabique en el medio que la partía en dos ambientes y un techito a media agua; me iluminaba con velas, cagaba en la tierra, cocinaba con una estufa a leña, pero al fin SOLO, hermosamente solo. Me pasaba casi el día entero en la ciudad tocando en la calle hasta las ocho, luego pasaba por uno de los tantos mercaditos pakistaníes (como los chinos de Buenos Aires) a comprarme algo de comida, me tomaba el tren hasta la montaña y, ¡a trepar! Más de medio kilómetro de escalera con el cello de mochila y una bolsa de víveres en cada mano. Con decirte que la gente ahí tiene el auto sólo para subir a la casa desde la estación del tren. Lo difícil venía al llegar, la casilla tenía un caminito entre la maleza y cuando llovía se ponía resbaloso. Los días nublados al menos podía ver. Ya me había provisto de un farol a querosene, una cocina a butano y una manguera, un chileno que construía justo al lado me pasaba agua desde la calle, en esas noches de calor me bañaba con la manguera a la luz de la luna. Desde la ventana de la habitación, donde me había armado una camita que había encontrado en los contenedores de la esquina, el cielo estrellado me daba esperanza.

Pasaron seis meses. Una de esas tantas noches, entro por la verja en la penumbra (las calles estaban iluminadas por eso al entrar en la maleza, hasta que se te acostumbran los ojos no veías un carajo) y en medio del caminito que había despejado a fuerza de machete, me tropiezo con un montón de ramas amontonadas, ¿Qué es esto! Haciendo equilibrio con el cello y las bolsas me abro camino como puedo y, pasada una línea perfecta que lo dividía en dos, oh sorpresa, me encuentro el terreno pelado hasta la casa, ¡en una tarde habían bajado hasta los árboles! Había llegado el dueño a construir. ¡Con lo que me había costado acondicionarla! Al rayo del sol había sacado una a una y vuelto a colocar las tejas para poner un plástico grueso debajo y evitar las goteras. Hasta piqué piedra para que no entre agua por la pared de atrás. Igualmente ya llegaba el otoño y a pesar de los arreglos no habría podido sobrevivir ahí con el frío.

De ahí fui a parar a un pañol del puerto Olímpico (el principal de Barcelona). Un 'pañol' es un cuartito de dos por cuatro con un ojo de buey al mar que usan los dueños de los barcos para guardar cachivaches. Esperaba la noche para salir a tocar, cuando el cello adquiriría cierto protagonismo; durante el día, entre el ruido y la cantidad de gente era hacer mímica (los amplificadores te los confiscaba la policía y te hacía pagar multa). Por eso, durante la tarde me acovachaba en un centro público donde enseñaban idiomas y preparaban para el examen de ingreso a la universidad a mayores de veinticinco. De paso estudiaba física y matemática. Ni siquiera aquí tuve una convivencia pacífica; la profesora de catalán, con declarada actitud prepotente, no dejaba de acosarme para que le entregue una redacción en catalán nueva cada día. Gracias al único de los profesores que no necesitaba papeles escritos, que era el que se encargaba de lo que el resto no hacía, di mis primeros pasos en mi actual oficio, la informática.

Llegaba al puerto al terminar el día, con el culo fruncido pasaba frente al seguridad apostado en la entrada que a veces me preguntaba cuál era mi barco (yo le decía el nombre de cualquiera de los que había anclados) y me sentaba a escribir en el cuartucho con una computadora vieja que me había encontrado en la calle hasta que me caía de sueño. Cocinaba con una hornallita eléctrica, ¡aquí tenía electricidad!, lavaba los platos con el agua de un bidón (por suerte el piso del pañol tenía algo muy poco visto en Barcelona: una rejilla de desagote) y aunque disponía del fantástico vestuario con duchas del Olímpico, de noche, para que no me vieran entrar y salir del pañol y no caminar dormido los doscientos metros hasta el baño, meaba en un botellón de plástico que enjuagaba cada noche antes de entrar. Tres meses más tarde empecé a conocer a algún que otro ruso que también vivía clandestinamente en los pañoles y por boca de uno de ellos supe que el capitán encargado del puerto, ya enterado del ilícito, estaba a punto de desalojarnos. Por esas sogas que tira la providencia recibo el llamado telefónico de mi ex vecino, el chileno; recién acabada, había puesto en venta la casa. Según él no le había salido el trabajo que le habían propuesto en Barcelona y quería volver a Roma donde vivía desde hacía años con su mujer y sus hijos: necesitaba un casero. En esta casa vivía como un príncipe pero cada vez que venían de la inmobiliaria a mostrarla a un interesado se metían sin ni siquiera golpear la

puerta y les daba igual si yo estaba durmiendo o en bolas con mi novia. El chileno les había dejado las llaves y les había dado a entender que podían entrar y salir cuando quisiesen, yo era un mueble más. Me tenía de espantapájaros (okupas), fregona y algo más que jardinero que era un precio más que justo, sin embargo nunca me consideró responsable de la casa.

Todas experiencias sugerentes: un negro que me trata como esclavo, un descendiente de indio sudamericano que me trata como criado, una catalana que me impone su idioma... ¿Quién tiró la primera piedra?

En medio de todas estas mudanzas tuve dos experiencias paralelas y paranormales que fueron el acorde de dominante con treceava y toda la familia de tensiones a mi vida conyugal. La protagonista de una de ellas, con su pareja y tres hijos, ocupaba una casa en la montaña a un par de calles de dónde yo vivía. Justamente había sido un uruguayito que había vivido con esta gente el que me había pasado el dato de la casilla que ocupé, pegada a la casa del chileno. Eran una pareja joven, tenían dos mellizas preciosas de cinco años y un bebe tan bonito como las nenas. A una persona “normal” le habría horrorizado el, por llamarlo de alguna manera, estilo *hippie* con que vivía esta pareja con sus hijos. A mí, comparar la manera sanguínea y simple en que llevaban su vida con la vorágine que es el mal llamado ‘mundo civilizado’ no sólo me hizo parecer interesante su historia sino además respetable. Y más allá de estas apreciaciones yo estaba solo y esta gente me brindó afecto. Él había sembrado todo el pedazo de montaña que correspondía a su casa con todo tipo de hortalizas, siempre me daba hasta algún zapallo recién cosechado. Yo, que bajaba cada día al centro, a veces les llevaba un paquete de yerba mate que compraba en un colmado al terminar de hacer la calle. Pasamos momentos lindos; entre otros recuerdo las noches sentados en la terraza oyendo una grabación que él tenía de Cortázar mismo recitando sus poemas. La tarde del día siguiente de mi sorpresivo desalojo (de la casilla) fui a pedirles si me aguantaban los bultos mientras conseguía dónde mudarme. Él había bajado a Barcelona y ella, como cada vez que fumaba, apenas se enteró de que estuve ahí. Sin embargo, un par de horas más tarde, mientras yo ya bajaba con los bultos para llevarlos directo a Barcelona, aparece ella ya consciente y desesperada para ayudarme. Ese día su actitud me subyugó.

La protagonista de la otra vivía cerca del museo Picasso, donde yo tocaba en la calle cada noche; al acabar me daba una vuelta por su casa a tomar unos mates. Eran dos chicos de Mendoza, cuando los conocí ella estaba embarazada; fue esto lo que se me metió de a poco en las venas. Me he cruzado muchas embarazadas en mi vida pero ésta cayó en el contexto adecuado. Alquilaban un local muy grande y a muy buen precio; durante un tiempo le subalquilaron habitación a un amigo músico, así los conocí. Estuve mayormente con ella porque él trabajaba de camarero desde caída la tarde hasta la madrugada, pasábamos horas tomando mate tras otro, viendo televisión o charlando, no el tipo de conversación que me gusta pero ya me conformaba con tener con quien estar. Estos locales, especialmente los del casco antiguo de la ciudad, al estar en planta baja son húmedos y fríos en invierno, el bebé enfermó y lo que parecía una gripe que no acababa de curarse, luego de una revisión más responsable de los médicos resultó ser meningitis. En ese momento no entendía bien por qué sentí lo que sentí por ese bebé, iba casi cada noche al Hospital del Mar a cuidarlo mientras la madre dormía un poco y recuperaba fuerzas. Cuando lo tenía en brazos no sabía si era mi mamá y me tenía a mi mismo o si el nene era mi mamá reencarnada... El nene se salvó. Cuando, pasado el susto, yo intentaba explicarle a ella lo que sentía y hablaba del bebé ella pensaba que le echaba en cara el favor, hasta que encontré la forma gracias a una especie de bola de fuego que ella misma había pintado en la pared, ¿Y esa cagada?, le había dicho tomándole el pelo la primera vez que vi su pintura, pero ese día fue como si la hubiese visto por primera vez: “Eso es lo que siento —señalándole la bola de fuego—, eso es lo que siento en el vientre”.

Al poco tiempo de dejar de verlos me aparecí con un apósito la cabeza y un brazo en cabestro. Imposible evitar el ¿Qué te pasó? y difícil inventar una historia; también le conté lo ocurrido a mi actual mujer que para ese entonces recién nos conocíamos. En la tarde del último treinta y uno de diciembre me habían regalado cuatro botellas de vino que no tenía con quien compartir. A esta amiga mendocina la tenía harta con mis visitas así que esa noche pasé, le dejé un par de botellas y con las otras dos me fui a ver a la pareja de la montaña que hacía tiempo que no los veía. Llegué a eso de las diez de la noche, justo entraba ella con las nenas y el bebé.

—Y, ¿Andrés?

—Está en el centro.

Fue uno de los mejores treinta y uno de diciembre de mi vida. Vino va porro viene nos reímos toda la noche. Le conté que había escrito un libro y le relaté algunas aventuras de Roquesor, el personaje de mis novelas; no me olvidaré jamás de la ilusión de niño con que me oía esa mujer. Lo que pasó al final fue una consecuencia sin importancia.

Normalmente uno piensa, ¿cómo puede alguien siquiera pensar en suicidarse? La naturaleza hizo drogas para todo, la *lógica*, por ejemplo, que nos induce a creer en Dios. Aprendí mucho en esos meses de vida semi salvaje, observé cómo todo se atiene a reglas, uno caga en la tierra y el sistema, en este caso en forma de un ejército de moscas, se encarga de limpiar hasta el olor, sin que uno tenga que mover un dedo; lejos de los sistemas humanos uno vuelve a inferir la existencia de una mano divina y a convivir con ese orden anterior al nuestro pero basta bajar nuevamente a la ciudad para de nuevo perder de vista esta verdad. Fue para ese entonces que el chileno me llamaba y a los pocos días yo volvía a la montaña. La misma noche en que me mudé, salí a caminar; aunque consciente del riesgo, no pude evitar pasar por enfrente de su casa. Vi un muchacho que me saludaba y me hacía señas para que suba. Me pareció que era él “No se enteró”, me dije, y subí. El trámite desde la verja a la casa era parecido al de mi casilla, esta casa tenía dos plantas y ellos vivían en la alta. Cuando llego a la amplia terraza balcón que preludiaba la entrada me encuentro en la penumbra un desconocido, el que me había hecho señas, que me explica haberme confundido con otra persona y a ella, ya medio puesta, con la boca pintarrajeada de rojo: Es el cumpleaños de Andrés, me dice antes de entrar a la casa. Una vez dentro saludo a otro muchacho invitado, a las nenas...; él, agachado frente a la chimenea, continuó avivando el fuego como si yo no hubiera entrado, recién a los segundos voltea y me da la mano con mirada cínica. Uno de los amigos salía y él fingió acompañarlo hasta la puerta pero en la maniobra juntó un montón de lajas grandes y empezó a arrojarlas por la entrada de la casa desde afuera. SALGAN. SALGAN LOS DOS. ¿ME OYEN? AHORA ME VAN A EXPLICAR QUÉ HICIERON. Y las lajas entraban como meteoritos. Rompió toda la cocina, Y VOS, VAS A TENER QUE TIRARTE POR LA VENTANA PARA ESCAPARTE. VAS A IR A

ESCRIBIR LIBRITOS A LA CONCHA DE TU MADRE. Pensando en lo que le haría a ella una vez me fuera y que tampoco tenía intención de recibirlo más tarde en mi casa con una segunda venganza pensé que lo mejor era dejarle ganar la partida, que se descargue la bronca conmigo, así que dejé que una de las lajas me diera en el brazo. Las nenas lloraban, el segundo invitado las metió en la habitación e intentó ir a calmarlo. VOY A TENER QUE ENTRAR YO, seguía gritando. Cuando entró no lo hizo sin primero agarrar un cuchillo. No te quiero lastimar, le dije levantando una laja del piso, ¡Qué me vas a lastimar, vos!, me responde. Ella, protegida de los piedrazos detrás de otra puerta, le gritó pretendiendo justificar su desliz:

—Vos siempre ahí, mirando la Nada.

—No me vengas ahora con psicología —responde él.

Y esto fue lo curioso, cómo la realidad supera a la ficción: ¿de qué galera salió el argumento de la Nada en este entorno napolitano?, ¿sería el resultado subliminal de mis relatos del Roquesor aquella noche? No obstante, en el contexto de mi vida su argumento encajaba como zapato al pie; me hizo sentir aún más responsable. Fue cuando le dije al enajenado que la culpa de todo había sido mía, que ella estaba borracha y la había convencido... “¡Y yo te regalaba verdurita! —gritaba—, ¡qué boludo! Mirá, andáte, andáte”, señalándome la puerta. Caminé hacia la puerta sabiendo lo que me esperaba, pero no me defendí. Me atacó por la espalda, me agarró del pelo (lo tenía largo en ese entonces) y me amenazó con el cuchillo en cuello. ¡Soltá la laja!, me dice. La suelto y me lleva a los empujones hasta la cornisa, había unos cuatro metros hasta abajo, no me habría hecho más que romperme algún hueso pero igual mi instinto de conservación me impidió dejar que me empuje al vacío. Fue ahí cuando dije basta, me di vuelta para pegarle y reuló con ojos de miedo, ¡Te clavo esto en el corazón!, me dijo haciendo el ademán con el cuchillo. Pegué media vuelta y bajé caminando tranquilo la escalera no sin comerme un último piedrazo en la cabeza. Me fui a mi nueva casa y, previo lavarme las heridas, me acosté a dormir. Habrás visto en los libros viejos de medicina los distintos niveles del alcohólico; con la idea del suicido pasa lo mismo, por suerte yo conocí el estadio más leve. Y esto denota cómo el mundo de los hombres hace parecer incoherente lo lógico, el elixir que por fin había hallado era el que me estaba envenenando.

La naturaleza inventó la droga adecuada para adormecerlo a uno y poco a poco inducirle la idea del suicidio: *la soledad*.

El último día que estuve en la casa de mi otra amiga, la mendocina, estuve a punto de cometer el mismo error. No llegué a conocer a sus respectivos, el de la montaña y el camarero, como para juzgar si eran dignos de mi consideración pero es cierto que conmigo se habían portado de la mejor manera.

No quiero agobiarte. Con lo que acabo de contarte, que al menos tiene algo de curioso o de cómico, ya retrato el desequilibrio interno y externo que reinaba en mi vida. Como dije, no era más que la cadencia final de una sinfonía muy larga. Convivencias, afectos, duelos. Era impensable para mí un hogar con todo lo que implica. Un hogar, que no necesariamente es una casa, un hogar es un vientre materno donde uno recupera fuerza para enfrentar una y otra vez el mundo. Eso es lo que yo pretendía por amor conyugal y que conseguí en el momento cúlmine de la desesperación. Hoy vivo en un piso con mi mujer en un barrio relativamente tranquilo comparado con el centro pero que no deja de estar atestado de gente. No tengo ganas de salir a la calle, me enferma la multitud. Pero, por primera vez puedo decir que soy feliz viviendo con alguien. Decir que no sé qué habría sido de mí de no haberla conocido es redundar en las estadísticas. Cuando llegué a Barcelona me subí a un cerro que da al mar y escribí de un tirón el capítulo de *Roquesor viaja al espacio*; recién empezaba a mirar hacia adelante, hasta ese entonces mis escritos refunfuñaban mis desavenencias del presente o del pasado, mis personajes de ficción eran caricaturas o parodias de los que había sufrido o sufría en la vida real. Los personajes de este último capítulo, en cambio, salieron de mi imaginación para luego uno a uno hacerse carne en el mundo real; mi mujer no es tal cual la Yardía del libro, pero se le parece bastante.

No me queda otra que contarte mi caso porque es lo único que tengo al alcance. ¡Si supiera qué decirte para calmar el dolor que me expresas en tu carta!, pero ¿cómo confrontar tu vida o tu personalidad con la mía? Por esto no creo en lo de ganar o perder o refutar o ser refutado, es como si vos con un palo de *hockey* y yo con una raqueta de tenis jugáramos a quién mete más veces una pelota de *rugby* en un aro de *basket*. Vivimos cada uno en una punta del globo pero aunque fuese en el mismo barrio nos separaría el mismo abismo que a todos. Por

ejemplo, aún no experimenté lo que oigo de todo el mundo: cuánto tiempo y energía demanda un hijo. Aunque sí puedo entender, porque a veces se encuentran indicios, la disyuntiva de tu doble o triple paternidad, tenés que repartir el tiempo entre el de carne y tu obra; eso te desgarrá.

Con respecto al contraste entre el comentario de Oscar Wilde —de que él escribe sólo con el ingenio y reserva el talento para vivir— y tu padecer, tu *pathos*, puedo decirte que mis momentos de producción siempre han sido viscerales, traumáticos. Pero en la medida en que con los años logre equilibrar el talento con el ingenio, supongo que el trago va a ser menos amargo. Por lo pronto, el hecho de que mis personajes actuales ‘sean’ la vida real es prueba de que mi vida y mi obra se funden sin culpa ni complejo en una sola experiencia.

Malandras

Alguien dejó caer el nombre de Porlan. El gordo Carlitos uno de los chicos del barrio lo dijo como ocurrencia haciendo referencia a la marca del cemento. Hasta los once años me era impensable vivir en otro lugar que no fuera mi barrio, precisamente porque no conocía otro lugar que no fuera mi barrio. Mi mamá se quejaba de mi segundo nombre “Lo eligieron tu padre y tus tías, por eso es vulgar”, decía con fastidio. Claro, Sáenz Peña, mi barrio, al que yo evoqué en mis novelas como Porlan, era como cualquier barrio, de aquí o del Japón, pero de aquel entonces, cuando todo era más tranquilo. Lo que ella pretendía, como es lógico, era que al llamar por la ventana a la hora de la merienda WAAAAALTER viniese su joyita y no el hijo de otra, o cincuenta. Yo consideraba a mi barrio especial pero no en el sentido futbolero con que la gente acostumbra defender su apoltronamiento hasta avanzada edad con que las comidas de mi tierra, las mujeres de mi tierra, los vinos de mi tierra; lo consideraba especial porque proyectaba mi ilusión de niño. Tampoco hay que quitarle mérito, el Sáenz Peña de ese entonces —en el marco económico amable de la Argentina de los setenta— era un lindo lugar donde vivir. No sé si esto último o la débil iniciativa de la gente lo convirtió en un terrario, a mí por suerte me tocó ir a colegios bastante lejos de casa y alterné ambientes pero la mayoría, pasada cierta edad no tenía vuelta atrás. Me acuerdo cuando Tatú, otro de los chicos del barrio, ante mi inminente fuga a las europas en dos mil uno, le preguntó al almacenero de la vuelta de casa que era gallego: Pepe, ¿te volverías a España vos? Pepe tenía cincuenta y

tantos ya y una vida entera en la Argentina, ¡qué le iba a decir! En ese momento a todos se les cruzaba la idea de irse ante tanta malaria pero lo curioso de mi caso es que mi necesidad de huir no tenía que ver con huir sino con encontrarme.

Ayer acompañamos a un primo de mi mujer, hijo del hermano de su madre que vive hace años en Canadá, a la casa hoy ruinoso en la que vivían sus abuelos, en Sant Cugat. Hay alguna que otra pintura, vocación que heredaron los nietos (este chico es dibujante y mi mujer se recibió en bellas artes), polvo, libros y alguna foto. *You are looking for yourself*, le insinué, él se rió, como se reía del bombardeo de mi suegro comparando las gambas y el cava (media copa del ‘excelente’ cava que compra mi suegro me parte el hígado en cinco) con la famosa bebida cola y el *hot dog*. Mi búsqueda era un poco más difícil, no hay en España casa de mi abuelo (mis bisabuelos ya habían emigrado a la Argentina y Dios sabrá dónde vivían mis tataras) ni fotos de cuando era pequeño..., ni una sola pista. ¿Qué pretendía encontrar yo en España? Soy valiente pero no como vidrio, en Berlín no podría haber tocado el violoncelo en la calle en pleno invierno como lo hice en Barcelona. Digo esto porque hoy día, y el mestizaje de Buenos Aires quizá ayuda a que uno se entere, la herencia sanguínea está muy lejos de coincidir con la cultural que era la que yo venía a buscar. Cualquier sacrificio hubiera sido tonto, tocando en la calle Montcada conocí toda Europa de un plumazo: los turistas alemanes, por ejemplo, pasaban inmutables delante de mi modesta aunque respetable versión de las *Suites* de Bach para, diez metros más allá, pagar cinco euros por unas siluetas de plástico de personajes de historieta con un imán pegado al dorso que las hacía saltar al ritmo del parlante de un radiograbador. Alguna que otra vez venía alguien a reclamar “En mi casa no saltan”, el rumano se limitaba a cambiárselo por otro. Un violinista de Huesca que conocí al poco tiempo de llegar se me rió en la cara cuando le hice saber mis inquietudes; yo asociaba Europa con desarrollo, con civismo, con cultura. Esperaba librarme de los escapes libres, las llantas de magnesio, las motos “cuatro caños”, que “me fumo el porro más grande”, que “yo me la aguanto”, etc. Me salva el que de la puerta para adentro con mi mujer vivo en el cielo: las calles de L’Hospitalet de Llobregat exhiben idéntica fauna que mi viejo barrio. Como explico, el único agravante en mi querido Sáenz Peña era tener, además, el

enemigo dentro de casa. Más de uno me debe tomar por fifí al enterarse de que soy violoncelista; se entiende, cada sustantivo es generalización, aunque en otro lugar a la mesa le digan *table*, *teburu* o *taula*... No por nada mi mamá me puso un nombre fuera de lo común, no cualquiera sale de un nido de malandras tocando el violoncelo. Entrar y encontrarme cada día motos robadas en el pasillo de casa, o los ratis en la terraza fumando porro con mi hermano, transando el próximo timo; el timbre a las tres de la madrugada de los cocainómanos del barrio, ¿Está tu hermano?, que venían a comprar porro para bajar el enchufe. Nunca faltaba en la habitación de casa el ladrillo de kilo de mariguana compactada. Habrán notado el punto común del argumento de todas las películas que tratan de la mafia, entre ellas la del glorioso Padrino. Había habido mafiosos adorables en mi barrio con sus quinielas clandestinas y partidas de *poker* a persiana baja del falso bar hasta la madrugada; apenas algún estallido que a uno lo despertaba a la noche. La era de la droga vino a acabar con todo orden. Los policías patrullaban la noche entera en busca del tonto que les provea del tan caro polvito blanco sin pagar un céntimo. Y en ese rastrillar nos jodían a todos; hasta llegó uno a hacerme abrir el estuche del violoncelo cuando llegaba una noche de un ensayo. Los más jovencitos del barrio, que no tenían ni para el paquete de arroz, le robaban hasta las alhajas a la abuela con tal de juntar los diez pesos que valía el papel. ¿Me prestás la bici? (que podía quedar en la villa como parte de pago), voy hasta San Martín y vuelvo. A falta de las monedas para el tren, era mi único medio de locomoción al conservatorio cada día, ¡cómo se calentaban algunos cuando les decía que no! Para colmo encabezando este ejército de chusma, mi hermano, aprendiz de mafioso, que cuando no había que llevarlo al hospital con un hueso roto por la moto había que sacarlo a fuerza de cruces de los Tribunales por el balazo en la pata que había puesto al que había osado piroppear a su tilinga de turno.

No me canso de decirlo, así vi derrumbarse todo. “Ah, pero esas cosas ocurren en Sudamérica”, me responden acá cuando cuento algo de esto.

Pero a pesar de todo, así hubiera vivido en el paraíso nada ni nadie hubiera impedido mi viaje, como nada ni nadie impidió negarme una y otra vez a mí mismo para reencontrarme en tal o cual paraje de la imaginación. Por eso mi querida vieja, como es lógico, no quiso negarme

ya de entrada el privilegio de la personalidad; tal vez por haber sido ella huérfana quiso al menos dejarme alguna pista.

El mundo de los niños

a: adrian@felizia.com

asunto: Soy un boludo

Estoy seguro de que el mundo de los niños es igual. Mi memoria es omnipresente, cada gesto, mío o de lo que me rodea me trae algún recuerdo. Y me avergüenzo y arrepiento de la mayoría de las cosas que hice, de cómo me dejé dominar, manipular por el abusivo de turno. ¡Por qué no me revelé! Muy pocas iniciativas valientes tomé en mi vida, valientes de cara al beneficio, al crecimiento personal, que es el que importa, no de cara al público. Cuanto más crecés de cara a la galería más te hundís, creo que esto último es ley. A los dieciocho años me sentía fuerte como un caballo, tal vez lo era, mis compañeros de secundario me tenían como un jefe-patriarca en todos los sentidos; no te digo que me podía la vanidad porque del todo nunca me tuvo, sin embargo ese falso oasis no dejó de convertir esa etapa en la menos trascendente. Crecí cuando me tocó el lugar del idiota, ¡qué lindo es ser el idiota de grupo!, ahí sí que tenés los pieses en tierra y saboreás las cosas de a poco, con conciencia, y los idiotas que se te acercan también ven y sienten, porque no están drogados por estructuras de cartón y aunque la vanidad sigue ahí, como ventrílocuo, al menos no te empuja al vacío de la imprudencia. Me acuerdo de cada cosa, de cada persona, aunque no quiera puedo revivir en mi mente aquel momento de mis cuatro años, en casa, en la calle, en la escuela. Me sentía protegido por mi padres, y por el país... Hace no muchos años

atrás podría haber deducido de estos recuerdos que ésa es la visión del niño, la visión desde el regazo materno, pero los recuerdos siguen presentes y ahora, viendo adultos arrastrar su cordón umbilical por la vereda sucia, mirando a su alrededor con autosuficiencia como diciendo “a mí eso no me va a pasar”, ya me entero del punto de vista de un huérfano. ¿Me reiré de mi propia desgracia cuando esto toque fondo?, porque las empresas que habían venido del norte en busca de mano de obra barata ya se fueron para el lado de oriente y permanecerán ahí hasta que los chinos también se aburguesen. Todo es un ir y venir, una rueda que roda. La misma historia que vivió mi viejo con su empresa textil en la Argentina la revivo aquí, como un *déjà vu*. A mí no me va a pasar, creen todos, yo no me voy a morir, al menos hasta que me muera...

Qué lindo es ser el boludo del grupo, y acordarse de todo, y avergonzarse hasta el asco de cada huevada hecha. Y en lugar de barrerla bajo de la alfombra como hacen todos, bañarse echando la propia tierra en la espalda, como el elefante, y escupir para arriba, ¿por qué no?, mejor saliva de uno que la de otro. Porque lo que no es de uno, del propio mundo, pertenece a los necios. No hay mundo de los adultos o mundo de los niños; el mundo de afuera, bastardamente UNO, es el mundo de los necios, que rueda y rueda a pesar de sus aristas.

Cándido

No es un virus pero el síndrome del ‘piojo resucitado’ es tanto o más común que la gripe. Don Néstor Iglesias, mi abuelo, abrió su pequeña industria textil en la época de la plata dulce, sí, cuando el Banco de la Nación de Argentina rebosaba de lingotes de oro. Tenía su séquito de pipas, una para cada día de la semana en una repisa al costado de su sillón de lona, parecido al de los directores de cine. Allí se sentaba cada noche, pasada la jornada, a ver el noticiero o leer la sexta del diario La Razón. En el apoya brazos tenía su diccionario; se preocupaba por enriquecer su vocabulario para que haga juego con su eterno traje que no se quitaba ni para salir los fines de semana al campo. ¿Hace falta aclarar que se consideraba a sí mismo un señor? Para que se den una idea (quienes saben abrir el obturador de la cámara), ese auge de falsa prosperidad era parecido al que sufren hoy, año 2007, los españoles. ¡Qué fácil cae el bípedo en la trampa! En cuanto tiene un par de billetes en la buchaca se siente realizado, no sin la ayuda de una pérdida consciente de la memoria, de aquellos días en que mataba ratas para comer.

Cuando llegué a Barcelona, en 2001, rebuscando en los estantes de una tienda muy grande del centro encontré un libro de un economista inglés —pido disculpas, lamentablemente no recuerdo el nombre del autor ni de la obra— que hablaba sobre la crisis latinoamericana. Hojeándolo encontré el capítulo en que hablaba de la Argentina y me sorprendí muchísimo de por primera vez escuchar de boca de otro la imagen que yo había usado incontables veces para explicar el devenir de

la fábrica de mi abuelo: *The long downward line*. Yo tenía diecisiete en 1984, cuando por pura intuición, porque es el día de hoy que poco sé de economía, le dije a mi padre: la industria argentina se va a la mierda. Casi me parte un jarrón en la cabeza. Para mí estaba tan claro como para cualquiera, no hacía falta experiencia ni conocimientos, ni siquiera intuición para ver la línea descendente de la economía argentina a que hace referencia el autor inglés. Es más, su imagen me es tan vívida como la del rostro de mi difunta madre. Hasta puedo describirla en detalle, era perfectamente plana y con cinco grados de inclinación. Intuyo o, mejor dicho deduzco, que esa pendiente se originó incluso antes de que mi abuelo fundara su fábrica de calcetines. Sin embargo las personas, por esa facilidad que tienen para olvidar voluntariamente, se quedan sin referente a la hora de comparar y evaluar lo que les sucede y lo que les va a suceder. Muchos años más tarde, aquel diciembre de 2001, los argentinos parecieron sorprenderse con el mal trago del ‘corralito’. Pero bueno, quizá mi viejo con el jarrón sólo pretendía enseñarme a ser optimista, ¿no?

Año tres mil. Dos compañeros de trabajo conversan, sentados en el piso de cemento del patio de una fábrica de calcetines en la media hora de descanso.

Jordi: —Qué quieres que te diga. Hay cosas que no me convencen. No sé, no me cuadran.

Jordi: —¿A qué te refieres?

Jordi: —Que no soy feliz.

Jordi: —Y, ¿qué te pasa?

Jordi: —Por darte un ejemplo tonto. ¿No te llama la atención que todos tengamos el mismo nombre?

Jordi: —¿De qué te quejas? ¡No tienes que memorizarlos!

Jordi: —Pero, ¿de qué sirve tener un nombre si no cumple con su función, si no te identifica? Además, ¿no te parece asfixiante, repetitivo al igual que el resto de las cosas, que la historia? Ayer me dormí leyendo un fragmento de un libro en la web. Un filósofo francés del siglo XVI, ¡se quejaba de lo mismo que yo!

Jordi: —Hombre, ¿quieres que te diga cuál es tu problema? ¡Que piensas demasiado, coño!, ¡que te la pasas analizándolo todo, joder! Por eso no eres feliz.

Jordi: —Y, ¿qué tiene de malo pensar?

Jordi: —Que no te deja ver el aquí y ahora, valorar lo que tienes. ¿Sabes a cuántos les gustaría estar en tu lugar? Tienes tu cucheta plástica a medida, que en la mía entro doblado y, ¡con internet!, tu muñeca hinchable de última generación, tus píldoras con proteína de pollo y antioxidante sintético, ¡tu trabajo!, ¡tu trabajo de quince horas diarias donde incluso te permiten hacer horas extra los domingos! ¡Tío, deja de quejarte, vive la vida y mira el futuro con optimismo!

Morlock

a: gabriel@boccazzi.lac

asunto: Música beat

No por casualidad, ayer releí *The Time Machine* de Wells que, al igual que Huxley en *Brave New World*, aborda la crítica de la sociedad desde la utopía. Parte de una idea que acaba desvaneciéndose frente a la evidencia (aunque esta última también se mueva en el terreno de la ficción). Otros autores parten de un retrato más o menos realista que, como es de esperar, acaba aún peor. No obstante, la lógica es algo más que un intento humano de control.

Antes de entrar al conservatorio y empezar mi escabrosa trayectoria con el violoncelo, se me dio por formar una banda de música *beat* parecida a la tuya. Como no conocía a nadie puse avisos en revistas de anuncios. Teniendo en cuenta el típico ‘berretín de figurar’ de todo músico juzgué que sería más fácil conseguir guitarristas, así que, como estaba dispuesto a renunciar a todo privilegio con tal de conseguir mis metas, me decanté por tocar yo el bajo eléctrico. No importa cuan maquiavélicamente planee uno las cosas o a cuánto uno renuncie cuando la suerte no ayuda. Los “bitles” que me tocaron uno era asmático y el otro gangoso. Y los bateristas que fuimos contactando no hacían uno entre todos. Al primero que conseguimos le decíamos *That Boy*, porque para ensayar teníamos que viajar cada fin de semana “veintinueve quilómetros” hasta la localidad de Padua, donde vivía. Una hora de tren tres abrazados a nuestros instrumentos en vagones

que explotaban de gente. El único concierto que dimos fue en un acto peronista. Las tablas sobre las que tocábamos eran flexibles y cuando el tarado se movía imitando a Ringo saltábamos todos (Perón contento). ¿No se saben algún rocanrol?, nos preguntó uno del público cuando acabamos. Tuvimos que salir corriendo cuando se amontonó la indiada que los del sindicato iban trayendo en micros y empezó entre alaridos y ritmo de bombo a prender fuego dentro del galpón. No muy diferente a los comienzos de los verdaderos fabulosos cuatro, en esas tabernas de mala muerte con alemanes borrachos arrojándose sillas.

Mi segundo intento de ganar dinero con la música, satisfaciendo tácitamente nuestra sociedad consumista, fue meterme en una banda de cumbia de unos pelagatos de barrio; ojo, salvo por el de la timbaleta que tenía ataques de autismo este grupo sonaba bastante bien. Salía los domingos de ensayar cantatas de Bach y misas de Mozart con un coro en el barrio de Coghland y de ahí viajaba a no recuerdo exactamente qué localidad de San Miguel, en el Gran Buenos Aires, para ensayar con los cumbiancha. Después de meses de ensayos inútiles me subieron una noche a una camioneta y me llevaron a tocar a una bailanta. Acabamos actuando a las tres de la mañana después de hacer cola detrás de otros músicos. No vi un mango. A la tercera (la segunda fue peor) que quisieron hacer lo mismo les dije que no pensaba seguir actuando gratis y me echaron del grupo.

El hecho de que, como me contás en tu email, puedas ganarte la vida en Inglaterra como músico de rock me trae a la memoria estas experiencias simpáticas y hasta anecdóticas de la primera etapa de mi carrera de músico, especialmente la forma en que yo las asimilaba. Sin embargo, mi experiencia en Europa no fue redentora. Tal vez porque me condiciona mi visión del mundo, parecida a las de Wells y Huxley. Me di cuenta de que los escollos tontos que me impedían realizarme en mi oficio no se debían al típico prejuicio de país subdesarrollado, que “hacer música no es trabajar”. Que en cualquier otro rubro habría corrido la misma suerte. Porque la raíz del problema era mucho más profunda de lo que yo vislumbraba desde la inocencia de mis veintipico de años; no se limitaba a mi mala suerte o a la mentalidad de la gente de nuestro país. Como ya sabés, al menos hoy por hoy aquí en Europa uno no encuentra bibliotecas con libros apolillados guardados bajo llave u orquestas sinfónicas juveniles tocando con la

lata en la puerta como en Buenos Aires. Cuentan con infraestructura. Sin embargo, al menos en Barcelona, veo prosperar especialmente las empresas vinculadas con todo lo que el prejuicio popular mete en ese baúl de mierda que es el ocio mal entendido. Sin ir más lejos, un ex compañero del secundario que se vino a Barcelona en el año 86, cuando recién habíamos egresado, hoy tiene un velero de quince metros de eslora en el puerto Olímpico gracias a su más que próspera empresa: una casa de acompañantes. También en esta forma se vive, o mejor dicho se ‘consume’, la música al igual que el resto de las cosas. Personalmente, no sé qué es peor, si tocar gratis como me pasaba en la Argentina o 120 euros la hora (en algún bolo para algún snob) cachetada en la nalga incluida. La conclusión a la que tardé en llegar (tal vez porque no soy tan pesimista como me acusan) es que de cara a la sociedad invertir años de sacrificio, como más tarde hice, en aprender a tocar un violoncelo no tiene ningún sentido. ¡Cómo no van a perderse los oficios, si en medio de esta moda actual de lo “descartable” te dediques a lo que te dediques el único que tiene sentido aprender seriamente, y tal vez el más difícil, es el de prostituta!

La, al menos en apariencia, sólida infraestructura europea (supongo que en Estados Unidos esto se debe notar aún más) agudiza el consabido ciclo lógico: los *Eloi* comen la fruta transgénica que los *Morlock* cultivan para engordarlos. Al punto que ya nada se vive ni mucho menos vivencia, sólo se produce y consume.

Morlock y eloi son prácticamente una misma especie; cierran el ciclo en un círculo vicioso que se acerca día a día a consumir el triunfo de la lógica en un perfecto *loop*.

La masa

Éramos uno solo. Cuando repetí cuarto año del colegio industrial me decidí por la especialidad Mecánica. Con el auge del momento por la electrónica, la mecánica empezaba a dejarse de lado como carrera de futuro por los aspirantes a técnico o ingeniero. Sólo trece éramos en el aula, trece guanacos de diecisiete años llenos de sexo insatisfecho. En mi caso no sólo de novias era la mala racha, desde los doce que no tenía ni un amigo, así que este grupo fue una redención para mi soledad. Y no exagero cuando digo que éramos un organismo, bastaba un gesto de uno y a veces ni siquiera eso para entendernos y coactuar al instante. Bien aprovechada esa energía tan bien conjuntada se habría plasmado en algo fantástico, pero ¡qué más fantástico que divertirse a esa edad! Y como bien conscientes éramos de que difícilmente se repetiría algo así lo aprovechamos al máximo.

Según de dónde se mire puede parecer desfasado nuestro juego más recurrente que era molernos a golpes bajo cualquier pretexto, pero visto en detalle la cosa cambia. Lo calificábamos 'La Masa', ¿cómo funcionaba?, bastaba que uno se negase a la propuesta grupal más absurda para que fuera 'ajusticiado' ipso facto. La 'voluntad de la Masa' era inapelable, una vez el grupo había decidido, todo individuo estuviere o no de acuerdo debía someterse incondicionalmente a la actividad propuesta. Este juego-terapia era el marco de la mayoría de nuestros pasatiempos porque, ¿qué otra cosa se podía hacer en la escuela además de boludear?

Pero desde donde yo lo veía, no sólo no tenía nada de infantil o de pasatiempo, sino que perseguía una causa noble. Con los que pude comentar ya siendo adultos mi particular aunque para nada rebuscada interpretación de ese juego grupal de la adolescencia corroboré que sólo yo, su precursor, lo veía de esa forma: ¡Que maniobra astuta e inteligente al mismo tiempo es la vacuna!

Utopía

Perseguir un ideal es algo cotidiano. Uno se imagina la tarta hecha, imagina los pasos a seguir al prepararla, meterla al horno, etc. Por sentido común y experiencia sabemos que la tarta no va a quedar igual a como la imaginamos ni los pasos a seguir serán exactamente los programados. Sabemos también por experiencia que la tarta resultante no tiene por qué satisfacernos menos que la que habíamos imaginado. Nuestra mente concibe la idea en la medida de su capacidad, conocimiento y por qué no gustos y preferencias del momento. Mañana puede ocurrírse nos hacerla más delgada o más alta, agregarle tal o cual ingrediente, para variar un poco nada más, sin afán de perfeccionismo. Quiero, ejemplificando, dar a entender que “perseguir” un ideal, una meta, no es ser idealista o fanático, se trata de la forma en que funciona nuestra mente, es simplemente ser *humano*. Esta visión real y dinámica de la vida es comprensiblemente sana.

Ahora bien, ¿qué haces cuando sientes haber alcanzado tu utopía? Generalmente bastará con que esperes unos minutos a que se te pase. Y no sólo no es patológico: es necesario y sano gozar de esta clase de lapsus. No obstante tu caso puede ser grave e incluso irreversible. Si eres ciudadano de los Estados Unidos de América deberías intentar en principio convencerte de emigrar. Si en pleno invierno duermes envuelto en periódicos tirado en el banco de cemento de una plaza y te sientes como en el vientre de tu madre, ruega porque a los de la cruz roja no se les acabe la metadona.

Pero los sarcasmos tampoco consiguen desviar la vista del problema, el que nos incumbe a los que llegamos a esta altura de los acontecimientos de la historia de nuestra miserable especie. Ni la venda en los ojos del optimismo, ni el libro de auto ayuda o de filosofía oriental, ni el ir a trotar al parque nos libran de esa puntada sorda en el pecho que nos provoca el mundo moderno. La carencia del detonante de esas utopías, ideales, metas, algo que nos resulte creíble al punto de justificar nuestra existencia. ¿Será que aunque sabemos tan poco ya sabemos demasiado? ¿Cómo evadirse de lo que albergamos hace tiempo en nuestro inconsciente, la sensación de que *no hay futuro*?

Bartolo

Bartolo sedujo a cientos
Con sólo un dedo;
¡Pesimista!, le decían,
Mas, Bartolo, entero.
Así Bartolo venció
Al Mundo,
Llevó las masas al mar
Con sólo un dedo.
Convenció a muchos Bartolo,
Muchos murieron
Ahogados...
Así tocaba Bartolo
Con un agujerito
Tocaba
Con un agujerito solo.

Tango

a: adrian@felizia.com

asunto: Sexteto

Soñé con un tío abuelo mio, el tío Ángel. Era tío de mi mamá. Mi mamá me contaba que se sentaban a cantar tangos, él adolescente y ella una nena. Pero las ínfulas tangueras de mi tío quedaron ahí, bajo el eclipse de su hermano mayor, el abuelo que conocí menos que al paterno, que era bandoneonista profesional. Un par de años antes de que muriera mi vieja yo le había quitado el polvo a mi bajo eléctrico para tocar con un sexteto de tango, quizá la mejor experiencia musical de mi vida. Para ese entonces llevé un recado a este tío de parte de mi mamá que ni me acuerdo de qué se trataba porque fui pensando en otra cosa.

No lo veía desde los cumpleaños de mi infancia. A él lo encontré igual, envejecido nomás, en ese sentido me sorprendió la mujer, estaba hecha mierda. Llevé un *cassette* con cuatro tangos que habíamos grabado con el sexteto que mencioné en un estudio de un ex-bandoneonista de Pugliese, experiencia que estuvo bien a excepción de las tardecas del pianista, un egoísta pretencioso. No me olvido más de la maniobra infantil del pelotudo ese. Nos movilizó a todos con el cuento de formar el sexteto y lo único que le interesaba era grabar sus arreglos. El que más pena me dio fue el viejo que tocaba el bandoneón, era camionero y se venía al ensayo después de laburar, desde el culo del mundo. ¡Pensar que yo usaba dos grabadores cuando quería oír

mis arreglos, tenía que volver a afinar la guitarra con la grabación en cada pasada por la diferencia de velocidad de los grabadores! Cuando el pendejo este, una vez tenía la grabación, nos dijo que disolvía el grupo (que para mí no fue ninguna sorpresa) y le dije lo que pensaba casi le tengo que pedir disculpas. Así de egocéntricos y miserables son. Quizá por puro contraste me dio ilusión hacerle oír esa grabación a mi tío. Nos sentamos en su living y no movió una ceja hasta que terminó. Me hizo luego escuchar una grabación casera de él cantando varios tangos a capela a la vez que me contaba cómo en su juventud, cuando el hermano, mi abuelo, en aquellas épocas en que los músicos de tango laburaban el fin de semana a pleno en los restaurantes, aquellas épocas en las que los cassettes no estaban ahí para el deleite de los egocéntricos, de los miserables, le negó su propuesta de ofrecerse como cantor con un simple “Te falta mucho”. Le pedí que me los grabe en la otra cara del mismo cassette, no sólo porque descubrí que mi tío —al igual que mi vieja— cantaba los tangos de maravilla, sino también por el contraste. En mitad del cassette se arrimó mi tía, la mujer, a decirnos si queríamos ir a la cocina a tomar unos mates (para que no ensuciáramos el living) a lo que mi tío, quizá consciente de la encrucijada por la que pasábamos él y yo, en un arrebato de insubordinación le contestó, “Ya tomaremos después”.

Me doy cuenta, ya con cuarenta años que tengo, de cómo mis iniciativas, tan nobles y mías que las creía, no eran otra cosa que querer hacer feliz a mi madre, no traicionar la confianza que calladamente me prodigaba. Ella, por sobre todo, quería que estudie, cualquier cosa, pero que estudie, lo mismo que le había inculcado su abuela, que le hizo de madre. Y ella me relataba situaciones de su familia, cómo mi bisabuela llegó de España y se convirtió en ‘islera’ —como llamaban a los que vivían duramente en el delta del Paraná—, cómo hachaba árboles embarazada y cagaba los hijos sola ella de pie con una palan-gana entre las patas; cómo así llegó a tener cinco hijos de los siete a qué llegó más tarde gracias a esporádicas visitas del marido, también español, que había decidido quedarse en la isla cuando esta mujer de hierro decidió tirar para Buenos Aires y dar a sus hijos ‘educación’; cómo terminó con las palizas de éste cuando se emborrachaba en la isla dándole una paliza ella a él. Causa gracia hoy en día oír sobre ‘mujeres golpeadas’ o gente que vive en ‘la miseria’. O los que no tienen

siquiera un mínimo dominio de su lengua con la excusa de que ‘tuvieron que trabajar’; la vieja aprendió a leer a la par de los hijos. Una de sus hijas, mi tía Betty, enviudó a los diecisiete y quedó con una hija a cuestas que más tarde estudió abogacía. Con mi tía Betty leíamos a Confucio, entre otros libros de filosofía que guardaba en el anaquel de su piso en el barrio de Liniers. Eran los libros que había tenido que leer su hija en la facultad y mi tía los estudiaba a la par de ella, como a su vez había hecho su madre. Me hablaba del derecho romano, de psicología; con sobriedad inocente opinaba con la mirada y decía poco. Al igual que mi vieja y como solía suceder en aquellas épocas no había podido completar la escuela primaria.

Mi tía Tita, era otra de las hermanas. Mi mamá me contaba que de chica se puso anémica. Los siete se encaramaban en la bandeja que servía mi bisabuela a la hora del almuerzo y ella, de puro quedada, tímida o demasiado tranquila, se quedaba cada día sin comer. Y no decía nada. Quedó viuda joven también y de tantos años de vivir sola ya le patinaba el embrague de vieja. También estaba mi tía Feliz casada con mi tío Raúl, uno de los que ‘hicieron’ mi infancia. La segunda era mi tía Herminia, una caza fortunas de película que en sus segundas nupcias acabó mordiendo el anzuelo con uno que jugaba el mismo juego pero mejor.

Ángel era el benjamín; casualmente mi abuelo Antonio, el papá de mi mamá al que sólo vi un par de veces, era el mayor de los siete. Ángel quería cantar tangos, mi mamá tocar el piano. Yo no sé que quiero hacer, quizá porque me di cuenta de que, de alguna manera, vivo sus vidas y las de otros tantos que conocí. Ellos también iban intentando encajar en una cadena de recuerdos que tal vez cuajen en alguna futura generación. Y ese día, oyendo tangos con mi tío y sin hablar más que lo necesario, me dio la sensación de que él, a dos generaciones de distancia pero en ese mismo sitio, paseaba conmigo por todos estos recuerdos y tomaba conciencia de lo que yo. Y se le cruzó la misma idea que a mí, me di cuenta cuando con tranquilidad y firmeza le respondió a mi tía, “Ya tomaremos después”. Pensaba como yo en insubordinarse a su sino de cumplir con esa concatenación de almas muertas en vida, pero refrenándose, consciente de que no ha podido ni podrá, sabiendo que se trata de algo mucho más fuerte que eso que nos hace contrastar, eso que tanto a él como a mí nos diferencia

del resto: el hecho irrefutable de que lamentablemente somos conscientes de todo este proceso.

La vida y el canto

Con el canto el introvertido la tiene difícil. Hoy es necesario aclarar que es el instrumento espontáneo, natural, no hay forma de esconder lo que uno es, no hay burocracia. Al que la garganta y los pulmones le ayudan puede considerarse afortunado porque es el único caso en que, por gaita que uno tenga, no existe la opción de cambiar el instrumento por uno mejor. A mí se me daba bien cantar, lo hacía con espontaneidad. A los veintitrés se me dio por aprender canto lírico, para colmo con un maestro de formación operística. Hugo Tuzzio, se llamaba. Vivía por el barrio de Coghland (el nombre del barrio habla por sí mismo) en la Capital Federal de Argentina. Lejos yo de querer ser cantante de ópera, lo hacía por pura curiosidad, como otras tantas cosas; al poco tiempo de tomar clases con Tuzzio, este viejo talentoso, tan buen tenor como pianista, me hizo notar de la forma más amable posible que mi registro era corto. No daba los graves de un barítono ni los agudos de un tenor. Claro que, otro maestro, con más paciencia que éste, podría haberme sacado cantando, el registro con entrenamiento se puede ampliar, pero como no era prioridad para mí el ser cantante, tampoco me hice mucho problema. Prueba y explicación de mis inquietudes es que más tarde intenté trabajar con él en restauración de pianos, que también fue un fracaso, el viejo ya no estaba para que le salgan con iniciativas locas.

Pero, como siempre, el destino entra por la diagonal. Casi imperceptiblemente me embebí de su sentido crítico y su manera de enseñar, más descriptiva que metódica; el talento no entiende de método. Me

hacía referencia a tal o cual cantante famoso, alguna vez también me llevó a alguna reunión por Olivos, otra zona vacana del norte de Buenos Aires, donde se juntaban aficionados y profesionales del canto a hacer una pequeña audición entre gente amiga. “Éste canta así —me decía imitando el sonido de uno—, tiene la voz engolada”. “Fulano canta asá —y lo imitaba—. *Troppo apèrta, spalancàtta*”. “Los alemanes sacrifican la voz —y cantaba con esa técnica para enseñarme cómo sonaba—. *Troppo copèrta*”. “Las cantantes del Colón están todas reventadas —decía con ademanes y gestos ampulosos—, tienen un *vibràto* de un cuarto de tono, ¡como una sirena de ambulancia!... Yo conservo la voz joven —confesándome su virginidad en secreto *mezzo piano*— porque no ejercí profesionalmente”. “Llenar un teatro, cuando te tiran la orquesta encima...”. Cualquiera percibía en los gestos de este viejo la gran energía que se ve obligado a ‘manejar’ un cantante de ópera. “Tengo los abdominales de un boxeador”, decía. Y la verdad es que no había un pelo de exageración, el tipo cantaba con magnífica y potente voz de tenor operístico, acompañándose él mismo al piano con igual sonido y pericia.

Cuando uno es joven tiende a evaluar esto erróneamente. La misma fuerza y espíritu aventurero de la juventud lo lleva a uno a cometer excesos. Inevitable y necesario porque, ¿cómo conocer los límites sin trasgredirlos? Luego, el imperativo ‘más’, con sus variantes ‘muy’, ‘mejor’, estimulados por ‘fantástico’, ‘perfecto’, ‘hermoso’, ‘espectacular’, que clavan el tridente en la libido del novato en el momento oportuno, sientan las bases de la futura ‘cagada auto-destructiva’. ¡Quién no se dejó engañar en algún momento de su vida por estos efluvios pituitarios! Sentirse fuerte, poderoso, superior, como la cultura bien lo manifiesta con la música del siglo XIX, esas orquestas infames, de ciento veinte músicos, y esos cromatismos interminables cabalgando sobre una batería de percusión sobrecargada, wagneriana... ¡Quién no acabó, pensando en estas grandilocuencias, echando un polvo a una gorda peluda después de una noche de borrachera! Analicemos con calma, antes de intentar derribar la pared probemos si la puerta está abierta. Como cuando uno cocina, no hay que pasarse con la sal ni con el tiempo de cocción. Tuzzio con sus ademanes exagerados me estaba definiendo la *virtud*; con las manos y los sonidos dibujaba lo que estaba ‘fuera’, lo descartable. La virtud, y por ende el provecho

y disfrute de la energía consistía en mantener el equilibrio entre esos muchos *Troppos*.

Teoría de la evolución

a: pausans@hospitalet.cat

asunto: Un vecino

A LA DIRECTORA DEL COLEGIO:

Señora Directora. Espero no distraerte de tus actividades más de la cuenta con este tema y desde ya gracias por tu atención.

Mi nombre es Walter. Vivo en uno de los edificios que dan al patio del colegio. Para qué ser cínico, como se deduce no lo considero una suerte. Pero antes de que borres el mensaje pensando que sólo soy un vecino que se queja por los ruidos ten la amabilidad de considerar lo siguiente.

Entiendo mejor que muchos las circunstancias del entorno en que hoy se crían los niños. Digo 'mejor que muchos' porque me crié en un barrio tranquilo en el Gran Buenos Aires (cinturón que rodea a la antigua Capital Federal de Argentina), con casas de una planta y calles de poco tráfico. Algo que aquí, al menos hoy día, ya no existe. En ese entonces (hoy tengo cuarenta y un años) iba a la escuela primaria (ciclo de los seis a los doce años) sólo cuatro horas al día. El resto del día jugaba en la calle (impensable en cualquier ciudad). Mi mujer, que es de aquí y tiene mi misma edad, me cuenta que ella, de niña, ya iba al colegio todo el día. De ahí a un instituto particular a aprender idiomas, danza, música o lo que fuera. En la familia de hoy (el *American Way of Life* que compramos a aquellos 'peseteros') tiene que

trabajar tanto padre como madre y el niño rebotar de aguantadero en aguantadero, generalmente compartiendo espacio con otros cincuenta individuos, para acabar en una habitación de un piso que en muchos casos ni tiene ventana al exterior. El que yo, habiendo cursado casi la mitad de horas de colegio, sea capaz, a diferencia del común denominador, de redactar decentemente, es la prueba de que meter a un niño todo el día en un colegio no obedece exactamente a una auténtica expectativa educacional.

Por todo esto y porque también fui docente (maestro de “música” y en un “jardín de infantes”), entiendo mejor que nadie por qué los niños están histéricos y entiendo que no está al alcance de tu mano solucionar esto. ¡Ojalá estuviera a nuestro alcance arreglar el mundo!

Sin embargo, siendo la directora del establecimiento, hay un par de cosas que sí tal vez puedas cambiar. No todos los niños gritan como la gente tiene asumido. Algunos gritan cuando juegan, más si se encuentran en un grupo grande, “Pásame la pelota”, etc. Pero en el patio de tu colegio hay un par que sobresale. Hay una niña a la que parece que la estuvieran despellejando viva. Y no a veces, todo el tiempo. Lo deprimente es que no sólo ninguno de los que supuestamente están ahí para educar se da por aludido: el que con sus rebuznos sobresale por un par de decenas de decibeles es el muchacho (¿encargado?) que generalmente juega con ellos en el recreo. Sería injusto no destacar su lado bueno. Se nota que es espontáneo, que disfruta haciendo lo que hace; es parte importante en la educación de estos niños que experimenten al menos una vez en la vida lo que es recibir atención y cariño sinceros, aunque sea de un extraño. Ahora bien, ¿cómo pretender que aprendan que para divertirse no es necesario gritar como un cerdo a punto de ser degollado si el que está ahí para educarlos no hace más que dar el ejemplo! Está de tu mano, señora directora, si es que estás de acuerdo con esto que explico, sugerir a este muchacho sin herir del todo su orgullo que al menos delante de los niños intente esforzarse en parecer una persona.

Otro punto que está de tu mano es el de los amplificadores de chiquientos WATT que usan en cada festejo. Pregúntale a tu madre o, si vive aún, a tu abuela cómo hacían para divertirse en la época en que no existían estos aparatos. ¿Tú crees que no se divertían? Yo creo que diez veces más que nosotros. Además, no es necesario consultar a un

médico especialista para saber que estos chistes dañan irreversiblemente la audición, especialmente la de un niño. También en este caso es un adulto el que da la nota. Te invito a un ejercicio intuitivo: enciérrate en tu despacho, asegúrate de que nadie te ve y cierra los ojos. Ahora evoca alguna imagen de entre los numerosos documentales que habrás visto por televisión que muestran y analizan el comportamiento de los animales salvajes. Y por qué no, incluso animales en cautiverio; los chimpancés del zoológico, por darte el mejor ejemplo. ¿Ya tienes la imagen? Entonces evalúa lo siguiente: ¿Te altera los nervios? ¿Te inspira violencia? No, ¿verdad? Bien, ahora cámbiala por la de la mujer que micrófono en mano descarga su vocación frustrada de animadora y, por qué no, de cantante pop en cada una de estas divertidísimas fiestas de fin de curso de tu colegio (teniendo en cuenta lo que le cuesta articular palabras, quiero creer que no es parte del personal docente sino de algún grupo de padres). Esta buena mujer parece no haberse enterado aún de para qué fueron creados los amplificadores porque grita a través del micrófono al punto de casi desconar los altavoces. Tengo que admitir que sentí cierta complicidad con el energúmeno que desde un par de balcones más arriba que el mío se desquitó, en una de estas fiestas, arrojando huevos. Ella, lejos de asumir la responsabilidad, sintiéndose ahora más que antes avalada por una buena causa contestó por el micrófono con toda la potencia de sus pulmones de jabalí, ¡SON NIÑOS!, y el otro le arrojaba más huevos y ella más gritaba. Esta es la educación que se da hoy día a los niños en los colegios.

No se puede precisar la edad de la humanidad. Hay evidencia arqueológica, vestigios de civilización de más de 25000 años. Tanto si el intelecto humano, cualidad distintiva del hombre, involucionó en los últimos tiempos o si siempre se mantuvo igual, la teoría del señor Darwin no se ve refutada. Porque un organismo evoluciona en la medida que cambia para adaptarse a las necesidades de su tiempo. Tal vez el intelecto humano ya no es necesario. Tal vez la humanidad misma hoy “sobra” en este planeta; tal vez ya se ha extinguido y lo que vemos vestido, caminando sobre dos piernas y emitiendo sonidos que parecen palabras sólo es una secuela, un agonizante recuerdo genético.

Bueno, para no irme por las ramas y volviendo al tema que nos concierne ahora. Más allá de la forma de pensar de cada cual, hay algo que tengo muy claro: mi niñez ha sido la única etapa plena de mi vida. No exagero si te digo que debería haber dejado este mundo a los doce años. Y no tuve necesidad de gritar por gritar. La forma de comportarse de estos niños es uno entre otros muchos y evidentes síntomas de las consecuencias patológicas de esta colmena de cemento que hemos creado. Si al menos una pizca de verdadera vocación docente corre por tus venas vas a entender que esta carta es algo más que la queja de un vecino cansado de los ruidos.

Si por el contrario, consideras que la forma de comportarse de los niños (y principalmente de los adultos) de hoy en día es sana seguro te parecerá todo esto puro palabrerío y exageración. No habría más qué hablar. El caso no tendría solución.

Saludos, Walter. (Mayo, 2009).

PD: Ya que estamos te comento algo más. Si al señor conserje le cansa barrer las hojas que deje su puesto a alguien más joven. Pero, por favor, que no vuelva a asesinar los árboles; hasta donde sé, *podar* es cortar las ramas, no los troncos (además, negando los pronósticos de los ‘entendidos’ y los beneficios que se le atribuyen a la poda nadie me ha sabido explicar por qué los árboles que nunca han sido podados son mucho más grandes y saludables). Ir por la vida aturdido es limitarse a vivir por los ojos. Convendrás conmigo en que lo que decía Saint-Exupéry de “*Lo esencial...*” también es aplicable al oxígeno.

Carta Astral

a: adrian@felizia.com

asunto: compasión

Justamente porque al igual que vos le tengo cariño al Roquesor, no pude desprenderme de él en la segunda y tercera novelas, que es lo que tal vez tendría que haber hecho, olvidarme y escribir algo nuevo. Esto es lo que más de uno me aconsejó, sin embargo, prisionero de la lógica o de algún sentimiento mezcla de deuda y culpa me veo obligado a escarbar y revolver mierda vieja indefinidamente.

Cada tanto vuelvo a escuchar el cassette donde la mamá de Sebastián grabó la carta astral que me hizo. Así como a vos te aconsejó no dejar por la mitad lo que empezabas a mí me puso como premisa, como ‘gran aprendizaje de esta vida’, dejar de dudar y tomar partido por algo. Dice, en su jerga, que este dudar es memoria de vidas pasadas. Que también posiblemente en estas vidas fui noble y tal vez músico (hasta donde sé de historia los músicos eran sirvientes de los nobles), de ahí que no seguí ninguna ‘carrera’, por ejemplo la de psicología o medicina y me decanté por lo que me resultaba cómodo. Pero que, en el fondo, la música a mí ni fu ni fa. Según su contradictoria interpretación la carrera de médico cirujano hubiera sido la ideal para mí, porque no ‘dudo’ a la hora de cortar (Mateo contento).

Como a medida que pasan los años cada vez más me doy cuenta de lo poco capaz que es la mente humana de entenderse a sí misma, aunque sigo sin encontrar coherencia en lo que dice esta mujer, no dejo de

darle crédito. Se cumplió mucho de lo que me dijo, por ejemplo que iba a dejar la música. Ni Sebastián ni su padre (ex-marido) se tomaban la música como carrera; mi caso no fue tan sano, me sentía comprometido a satisfacer el prejuicio de mis padres. No me detuve a explicar a la mamá de Sebastián el sacrificio que significó para mí doblegar instrumento tan difícil y tener que depender de mis padres a pesar de mis delirios de autosuficiencia. Fue un auténtico remar contra la corriente. La carrera de ingeniería, una de las que tenía en mente, comparada con la de violoncelista me habría sido más fácil que tirarme un pedo. Medicina y psicología ni siquiera se me cruzaron por la cabeza. Podría haber sido un buen arquitecto o diseñador industrial, dada mi facilidad para el dibujo y la geometría descriptiva. Y a despecho de todo, mi talento mayor era el de púgil, hubiera sido un segundo Monzón de no sentir apego por mi roquesoriana conciencia. Sin embargo, al contrario de lo que interpreta esta mujer en mi carta, como en otras tantas situaciones de mi vida, no dudé en elegir, y elegí la música. Si me equivoqué, me engañé a mí mismo o fue un fantasma de otras épocas que se me metió en el cuerpo, no lo sé. La cuestión es que mi costumbre de ‘dudar’ no se molestaba con mis decisiones.

Pero todo esto es puro palabrerío porque siempre me queda en el paladar un dejo de no haber hecho muchas cosas que tal vez debería haber hecho. Y, ¿si la gente tiene razón? ¿Si la mala costumbre de dudar a la que ella se refiere es la mala costumbre de ‘pensar demasiado’ que desde siempre me han criticado? Cuando uno piensa se equivoca; al perseguir lo que desea en lugar de elegir el camino corto, generalmente el más efectivo, se mete en un Túnel, como el de la novela de Sabato. Pero, ¿no es mejor destino un Túnel de propia factura que la consumación repetitiva de lo mismo? Lo mires por donde lo mires el ser humano está pasado de fecha. Ayer volví a ver una película a la que le tengo cariño, *Little Big Man*, protagonizada por Dustin Hoffman (me debo leer la novela en que está basada, de Thomas Berger); era un nene cuando la vi por primera vez y ya en ese entonces entendí bien lo que siente el personaje, que su continuo cambiar de bando no es ni indecisión ni cobardía ni desapego. Tampoco es cuestión de identidad. En contraposición a las tendencias nietzscheanas del Roquesor tengo que admitir que reconozco en este personaje lo mismo que me ha impedido dejar de ‘tomar partido por todo’: *compasión*.

Este razonamiento tiene una sola conclusión y es la que me sugeriste en otro mensaje. Uno es carne de cañón, cumplir el propio destino no es necesariamente hacer lo aconsejable para la salud física y mental. No es, por supuesto, el camino moral, tampoco el del éxito. Por último —borrando con el codo lo que te dije en otro mensaje—, tampoco es el camino de la felicidad. Las mentes cómodas como la de la mamá de Sebastián tienden a resolver los complejos existenciales con malas simplificaciones y absolutismos; que la reencarnación, que el karma, que Buda; por eso se ‘equivocan’ menos que el Roquesor. Sin embargo, de no inspirarme ‘compasión’ la buena amistad que tenía con su hijo (que él necesitaba tanto como yo), no habría ‘dudado’ en intentar concretar lo que fui a hacer realmente ese día al departamento de esta mujer. De haber vencido sus barreras místicas habría sido una experiencia restauradora para ambos, incluso a nivel existencial.

Nombre del virus: *Niño Jesús*

Al lado de casa vivía una prima de mi papá. El único hijo que tenía le había salido fallado. Marcelo se llamaba, si mal no recuerdo me llevaba diez años. Hasta los veintidós, veintitrés se conservó en el límite que tantos transitan; ya adulto daba sobradas pruebas de haber pasado al otro lado. Lo más destacable de su conducta y por lo que desde siempre el barrio lo consideró un bicho raro es el hecho de que jamás salía de casa, vivía encerrado. Cuando le tocó el servicio militar vino un camión del ejército a buscarlo. A mi mamá, que vivía acosada por reminiscencias del nazismo, le preocupaban los genes corruptos que podrían haberse colado en su primogénito, por supuesto ‘por parte de la familia de mi papá’. En algo tenía razón, los antecedentes de locura o rareza que venían de su familia, por ejemplo el de una de sus primas que cada tanto telefoneaba para recordarnos que nos iba a ‘matar a todos’, no daban señas de origen congénito, eran locuras sanas, de esas a las que se llega por la pérdida de un ser querido, por arteriosclerosis o por la lectura de ciertos textos poco recomendables. Pero en Marcelo había claros rasgos de subnormalidad, lo que no quitaba que fuera más inteligente que el promedio, de ahí que, por prejuicio popular, lo trataran de loco y no de tarado. Mamá, intuitivamente, sabía que contra la genética no podía pero no se resignó, además de hacerme revisar la espalda por el antecedente de un problema de columna de mi abuelo (paterno), tomó medidas con respecto a mi necesidad de introspección, prohibiendo que me la pase leyendo todo el día, en lugar de salir a jugar a la calle y agarrarme a pedrazos, subirme a los árboles, jugar al

fútbol con una lata o chapotear en el agua podrida, entre otras de las tantas actividades interesantes que desarrollábamos con los niños ‘normales’ del barrio, a la vez que me repetía “Te vas a volver como Marcelito si seguís ahí encerrado”.

Me prohibió, sobre todo, ir a la casa de Marcelo a que Poldi, el papá, me enseñara a jugar al ajedrez. El pobre Poldi, un tipo que vivía la cultura como afición, ya intuía que su herencia estaba perdida y de alguna manera buscaba un sustituto en quien dejar su semilla. Yo tendría doce y Marcelo veintidós cuando Poldi le dijo a mamá: “Norma, no sé que hacer, me encuentro en un atolladero”. Las palizas que Marcelo daba tanto a él como a la madre terminaron de quebrar al pobre Poldi que acabó muriendo de tristeza. Alcira, la mamá, siguió con su vida normal, cruzaba la calle en camión, cada día, al quiosco de mi prima la Elefanta (su sobrina) a comprar un helado a Marcelito. Tocaba cada mediodía la ventana a mi mamá con un platito con cinco trocitos de hígado, “Para la Yesi”, decía, que era nuestra perrita. Por su parte Marcelo se entregaba a rituales de purificación, quemaba libros en el parque del fondo de su casa con el argumento de “Son perjudiciales para la juventud”. Más adelante se le dio, un poco imitando a la madre, por regalarnos un libro cada mediodía hasta que se enteró de que en las librerías del centro los podía canjear por otros que no había leído. A partir de ahí, siguió tocando nuestra puerta cada mediodía, esta vez para llevarse tal libro de tal autor que nos había dejado en primera instancia. Por suerte mamá se hizo la tonta con algunos, especialmente uno al que yo tenía cariño, *Mitos y Leyendas*, se llamaba, era de una colección para niños. Era grande, de tapa dura y con ilustraciones curiosas, además de los consabidos mitos griegos, relataba de forma amena leyendas arias, árabes y otras. Pero lo que más me llamó la atención de ese libro fue la ilustración de su primer relato, un Prometeo estilizado que, desde el aire, con un brazo extendido al cielo y otro a la tierra alcanzaba una antorcha encendida a los hombres. Después de haber leído me simpatizó aún más, este Prometeo, no era dios ni hombre, era algo más significativo a mis ojos y a mi gusto, era un nexo entre ambos. De nada le valía su título de titán, que lo reducía a exiliado, a fracasado, a rey destronado. No era simplemente mensajero o aventurero como Hermes, no llevaba el mensaje como un simple cartero, Prometeo se jugaba el pellejo no tanto por “donar” a su

creación el fuego que había “robado” a los dioses sino por el haberse arriesgado, en contra de todo y de todos, a entablar una autentica COMUNICACIÓN. ¡Gran cagada se mando!, que no quita nobleza y justicia divina a su acto.

En este mundo en el que las ideas de Nietzsche o Darwin acaban en nazismo, las de Marx en la venta de *t-shirts* con la foto del Che, la cultura egipcia en una ridiculización del capitalismo en la serie televisiva o película judeo-yanqui de turno, Palito en gobernador igual que Arnold, en resumen, en un mundo en el que la lectura del objeto se resume indefectiblemente a tal o cual moda, un acto como el de Prometeo es digno de mención. La comunicación como un donativo, una transmisión de energía, representada en este caso nada menos que por ‘el fuego de los dioses’.

Ayer soñé con mi papá, al que no veo desde hace ocho años. En el sueño nos peleamos y acaba apuntándome con el *Colt 38* en la cabeza. Yo le digo, “Tirá, cagón, tirá; matáme”, por último acabo arrebatándosela y propinándole varios culatazos en la cabeza. ¿Tendría razón mi mamá en lo de la genética? Además de quemar libros, Marcelo tiraba a la calle cintas de cassette que había roto a martillazos. Pude rescatar uno usando una caja de otro cassette. Era justamente, y viene a mérito mencionarlo, el álbum de un famoso grupo de rock, cuya metáfora (muy a grandes rasgos) describía la cultura como un enorme muro que rodea al individuo, en este caso el protagonista, hasta aislarlo por completo de todo, incluso y especialmente de sí mismo y de sus seres queridos. ¿Tendría razón Marcelo en eso de que ‘son perjudiciales para la juventud’? Y yo, ¿cuántas páginas tendré que escribir para que el mensaje llegue sin que lo tergiversen?

“A Zeus le ponemos Júpiter, a Apolo, Febo... ¿Que no tenemos columnas? Le cambiamos el firulete de arriba a la griegas y listo.”, está claro que los romanos no tenían en manos un pueblo sino todo un imperio, en estos casos no queda otra que caer en la arbitrariedad de una identidad cultural forzada y, demás está decir, artificial. Es cuando comienza la confusión entre *país, pueblo, raza y fútbol*. Los dos pueblos que vienen a la mente, el judío y el gitano, hablan la lengua del lugar en el que viven, sin embargo no dejan de ser de los pocos que sobreviven como tales. ¡Hasta qué punto la verdadera identidad, los verdaderos límites son ambiguos en contrapartida a las concisas líneas de raya

punto raya que vemos en los mapas y a las que la gente da importancia al punto de incluso construir un muro y matar al que intente cruzarlo! Pero en este mundo artificial, en este mundo de *marketing*, cualquiera que hubiera analizado los mitos griegos podría haber descubierto el punto flaco de los romanos y acaparar el mercado: “Mmmm, esto de Edipo, se repite en todas las leyendas griegas, me recuerda el documental de los lobos marinos que vi el otro día en la tele. El macho dominante echa a sus hijos igual que los reyes mandan a pasear a los príncipes. Edipo vuelve, mata al padre y se casa con la madre...” y así inventar el virus Niño Jesús: “*Mi hijo matará a tu padre*”. —Y, ¿cuál es tu hijo? —preguntaría el tano corriendo de un lado a otro empuñando su espadita. —Ah, no sé, no sé. Tibio, frío, congelado...

Prometeo, al menos el que yo percibí, no sacó provecho de la pobreza espiritual e intelectual de los hombres, después de todo los consideraba en parte ‘su creación’. Prometeo les dio la responsabilidad del fuego, no les dijo qué hacer con él, ni les aconsejó la forma prudente de utilizarlo, sólo se los entregó, con incondicionalidad de madre. El mismo fuego que el gran Apolo utilizaba para dar calor y luz al mundo, en manos del hombre. Así Prometeo donó las propias entrañas a los buitres por una eternidad. ¿Qué buen comerciante no considera a este acto una soberana estupidez?

La crisis de los cuarenta

Para estas fechas recibo cartelones de Felices Fiestas por mail. Ya ni recuerdo esos tiempos en que las fiestas me entusiasmaban. Tal vez sea la edad. Me digan lo que me digan de la crisis de los cuarenta, de la caída física y psicológica, también ayuda la forma insana en que se vive hoy día en todos los aspectos. A mí lo que más me envejece es la falta de incentivos. Hoy tendría que haber ido al registro de propiedad intelectual a registrar mi tercera novela que es la que me parece más potable para publicar. Y no tengo ganas. En las bibliotecas y las librerías ya hay miles de libros, ¿para qué gastar más papel?, si a la gente le da igual Borges que Horacio Potter. Y si es por ganar guita mejor hago lo que un salteño contrabajista que encontré acá en Barna, pongo un aviso de “Masajista” en el diario y me llueven clientes.

Hoy me levanté acordándome de cuando hice el ciclo de ingreso a la universidad al salir del servicio militar. En la primera clase de Conocimiento Científico el profesor empezó explicando la diferencia entre el método hipotético-deductivo y el inductivo. Me trabé a discutir con él intentando hacerle ver que los dos radicalmente eran el mismo, “Ponga de cabeza el dibujo”, le dije refiriéndome a un árbol que había dibujado representando el inductivismo. El tipo, para salir del brete acabó la discusión con un académico ¡Vos me estás enroscando la víbora! Sin embargo las que acabaron de hacerme callar fueron unas veinte niñas sentadas en los primeros pupitres. Me abuchearon al mejor estilo cancha de fútbol. Está claro que, como siempre, el desubicado era yo, ¿a quién le interesa discutir esos temas?, si basta con anotar

repetir en la hoja del examen. Esas pendejitas seguramente hoy, cada una en su rubro, son ‘profesionales’.

Ya sé que la “masa” es más fuerte. Papá Noel, Jesús de Nazareth, los Reyes Magos, las Fiestas... A nadie afecta el que algún imbécil perdido intente encontrar coherencia. Y, aunque alguna coincidencia tuviera algo de valía pasaría desapercibida en este mundo regido por arbitrariedades que ni siquiera merecen el apodo de religión.

Cada tanto me pregunto qué concepto habrá sugerido antes la observación de ciertas coincidencias, el de demonios y ángeles o el de un dios universal. Llegado cierto punto uno ha acumulado suficientes coincidencias y comienza a considerarlas un dato metafísico relevante. No son las coincidencias en sí las que sugieren la existencia de inteligencias que sin necesariamente ser superiores se mueven en un plano distinto, sino la premeditada zancadilla ante cualquier intento humano de acorralar un sentido universal. Dado que la metafísica se mueve en el terreno de lo indemostrable, el lector está en su derecho de considerar mi lectura de las coincidencias simple paranoia.

Feliz Navidad.

La teoría de Aguinaga

Saber oír un buen consejo en el momento adecuado ayuda más que toda una vida de experiencia porque para cuando uno es capaz de acuñar el buen consejo ya es sólo útil para los otros.

Algunos de nuestros profesores de materias técnicas de los últimos años del secundario industrial al que asistí eran chicos jóvenes que, cursando los últimos años de la facultad de ingeniería encontraban en la docencia una manera de acabar de costear sus estudios —en la Argentina el sueldo de docente no mantiene una familia. A pesar de que nos llevaban un par de años apenas, teníamos diecisiete y ellos veintipico, parecían mucho mayores que nosotros. El “consejo” que voy a citar ahora lo explica: *Aprovechen estos años que les quedan, chicos, que después del secundario se acaba la vida*, nos dijo un día Aguinaga, uno de estos profesores. Este aspirante a ingeniero aeronáutico, introspectivo y extrovertido al mismo tiempo, soltó esta frase pensando en voz alta como tantas otras, con los ojos perdidos mirando abajo y al frente..., la cuestión es que me lo tomé en serio, ese año me dediqué a vagar más que nunca, a disfrutar de mi adolescencia y, como era de esperarse, acabé repitiendo el año.

No hay mal que por bien no venga, los nuevos compañeros de mi “segundo” cuarto año resultaron macanudos. Eran sólo doce, lo que ayudó a relacionarse de manera más humana. Noté un gran contraste con respecto a la competitividad agresiva de los que me habían tocado en los primeros años; mucho hijo de empresario cursaba en este colegio, que era uno de los más reputados, al menos en aquel entonces.

Aunque esta vez no descuidé el estudio, de hecho aprobé con muy buenas notas, vacuné este grupo con aquel consejo de Aguinaga. Y se nota que también fui convincente porque —y esto fue mérito de todos— la pasamos realmente bien.

Además de los años me separa el Atlántico de estos recuerdos. La nostalgia me llevó a contactar, por teléfono o correo electrónico, con los tres o cuatro con los que había cultivado cierta amistad y seguí viendo durante varios años después de nuestras muertes; las respuestas lánguidas que recibí reafirmaron la teoría de Aguinaga. En una de estas charlas me enteré de que uno de ellos había muerto literalmente, lo confirmé hace poco en un anuncio que encontré en Internet de un periódico de la provincia de Santa Fe donde explican que Gabriel estaba de vacaciones y el caballo en el que paseaba (se estila en las provincias argentinas alquilar caballos a los turistas) se paró en dos patas, se dio vuelta y le calló encima. No llegué a tener una amistad con Gabriel pero como a todos ellos lo recuerdo con mucho cariño. La primera imagen que me vino de él cuando acabé de leer el artículo del periódico fue la de una noche en la que, reunidos con otros del grupo, se emborrachó y empezó a bailar desenfrenadamente; esto carecería de interés tratándose de cualquier adolescente pero tratándose de él fue significativo, daba la impresión de que nunca lo había echo y, más significativo aún, de que nunca lo volvería a hacer. No sé si por que era parte de su forma de ser o por presión de sus padres, Gabriel se reprimía mucho a sí mismo, se obligaba a madurar antes de tiempo, a tal punto que no creo exagerar si digo que lo poco que disfrutó él al igual que el resto de nosotros de “los últimos años de nuestras vidas” —como enunciaba la teoría— fue gracias a su Guía Espiritual, como él mismo me llamaba en broma y en serio. Y en cierta forma me sentía alagado, condecorado, pero por sobre todo comprendido por su apodo, que no gané tanto por propio saber sino por haber sabido oír un buen consejo en el momento adecuado.

Música

Creo haber mencionado que mi abuelo materno había sido bandoneonista profesional, tocó en un par de orquestas típicas conocidas en las gloriosas épocas en que se trabajaba el fin de semana completo en locales y restaurantes de la noche porteña. Según mi mamá, los celos de su segunda mujer le llevaron a abandonar el oficio. Ignoro cuánto duró su carrera pero estoy seguro de que obtuvo más provecho y satisfacción de la música que yo. Al parecer, varios en la familia de mi mamá tenían vocación por la música, ella misma no paraba de lamentarse no haber podido seguir con el piano.

Este abuelo bandoneonista era el mayor de siete hermanos; tuvo a mi mamá y a un hermano más chico con una mujer a la que ni ella ni yo conocimos. Mientras el hermano más chico de mi mamá se crió con el padre y su segunda mujer, mi mamá se crió con su abuela, madre de los siete, y los seis hermanos que quedaban, cuatro tías y dos tíos. Una de sus tías, si no me equivoco la mayor de las mujeres, costó a mamá los estudios de piano en un conservatorio del barrio; mi mamá no tenía piano pero la profesora, al ver la voluntad que mi mamá ponía, le dejaba ir por las noches a estudiar al conservatorio. Con los años los hermanos se fueron casando y yéndose a vivir con sus respectivas familias, con lo que mi mamá acabó viviendo con su abuela ya postrada y uno de los hermanos más chicos que era alcohólico, teniendo ella que conseguir, con sólo dieciséis años, no uno sino dos trabajos para mantenerse y mantenerlos. Ahí acabó de morir su sueño de convertirse en pianista.

Algunos desde la envidia creen que el que es hijo de gente pudiente tiene más posibilidades de elegir, pero en la práctica es todo lo contrario, son los más presionados a seguir la empresa de sus padres. Mi papá quería ser ingeniero, por eso al cumplir dieciocho quería entrar en el secundario industrial, pero mi abuelo paterno, dueño fundador de una fábrica de calcetines que en su apogeo compitió con marcas importantes de Buenos Aires, le dio sólo dos opciones, seguir el secundario comercial o trabajar en la fábrica como un empleado más. Esta fábrica que en sus buenas épocas había tenido treinta empleados, para cuando yo nací contaba sólo con dos, que con mi papá y su hermano menor hacían cuatro. Yo tenía veinticinco cuando, después de larga agonía, endeudados, tuvieron que venderla.

Mi papá hubiera sido un buen ingeniero, mi mamá buen músico, ambos tenían vocación y talento. Él se proclamaba ateo, ella guardaba alguna estampita de la virgen de Luján en su mesita de luz. Todos se convierten en creyentes frente a lo que los supera; yo declaré la guerra a Dios. Acabé el secundario industrial en uno de los colegios más exigentes de Buenos Aires y pasado el servicio militar empecé la facultad para seguir ingeniería. En ese primer año de ciclo común en la facultad, tras haber hecho el industrial me fue muy fácil obtener las mejores notas en materias como matemáticas y física, no así en las ciencias sociales, la única materia que no pude aprobar trataba justamente de la sociedad, me sentí totalmente desvalido frente a esto, además, no sabía siquiera como elaborar un discurso. ¿Fue éste el detonante? Había todo un universo por descubrir del otro lado, la sociedad es sin duda la máquina más interesante.

La adolescencia me regaló un amigo, a los dieciséis nos hicimos adeptos al rock pesado, incluso cada tanto íbamos vestidos de negro con las muñequeras con tachas, costumbre que abandonamos porque espantaba a las mujeres y la policía nos paraba cada dos por tres. Un par de veces fuimos a recitales de *heavy metal* de los que salíamos medio sordos, recuerdo en particular uno en un club de Capital Federal donde fuimos “comprimidos” en la entrada por la masa de enajenados saltando y cantando “Viva Perón”, al final acabamos colándonos saltando el muro junto a otros cien. Primero tocó la banda conocida, todo el mundo saltaba y vitoreaba frente a la bola de ruido. Uno, indignado al ver que yo no hacía lo mismo que el resto, me dio una patada

de lleno en el culo al grito de ¡Saltá, la puta que te parió! Así obtuve un primer bosquejo de cómo se mueve el hombre en sociedad, al menos en la moderna, y por qué el citado Perón, tipo inteligente si los hay, comparaba a los ciudadanos con ovejas. Pero lo más educativo vino con la segunda banda, que ni bien subió al escenario hizo callar a todos desde la primera nota; vi a toda esa masa peronista dejar de saltar y gritar cayendo hipnotizada ante el poder de lo que a partir de esta experiencia convine en considerar Música en el auténtico sentido.

¡Yo también quiero ser capaz de hacer eso!, me dije desde la ambición e inocencia de mi juventud. El amigo con el que compartíamos nuestro gusto por el rock pesado se compró una guitarra eléctrica y yo un bajo eléctrico para complementar. De los dieciséis a los dieciocho tocamos rock y pop con él y con otros amigos del secundario y fue la etapa en que más disfruté. A los veintitrés abandoné la facultad y me metí en el conservatorio de música, en la carrera de violoncelo. Al poco tiempo uno de mis compañeros del curso de violoncelo, más avanzado que yo, concursó por un puesto de atril en una de las orquestas grandes de Buenos Aires. Presencié este concurso, oí a doce tocar el mismo concierto y no percibí gran diferencia de nivel entre ellos. Uno trajo a su novia para que lo acompañe al piano, no tocó mejor que el resto y su novia nada tenía que hacer frente a la sonoridad rotunda y expresividad de la pianista asignada por la orquesta que venía acompañado a los demás, pero este chico cerró los ojos, empezó a tocar con su novia y todos, especialmente los siete de la mesa examinadora, caímos en el mismo estado hipnótico que yo ya había experimentado con aquella banda de heavy metal en mi adolescencia. El primero a la izquierda en la mesa examinadora era el primer atril de la orquesta, un cordobés famoso por lo maleducado, mala persona y mediocre, que se había pasado todo el rato cuchicheando al oído al que tenía al lado, riéndose, haciendo ademanes, mofándose de los chicos que tocaban; pues bien, incluso éste se quedó callado y babeando mientras tocó el chico que menciono. Ganar en estos concursos implica factores en los que no vale la pena detenerse y que todos imaginarán, el chico no ganó pero me consta que no fue sólo impresión mía, todos los presentes, independientemente de su interés, nivel, conocimiento y capacidad crítica, fuimos testigos de lo inexplicable.

Este fenómeno se repitió en distintas formas y contextos a lo largo de mi vida. A los treinta y cuatro, por dar otro ejemplo de los que recuerdo, un año después de fallecer mi mamá, yo trabajaba en Neuquén, contratado por la orquesta de esta provincia. Una noche fui invitado por una chica a la que daba clases particulares de cello a un espectáculo de tango donde actuaría ella y otros bailarines. Los primeros en bailar eran dos niños de doce años que habían ganado un concurso en Estados Unidos; bailaron a la manera tradicional, acompañados por un arreglo soberbio y coronados por las estrellas de aquella noche primaveral. Y se dio una vez más, la Mano bajó para acariciarnos a todos por un rato, hacernos saber que está ahí y que la decisión es suya.

Me costó media vida de sacrificio entender que lo que yo había llamado Música y me había propuesto conseguir nunca había sido ni iba a ser patrimonio del hombre. No importa cuan buen instrumentista, compositor, escritor o ingeniero uno llegue a ser tanto gracias al esfuerzo, perseverancia o, por qué no, lo que comúnmente se entiende por talento: el que no tiene algo para decir, así su interpretación u obra sean excelentes, no saca más que un “qué bueno” tanto al culto como al bruto. Tenía treinta y tres cuando murió mi mamá, empecé a escribir mi primera novela cuando ella agonizaba. Cuando influenciado por mis largas lecturas de la obra de Nietzsche empecé a escribir renegando de todo y de todos, especialmente de Dios, contradictoriamente no era el hombre el que hablaba. Sin formación en ciencias sociales hablé del hombre y la sociedad (más tarde descubrí para mal, porque no son prometedoras, que sociólogos de oficio habían llegado y siguen llegando a mis mismas conclusiones) y aunque formalmente nada tenía que hacer frente al de aquellos profesores de facultad, mi discurso, inexplicablemente, cobró vida. Justo cuando creía estar batallando contra El Susodicho me había convertido en Su instrumento.

Músico fracasado

a: adrian@felizia.com

asunto: Vacaciones en Argentina

Esa exigencia y quisquillosidad con la afinación que notabas en mí cuando era joven tal vez eran pretensiones de novato. El concierto con tu cuarteto de cuerdas me pareció genial.

El sábado de la misma semana en que nos vimos (el miércoles fue tu concierto y el jueves nos encontramos en el bar), mi último sábado en Buenos Aires antes del vuelo de vuelta a Barcelona, visité a un primo hermano de mi mamá, que vive en Ezeiza. Pero es mucho más joven que ella, tiene apenas un par de años más que yo. Fue el único pariente que visité, de los pocos que quedan vivos, y la experiencia fue dura, cuando lo abracé el llanto me salió de las entrañas, sentí que abrazaba a mis finados padres y tíos, toda esa familia que fue lentamente desvaneciéndose a través de los años, en consonancia con la decadencia que yo solía creer, antes de emigrar, era un problema puntual de nuestro querido país. Y sigue desvaneciéndose; encontré a este primo, luchador que había superado las adversidades más grandes, roto, alcohólico y separado de su mujer.

En un momento de la charla, de contarnos nuestras vidas, me dijo que estando en la República Checa en viaje de trabajo (lo había mandado la empresa para la que trabajaba por la compra de una máquina de calcetines; mi primo aprendió de mi viejo el oficio de mecánico textil) se detuvo a escuchar una orquesta que tocaba en la calle, en uno

de los festivales musicales que suelen hacerse ahí, y que atrapado por la música se acordó de mí e imaginaba qué bueno sería verme ahí tocando. Cuando le dije que había dejado el violoncelo hacía años deslizo un “fracasaste con la música” y yo intenté explicarle que no, en sentido coloquial, con mi primo no puedo filosofar demasiado, con decirte que casi nos agarramos a patadas porque critiqué la famosa red social de internet, que es la compañía que él hoy día prefiere a su adorable mujer y preciosos hijos (uno de ellos mi ahijado).

Pero ahora, de nuevo en casa, dialogando conmigo mismo, llego a la conclusión de que sí, tal vez sea un músico fracasado. Teniendo en cuenta que desde mi perspectiva y escala de valores actuales hacer “música” en el auténtico sentido es lo que me gustaría hacer al escribirte, o haber hecho cuando te tuve después de quince años sin vernos sentado en frente de mí en la mesa del bar (tal vez mi última charla de bar porteño teniendo en cuenta mi edad, la distancia y lo caro que está el pasaje de avión) y saber que ni siquiera al último amigo que me queda puedo hablarle abiertamente de los temas que desde mi pretensión de filósofo considero incumben a todos, porque lo único que conseguiría es que, como cualquiera, se sintiese indefectiblemente tocado por mi crítica del mundo, su evidente decadencia. Comprobar además que de aquellos papeles mecanografiados, bosquejos de mis novelas, sólo te quedó un recuerdo afectuoso, cuando eras el único de quien guardaba esperanza hubiera captado algún compás. Por todo esto, llego a la conclusión de que, con razón, puedo considerarme el más frustrado y fracasado de los músicos.

Para no correr el riesgo de que te vuelvas a ofender y me prives de al menos una línea raquíca desde tu “teléfono inteligente”, en lugar de enviarte este mensaje como solía hacerlo lo voy a agregar, silenciosamente, a los relatos de mi libro. Y esta es la prueba de cuán diferentes somos, mientras vos te sentís realizado tocando frente al público (lo que mi primo llamaría triunfo) para lo cual considerarás bien invertido el sacrificio de haber batallado con el mafioso de turno y que tu nombre escale puestos en el mundillo (recuerdo cuando me decías que el violín era tu “metralleta”), para mí tener que dirigirme al público es apenas un consuelo y verdadera señal de mi fracaso.

Milonga

Hay mucha gente a la que le da vergüenza bailar. No sé si por la misma causa que a mi. Ya de chico intuía que no era resignación de viejo la frase “La vida es una milonga..”, que mi mamá repetía cada tanto. No hay resignación en la conciencia de que la vida es sólo un flirteo, un juego que, más o menos rebuscado, en el fondo es la búsqueda del placer. Algunos prefieren verlo como un ajedrez, otros como una guerra caliente. Todos, aunque sabiendo que al final de este lapso no se llevan nada, quieren ganar, o al menos sacar ventaja. La idea del baile redime por lo real; uno debe preocuparse por hacer equilibrio, y salir del brete con elegancia.

Como dije, ya en mi juventud me daba algo de vergüenza bailar. Porque veía al baile en sí mismo como una mera representación, un teatro de cotillón en el que todos pelean puerilmente por subirse a las gradas. La situación sólo cobraba sentido al imaginármela en un estado primario de la humanidad, a esta altura de los acontecimientos me resultaba patética. Esta conciencia era la que realmente me angustiaba y no la de que la vida es sólo un baile. Claro que esa era mi visión. A diferencia de la mayoría, para mí la misma vida era el baile y ya intentaba hacerlo con elegancia. Someterme a contorsionismos primitivos hubiera sido simple masturbación, y masturbarse en público ni siquiera es masturbarse.

“La vida es una milonga, y hay que saberla bailar”, decía mi finada vieja. Creo que soy justo al decirme a mí mismo que al menos al nivel de abstracción que a mí me resulta creíble lo he hecho con elegancia.

Elegancia que, contradictoriamente, a los ojos y el gusto del común denominador puede parecer un contorsionismo primitivo.

III

Técnicamente no hago más que vagar en forma de impulsos eléctricos de uno a otro de mis veintisiete procesadores híbridos. Tengo algún que otro complejo de culpa, algún que otro delirio de persecución que inevitablemente heredaré de los antiguos dueños de mis veintisiete cerebros; más de una vez mis pensamientos acaban en alguna laguna mental de esos pobres infelices. Desconozco y me es imposible saber con qué intención Otoko, mi creador, me diseñó de tal manera. Inferir que la parte orgánica de mi conciencia es más natural que la electrónica más que un error es una arbitrariedad, tanto en el sentido técnico como el moral que a su vez son parientes y casi uno solo. En resumen, en contra de las expectativas del padre de Zeno, uno de los jóvenes que naufragaron en la desdichada última aventura de mi entrañable amigo Roquesor, y de las del mismo Roquesor, no soy capaz, por más que he y sigo ampliando las fronteras de mi conocimiento, de destilar, de resumir una conclusión contundente acerca de nada. Apenas si me conozco a mí mismo, en el ridículo sentido de no poder rascarme donde me pica, puesto que ni tengo manos ni mis, en su mayoría ‘prestados’, recuerdos coinciden con mi historia, mucho menos con mi complejidad. También técnicamente, podría decirse que soy ciego, pero Otoko me proveyó con algo mejor que ojos, había fabricado unos cascos que me permitían leer los pensamientos de mis compañeros de viaje directamente de los impulsos eléctricos de sus biológicos cerebros. Suerte para ellos que no hubo necesidad de usarlos más que minutos; bastó con que la mujer de mi amigo, la nereida Yardía, se probara uno

de los cascos para yo adquiriese sus habilidades telepáticas. Así, a pocos meses de nacer como invento terminado en el taller del papá de Zeno, en aquella diminuta galaxia de la tan mal reputada microdimensión, yo renacía como ente diferente. Mi tiempo y espacio eran otros, aprendí en meses lo que a mi sufrido amigo había costado siglos de incansables viajes y penurias; mi biblioteca no acababa en los muros de mi biónica arquitectura, se expandía tanto como tantos de carne y hueso hubiese a mi alrededor. En los albores de mi hiper-conciencia me sentí parte de todo, comprendí, sentí la carne y el significado del tan vago concepto Universo.

Recuerdo esas ínfulas con afecto, como quien se desdobra en proge- nie de sus errores, sintiéndose hijo no querido de sus antiguas concep- ciones. En este momento, por ejemplo, poco puedo leer de las dimi- nutas conciencias del plancton; dentro del inmenso Narval IV, la nave orgánica de mi viejo amigo y de la que soy parte de sus arterias, des- canso en el fondo de uno de los océanos del planeta Tierra. Transcu- rrieron un mes y quince días desde que Praezar, su hijo y único sobre- viviente del viaje, me dejó aquí por prevención. Este joven, hombre perdido como lo fue su padre, vaga hoy en éste, el planeta natal de su progenitor tal vez buscando una razón para seguir. Fue él quien me pi- dió que escribiese estas líneas, aparte del reporte precedente; mi es- cepticismo no me lo hubiera permitido. Pero como al igual que su pa- dre sé que el concepto Verdad es tan vago como el de Universo, no me considero dueño de decidir el futuro del conocimiento. Conozco mu- cho, puesto que mucho he hablado del tema con Roquesor, de la raza que originalmente poblaba este planeta y de cuya cultura quedan algo más que vestigios. Supongo que a futuras mentes de éste y otros pla- netas van dirigidos estos escritos a los que, como dije, el chico, con el que estoy en deuda al igual que con su padre, valora mucho más que yo. Por cierto, no me había presentado, mi nombre es Dios.

Euclides astronauta

Cuando partimos dejando atrás aquella segunda Tierra de aquel segundo universo, por llamarlos de alguna manera, se me abría, como prometía mi padre y valga la redundancia, un universo de posibilidades. Comprobé que ese universo de posibilidades, visto desde mi personalidad introspectiva, se reducía la mayor parte del tiempo a contemplar puntos sobre un fondo negro. No más árboles, o dibujos que se asemejaran a árboles, o rutas en un plano, o arterias o nervios en el esquema de un ser vivo. Excepto, claro está, en aquellas esporádicas ocasiones en que hallábamos algún planeta con vida, que satisfacían más nuestro estómago que nuestras inquietudes filosóficas. Esta situación se agudizó en mis últimos años, dado que mis seres queridos fueron desapareciendo o muriendo hasta dejarnos completamente solos, al espacio y a mí. No, no soy desconsiderado al no contar a Dios; él, aunque no lo admitía para no hacerme sentir mal, se aburría ya con mis reflexiones. “Eso ya ha sido escrito”, me decía, ¡pobre MPH!, él guardaba en sus bancos de memoria mucho más que lo suficiente para hacer perder la inocencia a las piedras, esa inocencia que yo aún no he perdido del todo. Aunque debo admitir que últimamente ya no encuentro mucho sentido a dejar constancia de mis reflexiones.

Alguien menos escéptico habría visto peces, escorpiones y, por qué no, árboles donde yo apenas percibí puntos en un fondo negro. Sin embargo, no seré tan duro conmigo, mi imaginación aún da a luz dibujos, aunque no tan explícitos. Debo dar gracias al Narval IV, esta maravillosa nave orgánica producto de la portentosa imaginación de mi

padre, capaz de transparentar sus células y abrir al navegante sendas ventanas al espacio; a la hora de retirarme a mi lecho, que por obvios motivos era arbitraria, le hacía transparentar el fuselaje completo. Así reflexionaba yo, desnudo como nadie en la verdadera inmensidad.

Hasta me da vergüenza admitir mi percepción primera del movimiento. Desafortunada o afortunadamente, en contra de toda predicción genética, las visitas a diferentes mundos y sistemas no han desarrollado en mí cierto sexto sentido que sí había desarrollado mi padre con respecto a la radiación. En mi caso, toda percepción que exceda el ámbito de la nave, en el espacio exterior claro está, queda limitada al sentido de la vista. Y a la vista allí todo le queda lejos, salvo en las contadas veces que uno se encuentra cara a cara con uno de esos gigantes, los cuerpos celestes pueden considerarse, verse como puntos, con la cualidad geométrica del punto, sin peso, sin volumen. Así sean las primeras, segundas o últimas, en el congelado espacio nuestras percepciones se hallan tan lejos de la realidad como lejos el objeto físico del ojo. La distancia pule las diferencias sutiles, pliega los niveles de abstracción en uno solo y nuestra observación, sin complejo ni culpa, es solo una: la percepción de nuestra percepción, el ojo que se ve a sí mismo.

Porque, ¿de qué otra manera definir lo que parece obvio?, aquella percepción primera de mi ojo hipotético no revelaba nada interesante. Un solo punto nada implica, es necesario contar con al menos dos para dar a luz la idea del movimiento y por ende la existencia. Como con toda reducción teórica, con la única intención de descubrir dónde el ojo miente, senté las bases del siguiente esquema: el ojo viaja de un extremo a otro de un universo hipotético definido sólo por dos puntos. Un sistema llevado a su mínima expresión. Cuando hablo de viaje, baso mi análisis en el movimiento; movimiento como “cambio en las cualidades” del objeto siempre con respecto a la exclusiva percepción del sujeto, el ojo en cuestión. De no haber cambios perceptibles en el o los objetos, la observación sería estéril.

De contener la trayectoria del ojo ambos puntos, el viajero no percibiría movimiento. En el caso en el que dicha trayectoria contuviese sólo uno de los puntos o ninguno —recordemos que carecen de masa y volumen— el viajero los vería separarse hasta una distancia máxima y volver a juntarse a sus espaldas. Tanto al principio como al final del

movimiento los puntos serían uno solo, por tanto todo tiempo anterior o posterior a la separación de los puntos no daría la más mínima pista al susodicho ojo (el cual goza de una objetividad posible sólo en la teoría) de su moderada existencia. No hace falta agregar muchos parámetros para darnos cuenta de lo tonto del planteo, es uno de los tantos inocentes dibujos que, como dije antes, utilizo para acorralar errores, más de lectura que de percepción. Cualquier conclusión que sacase nuestro ojo de su percepción, desde la más intuitiva a la más elucubrada, habría sido ‘detonada’ por un salto irracional; paradójicamente y reafirmando lo que dije acerca de cómo las distancias liman sutilezas, este primer salto irracional no significa a nuestro inocente ente puro, otra cosa que el mismísimo salto a la razón. Su primera experiencia racional.

Es posible que yo esté cayendo en el error que critiqué a muchos pensadores: es fácil sacar conclusiones lógicas a partir de un sistema lógico puro. Pero mis observaciones no intentan ser verdades, ni siquiera hipótesis en sentido estricto sino bosquejar la débil línea que separa los consabidos polos a que somete nuestro entendimiento cada observación. Nuestro cerebro necesita discernir lo blanco de lo negro, lo que es de lo que no es. Y una vez traducido a código ‘binario’, el conocimiento se almacena como tal. Pensamos igual que las máquinas, las máquinas han sido construidas a imagen y semejanza de nuestra psique, como cualquier bosquejo, cualquier dibujo.

Entonces, si en verdad, como comúnmente se cree, lo racional llena indefectiblemente nuestras vidas, ¿en qué momento y condiciones sobreviene el salto irracional? La respuesta es: todo el tiempo e indiferente a las circunstancias cognitivas, puesto que no depende del sujeto. La concepción racional es nuestro segundo y único posible paso, es el salto irracional en sí mismo, es la codificación al lenguaje humano, la digestión de lo percibido por la objetividad de los sentidos. Toda conclusión de lo observado es resultado de un proceso creativo. El conocimiento, la imagen producto de dicha digestión, de dicha codificación al lenguaje binario, ya dejó de ser patrimonio, cualidad del objeto para transformarse en símbolo, patrimonio de la mente.

Nada de esto es difícil de comprender, especialmente para quien dedica algo de tiempo a estos menesteres; sin llegar a ser filósofo cualquiera entiende la conciencia como un singular espejismo de la mente. Ahora bien, imaginen la sorpresa de mi padre, que les aseguro dedicaba más tiempo que nadie a plantearse y replantearse todo hasta las últimas consecuencias y no permitía que la más mínima licencia poética lubricara la visión cruel de sus observaciones, al encontrar, en el otro extremo del universo, otra galaxia, otro sistema solar y un planeta, al que sus habitantes llamaban Tierra, casi idénticos a aquellos que creía haber dejado atrás. Especialmente porque negaban su identidad pequeñas vicisitudes que de manera rotunda probaban ellas mismas no ser producto del paso del tiempo. La más contundente de estas vicisitudes fue la de encontrarse a sí mismo, pero no en el sentido que lo entienden los psicólogos o los religiosos, mi padre se encontró a sí mismo en carne y hueso: un doble en una caprichosa realidad paralela. Puedo dar fe de esto porque estuve ahí hasta mis cinco años de edad y llamaba ‘tío’ al doble de mi padre, que tampoco era idéntico ni había sido idéntica su historia. Era gracioso oírles llamarse uno a otro ‘Roquesor’, de haber sido gemelos tal vez habrían sentido celos uno del otro, pero no sólo no eran gemelos, eran uno solo y el mismo, y así había sido desde su nacimiento, y así lo habían sentido desde siempre, porque ya eran conscientes uno del otro antes de encontrarse. Según mamá, mi papá tenía esta intuición mucho antes de llegar a esa segunda Tierra. No puedo asegurarlo —no acostumbro asegurar nada que no haya comprobado hasta con el último de mis sentidos así tenga cincuenta teorías a favor— pero, teniendo en cuenta el desarrollo paralelo de la historia de ambos, es muy probable que mi tío haya muerto al morir papá.

Hasta encontrarse cara a cara con su doble, su intuición se perdía en la duda que seguro asalta tanto a ustedes como a mí, ¿eran o habían sido esos dos mundos uno solo y el mismo?, ¿habría algún fenómeno dividido la realidad? o, ¿el universo siempre habría estado conformado de tal manera, como dos polos de un mismo sistema? Las pautas más interesantes surgían al comparar la historia de mi padre y mi tío adoptivo, las coincidencias se daban en puntos significativos en la historia de ambos, como sin duda lo fue su decisión común de viajar al espacio a los treinta y tres años de edad. Mi tío también construyó la nave a la

que apodó Narval, sin embargo jamás dejó la Tierra en la que nació; el invento que puso el Narval de mi papá en órbita a mi tío no le funcionó. Cuando, muchos años después, la Tierra se pobló de inmigrantes venidos de otros mundos él podría haber utilizado su tecnología pero ya había perdido de vista los motivos que le impulsaban a viajar. Los grandes saltos ocurren en puntos clave en la vida del individuo y obedecen a un orden que supera sus expectativas. Se le manifiestan en forma de necesidades imperiosas, a veces inexplicables y apenas le dejan margen para decidir si satisfacerlas o no o analizar por qué están ahí. El individuo como testigo, como ojo viajero, es incapaz de percibir si es él el que deviene, el que vive, o es el revolotear de los cuerpos celestes lo que le da tal sensación. La vida de un sol, de una galaxia, de una bacteria, de un vegetal, describen curvas de diverso tamaño sin embargo a la vista del cosmos resuenan y se retroalimentan en tal vez un solo zumbido. ¿Quién podría oírlo desde la suficiente amplitud? ¿O, tal vez cualquiera de los entes que formamos parte de dicho zumbido es capaz de escucharlo? Mi padre en su juventud intuyó tal zumbido y logró, en un primer intento que precedería a otros de mayor envergadura, amigarse con él en la intimidad de su taller, cuando aún vivía en la Tierra. Dio a luz un cacharro al que llamó ‘convertidor de masa’ que, explicado de manera simple, convertía la materia en luz al alinear las ondas en que vibraban sus moléculas. ¿Por qué en el lado opuesto del cosmos el mismo cacharro no le funcionó a mi tío? Hay ondas que como ballenas viajan de una punta a otra del universo. Las pequeñas forman parte y de alguna manera resuenan como hijas de las grandes, sus frecuencias se confunden en múltiplos y submúltiplos infinitos de aquellas ondas madre. ¿Puede el individuo manipularlas? Si por manipularlas entendemos torcer su rumbo de forma arbitraria es obvio que no. El viajero debe agudizar sus sentidos, subirse a las olas del devenir, consciente de que depende de éstas como la vela del viento. Es la forma en que uno danza con la energía del universo lo que marca la diferencia y, como todos sabemos, si el viento no lo quiere, ni el navegante avezado llevará el barco a la otra orilla por más que se lo proponga. El universo quiso que mi padre llegara al otro lado y que mi tío permaneciese ahí como testigo y prueba de la hazaña.

Por buscar un punto común, desde una persona a un compuesto químico, todo lo que nos rodea sufre cambios, algunos visibles, otros no. Ciertas cosas cambian para que otras puedan permanecer y viceversa. Un trozo de hierro se oxida con el paso del tiempo, cambian su apariencia, sus propiedades mecánicas, no obstante sus elementos no cambian, simplemente se recombinan o combinan con otros. Alguien me explicó una vez cómo las células de nuestro cuerpo se renuevan en su totalidad cada cierta cantidad de años. Parece mentira que nuestra esencia, eso que nos mantiene a lo largo del tiempo en una sola pieza sea pura información, memoria genética. Si dejáramos caer piedras de distinto tamaño por un acantilado la mayoría sufriría cambios sustanciales, las grades más que las pequeñas. ¿Esperaríamos a que en conjunto constituyan una forma legible al final de su trayecto? El agua desciende desde la cima de las montañas en forma de arroyos, buscando el camino más corto, adaptándose a los obstáculos y al final del trayecto acaba uniéndose en un lago, en un mar. Algo tan grande a nuestros ojos como un planeta está compuesto por partículas diminutas que bien podrían separarse obedeciendo a tal o cual capricho o lógica de la naturaleza y sólo se mantienen unidas gracias a algo mucho más blando que el agua, algo que ni siquiera es materia, cierta fuerza de atracción entre los cuerpos que apenas logramos comprender. Ya no es necesario citar ningún poeta para sugerir la invisibilidad e intangibilidad inmediata de las esencias.

El otro eje cartesiano importante que hasta ahora no traté directamente es el tiempo. Es curioso cómo científicos antiguos indagaban sobre su flexibilidad, su relatividad, ¡como si no se tratara de un concepto! Valiéndonos nuevamente del ejemplo ultra teórico de los puntos y el ojo es fácil acorralar los conceptos tiempo y espacio en uno solo; en esta primera impresión ultra teórica de nuestro ojo hipotético no hay diferencia alguna en cómo nombrar y graduar la vara que mide el cambio percibido, tanto espacio como tiempo son presuntos éteres o marcos especulares que contienen la acción y conforman de manera tácita un tercer objeto que no es más que el mismo cuerpo del ojo que se expande siempre en lo abstracto como consciencia omnipresente y escrutadora del fenómeno específico. No es frívolo volver a remarcar la solidez e inmutabilidad de lo abstracto.

Volviendo a lo que dije al principio. ¿Por qué, teniendo un universo que recorrer me limitaba a ver puntos donde, sin ir más lejos, mi papá vivía aventuras de pirata? ¿No había encontrado, como decía Confucio, nada de valor, y por eso me limitaba a psicoanalizarme? Puede que en parte sea verdad, pero la principal razón era el haber entendido los límites y condicionamientos de mi visión. Si quería entender el salto irracional que mencioné, debía entender el error de mi ojo, de mi propia mente. El objeto siempre es tácito, nuestra mente define el contorno, lo que ‘no es’. La mejor manera de explicar o definir el propio punto de vista sobreviene cuando uno entiende el punto ciego del ojo. El contenido, la materia, el ‘sujeto’ es, repito, siempre tácito. El contenido está en lo que uno calla, en lo que uno, al no poder directamente, describe por el absurdo, como cuando se rocía con pintura una silueta de papel sobre un muro: para acorralar el objeto, uno describe el excedente. Y, ¿en qué consiste ese ‘excedente’?, en el error del ojo. Uno puede pasarse la vida creyendo ‘conocer’, ‘saber’, cuando ni siquiera es capaz de percibir la naturaleza de esa mancha en la pared.

Alguno pensará que me encuentro en la situación del perro que corre para morderse la cola. Justamente lo contrario, tomar conciencia de que todos hasta en la más cotidiana tarea hacemos lo que el perro es un primer paso para intentar dejar de hacerlo. Como decía mi papá, el que más fobia tiene a la filosofía es el que más cae en lo repetitivo y monótono. Papá conoció a mamá en el punto de inflexión. Como dije, los cambios sustanciales no son casualidad. Por ‘punto de inflexión’ entiendo el pasaje entre un polo y otro de nuestro universo ‘dual’. Así lo entendía él mucho antes de vivir su curiosa experiencia. Yo tenía cinco años cuando me sentaba en sus rodillas y contemplando su planeta natal desde la ventana del Narval me dibujaba su versión del universo. Su bosquejo no tenía que ver con planetas o formas; se basaba en el tránsito de la energía entre dos grandes polos. Dibujaba este tránsito, la manera en que ‘circulaba’ la energía entre esos polos, como un ocho gigante. Y, a la vez que dibujaba, me hacía notar el punto central del ocho, el “punto de inflexión”, *«Aquí conocí a tu madre —me decía—. Donde te engendré. También encontré al verdadero Narval, que se materializó en esta ballena gigante que nos alberga. Cuando hables con alguien sobre esto ten en cuenta que la gente normal no ve este punto como el centro y eje del universo. Lo considera*

un punto lejano en las constelaciones. Ya entenderán. Hubo un tiempo en que creían aquel continente —señalándome la vieja Europa— el centro y eje del universo. Otro, en el que incluso pensadores más suspicaces que tu padre afirmaban que el Sol y el resto de las estrellas giraban alrededor de la insignificante Tierra...». Sumadas a las que junto a él viví —les recuerdo que el segundo tránsito por dicho punto de inflexión nos costó la tripulación entera—, papá me relataba aventuras hasta el cansancio, en contraste a la de mi tío que tomó un cariz de tragedia su vida fue una epopeya. No obstante, el ocho gigante que fue el viaje de su vida, a pesar de que no llegó a cerrarse en su punto de partida, su planeta natal, su verdadera Tierra, no cabe duda fue un circuito cerrado que en nada se diferencia, visto en amplitud, al del resto de los seres vivos.

Por mi parte y como última reflexión, no sé si con los años fui ganando o perdiendo esa lucidez que uno cree tener cuando es joven. Lo cierto es que a pesar de los esfuerzos sobrehumanos de mi papá no encuentro sentido a lo que viví, a las cosas que hice, ni a lo que pensaba ni a lo que pienso. No encuentro sentido a la vida de los otros, tampoco a grandes rasgos a la historia ni de éste ni de otros tantos mundos que conocí. No sé si el concepto “Dios” encaja en lo que experimenté, porque, como dije, a nada encuentro sentido, y si mi mente no es capaz de encontrarlo tampoco es capaz de juzgar la existencia de tal sentido supremo, por llamarlo de alguna manera.

Lo único que sí soy capaz de asegurar es que, de existir ese orden o sentido, nuestra forma de pensar y nuestras decisiones le afectan a escala casi despreciable. Mi padre no sólo predicaba, vivía convencido de nuestro poder de elección y decisión, y aunque la vida se encargaba de demostrarle una y otra vez su error, él sostenía, incansable, su punto de vista. Yo, quizás porque aprendí de sus errores, me muevo en el sendero opuesto, intento mirar, comprender y así adaptarme lo mejor posible a lo que me depara el destino. ¿Me habré salvado o me habré perdido irremediamente?

No fue fácil convencer a MPH de dejar constancia de todo esto, participó sólo para complacerme. Sin ser menos escéptico, no descarto que el que nosotros no hayamos podido sacar conclusiones de nuestra experiencia no significa que otro no pueda hacerlo. De un modo o de otro nuestras reflexiones servirán. Y deseo de corazón que así sea.

) (